ANDRÉS TRAPIELLO

EL GATO ENCERRADO

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

«El escritor de diarios es, como se sabe, un seductor con mala fortuna en la vida. Ésa es la razón por la que acude, con delatora asiduidad, día tras día, al diario…». «En el diario se dicen las mismas mentiras que en cualquier otra parte. Más incluso, porque las que nos decimos a nosotros mismos tienen mal remedio. Y por lo mismo, no se dicen más verdades», se lee en este libro.

Cuando escribía mi diario, sabía que tarde o temprano se publicaría, de manera que no sería raro sorprenderme en alguna de sus páginas componiendo el gesto, como cuando sabemos que van a sacarnos una fotografía.

Lo más difícil, en estos casos, es la naturalidad. La naturalidad no es lo mismo que la indiferencia. Es curioso observar en qué fotografías nos encontramos favorecidos y en qué otras no. Es algo en lo que generalmente no se suele coincidir con la gente. Los demás nos ven de una manera y nosotros nos vemos de otra. Es una vieja canción, a la que sólo nos cabe cambiar de vez en cuando la letra. La misma música con distintos collares.

Andrés Trapiello

El gato encerrado

Salón de pasos perdidos - 1

ePub r1.0
Titivillus 18.05.2023

Andrés Trapiello, 1990
Ilustración de cubierta: Hombre con sombrero, Picasso.
The Museum of Modern Art, New York

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

ESTA mañana tenía el Rastro esa grandeza de los días de invierno. Apenas había amanecido y ya estaban desplegándose los primeros puestos. Todas las cosas que iban extendiendo sobre la acera parecían oxidadas, chatarra, latón viejo; hasta los libros tenían algo de escombros.

El cielo, empañado de frío, no se sabía todavía si iba a ser azul o gris, y desde Mira el Río se veían allá abajo, uno aquí, otro más allá, los *vivacs* encendidos. Son fuegos que meten en calderos de zinc o en bidones que cortan por la mitad y en los que hacen unos agujeros para que las llamas respiren. A veces queman una cómoda entera, con cajones y todo, o la pata de una consola que recuerda el cuello de un cisne. Alrededor hay siempre gitanos vestidos de punta en negro, muy elegantes, que parecen duques. El aire entonces se llena de un olor pestilente a barniz quemado o, por el contrario, huele a pino y a resina, que se mezcla con el olorcillo a pan reciente que sale de dos tahonas que están casi juntas.

Luego X. y yo, un poco cansados de hacer el zapador, hemos ido a tomar un café a uno de esos baruchos del Rastro que tienen en el escaparate tripas atadas a unos palos y cazuelas con callos fríos. Buscar libros hay que hacerlo en ayunas, como los verdugos.

El dueño no estaba. Nos ha servido una señora gorda que hacía bromas picantes con un buhonero que llevaba puesto un flamante anorak de *slalom*, de color rojo.

Le digo a X. que estoy corrigiendo un diario.

—Esta vez va en serio.

—¿Lo publicarás?

—Si alguien me lo pide, sí. ¿Por qué no?

—¿Citas a la gente por su nombre?

—Casi nunca. No me atrevo.

—¿Por qué?

—No me gusta presumir de amigos. Me gustan poco los diarios que parecen el *Gotha*.

—¿No darás la impresión de misántropo?

—No quisiera. Yo no soy un misántropo. Me gusta la gente, tengo curiosidad por sus vidas, me enternecen a veces, me irritan otras. A un misántropo la humanidad le importa poco. A mí no.

Creo en la vida. Si no, no me levantaría a las siete y media todos los domingos para venir al Rastro.

Más tarde, en casa, rumio lo que me ha dicho X.; tiene razón, pero no puedo hacer otra cosa. Pienso con cierta nostalgia en mis amigos, a los que de verdad admiro y quiero. Tendrían que tener un lugar en estas páginas. Pues no. No me encuentro con fuerzas para escribir: «Me he encontrado con Fulano, magnífico novelista…», «He estado en el estudio de Mengano. Sus cuadros, comparables a Morandi, a De Pisis, a Corot, a Lega…». Quizás el lector, si viera frecuentadas estas páginas por gente conocida, pensaría: «Menudo tío». Por otra parte a mí me ocurre como a estas madrugadas domingueras. Prefiero, con gente que no conozco —y a los lectores no les conoce uno— prefiero ser como ese cielo madrugador: que no sabemos si será azul o gris. Ese secreto. Ese misterio.

Hace unos días me presentaron a la marquesa de V. Luego me contaron que todos los días baja, en bata y con los chichos puestos, a pasear a sus dos perros, tan viejos como ella. Los hijos la suplican.

—Mamá, hazlo por nosotros. No bajes con esas pintas.

—Mirad —les dice ella—. Los que me conocen saben quién soy y no les importa. Y los que no me conocen, qué me importan a mí.

Madrid, abril de 1988

Trobar un gat en una cambra negra,
quina dificultat!
I sobre tot si és que no hi és el gat.

JOSEP CARNER

El gato encerrado bien se lame

EL GATO ENCERRADO
(1987)

EL DÍA PRIMERO del año tiene en Las Viñas algo de plácida rutina. No hay nada que delate una noche de excesos ni esa alegría rabiosa, espumeante y un tanto epiléptica de las nocheviejas.

Las nocheviejas sólo tienen de aceptable el nombre: *La noche de San Silvestre*. Me dan ganas de abandonar todo proyecto y empezar una novela, con sombras románticas, cuyo título sea ése: *La noche de San Silvestre*. Es imposible pararse en un escaparate y no sucumbir a un libro con ese título.

En una novela así podría ocurrir de todo. Yo normalmente todos los Años Nuevos tomo esta determinación: escribir una novela. Luego las cosas vuelven a sus fueros y la novela se queda sin escribir. Alimentarse de ilusiones llena la cabeza y deja limpias las venas, por donde la sangre discurre con despreocupación.

Miro por la ventana. Todavía no ha amanecido y el cielo tiene un color tizón. Por lo demás se adivina en los montes un vago resplandor azul, a cuya luz los árboles, el camino, una casa a lo lejos, parecen bordados con hilaza tosca, como algunos tapices del Renacimiento.

Hace tanto frío en la casa que voy a escarbar un poco en el fuego de la noche anterior y apenas si descubro tres o cuatro brasas, tres o cuatro broches fríos entre la ceniza helada.

Me gustaría escribir una novela. Siempre que se me ocurre una idea tan original, las ansias me sobrevienen de repente. Es decir, me gustaría ponerme a escribirla esta misma mañana y tenerla lista para la hora de comer. La tarde la dedicaría a hacer algún retoque de estilo, algunos detalles, cosa de poco. A la hora de la cena la tendría lista para el editor. El día de Año Nuevo me pone, en este aspecto, más apetente que nunca. De modo que sí. Voy a escribir ahora mismo una novela. Tampoco una obra maestra. Hasta cuando se sueña conviene ser modestos.

Mi novela transcurre en la noche de San Silvestre, y principia en una estación vacía. El ferrocarril tiene mucha tradición literaria a las espaldas. Por otra parte esta novela mía se vendería en los kioscos de estación. Hay que pensar en todo. La diferencia entre un novelista y un poeta es ésa: el poeta presume de no pensar en nada. El novelista no deja nunca un cabo suelto. En fin.

Un hombre toma el tren en una ciudad pequeña de Inglaterra.

¿Por qué Inglaterra? En Inglaterra, o en cualquier otro sitio lejos

de aquí, las cosas suceden más fácilmente.

En cada vagón apenas viajan tres o cuatro personas. Muchos compartimentos están vacíos, pero con la luz encendida. Una mujer de edad indeterminada mira con desinterés por la ventanilla. Le ha tendido al revisor el billete sin ni siquiera levantar la cabeza. Al poco rato, de una de esas miserables, silenciosas y desiertas estaciones, sube un hombre. Es un tipo vulgar. Con paso de can recorre todo el tren. El vagón va vacío y él regresa para colarse en el compartimento donde viaja esta mujer. Se sienta frente a ella, saca tabaco y le ofrece un cigarrillo… Por una de esas fatalidades que hacen posibles las novelas y las obras de arte, la mujer acepta. A los diez minutos, hablan ya animadamente. Según ella cree entender, el hombre va a reunirse con una amiga. Todo muy inconcreto. A la media hora ella le hace una rara proposición: que la acompañe esa noche y se haga pasar por su esposo. Escribo *esposo* y no *marido* porque hay que dar la impresión de que se trata de una novela traducida. Trabajarán los dos: ella de doncella y él de mayordomo o camarero.

Ella acude a Madness Castle, en el condado de Essex, contratada esa noche para servir la cena de fin de año a los condes de X., un viejo matrimonio sin hijos. La envían de una agencia de Londres. El hombre, después de titubear, acepta. Al fin y al cabo, el plan de su amiga pasaba por cena con simulacro de felicidad conyugal, etc. Todo bastante triste. Sin demasiadas explicaciones. Las explicaciones sólo les sirven a los críticos, que las necesitan para saber por qué van a hablar mal de una obra.

Lo malo de las novelas no es ni siquiera terminarlas. Lo peor es lo de en medio. En esta novela mía puedo hacer que esa extraña pareja asesine a los condes de X., les roben y se fuguen a Escocía. Que quien asesine sea el desconocido que subió al tren. O mejor: en realidad la mujer del tren es la misma condesa de X., una solterona ciclónica y arruinada, que se dedica a viajar por Inglaterra buscando hombres que llevarse a su casa. Lo que haga con ellos allí es cosa de poca monta, lo mismo que los viole que los haga jabón. Al arte esos detalles le preocupan poco. ¡Qué sé yo!

Me temo que la novela no estará lista para el mediodía. Me alegro. Si la hubiera terminado, me habría estropeado el paseo de la tarde porque tendría que quedarme a corregirla.

Perdiendo el tiempo de esta manera, se ha hecho de día. El Año Nuevo salió de entre las sombras como esas heroínas que empiezan el día asomando un pie deliciosamente pequeño y blanco de entre sábanas de raso. La escarcha lo cubría todo y los olivos tenían la quietud del invierno.

Durante una media hora se dejaron escuchar los ruidos de siempre: un perro a lo lejos, algunos jilgueros y el escándalo de un pavo que todas las mañanas merodea por el jardín. No sé cómo no se lo han comido todavía. Lo está pidiendo a gritos.

Todas estas criaturas parecían dar cuentas al sol al mismo tiempo. El sol, indiferente a las explicaciones de sus criaturas, subía con cierta dificultad los escalones helados de las nubes. Para ser Nuevo, da la impresión de que el año empieza demasiado Viejo.

Al rato baja la niebla. Lo cubre todo como un manto. La imagen está manida, pero resulta no sólo verosímil sino eficaz. Poco a poco todo ha quedado cubierto por esa niebla azulada y el campo se veló como un viejo daguerrotipo al que el tiempo robó el color y los contornos.

UNO se pasa unos años reprochándole a su padre haber ganado la guerra. Luego otros en que ignoramos que la hubiera ganado. Cuando al fin estamos dispuestos a admitirlo, somos todos tan viejos que sólo tenemos fuerzas para preguntarnos si valió la pena hacerla. Cuando ocurre esto, ya ni siquiera sabemos de qué hablar. Nos miramos con pena, tal vez amargamente, cada uno desde una orilla distinta. Orillas distintas del mismo río.

SIN escepticismo no puede escribirse literatura. Sin entusiasmo no podría leerse.

ES más fácil hacerse una leyenda bebiendo que no bebiendo. Yo creo que el borracho, el drogadicto, el mujeriego en la literatura tiene más porvenir que el hombre moderado. Al fin y al cabo lo único picante de la Creación fue la rebelión luciferina. Sin ese desencadenante habría resultado todo tan aburrido como un disco rayado: «Belleza, Amor, Felicidad, Eternidad».

VIENEN en el periódico los poemas de uno de esos poetas secos como el abadejo y una entrevista. En la entrevista dice cosas inteligentes, y sustanciosas; los poemas, sin embargo, resultan candorosos, porque se le ve a ese hombre queriendo subir no al Monte Carmelo; no. Eso no le interesa. Él quiere escalar el Monte de

Venus a sus sesenta años. ¡Qué ingenuidad! Luego por la tarde, al encender la lumbre, he hecho una pelota con esas hojas y las he pegado fuego sin darme cuenta de que se trataba de aquellos poemas de tanta elevación. Ardían con problema, aunque daban una llama azulada y muy retozona. Extendí las manos sobre el fuego y noté un calorcillo grato en la conciencia y en la punta de los dedos, que se me habían quedado helados de plantar romero en el jardín. Nada como la obra bien hecha.

LA tarde tediosa. En las casas de campo suelen sedimentarse en sucesivas oleadas libros a trasmano, viejos tomos descabalados de revistas ilustradas, traducciones dudosas. Como tampoco esta mañana he escrito una novela, la dedico a delicuescencias del intelecto.

Para matar el rato uno se enfrenta a una pequeña biblioteca hecha de mutilaciones y restos. Elegir en estas circunstancias se parece mucho a aventurarse con un purgante. Por fin, en un número atrasado de *La Nouvelle Revue Française*, damos con unos fragmentos del diario de Samuel Pepys, prologados por Valery Larbaud. Decimos bien cuando decimos atrasado. El número es de 1932. Al poco rato, nos parece estar en la época de Larbaud. Tras la lectura de los fragmentos de Pepys, muy bien elegidos, volvemos a nuestra época. Pepys habla de lo que podríamos hablar ahora, una tarde de invierno: criadas, confituras y una chimenea encendida.

Leyendo cosas de confites y escarchados me ha entrado un hambre endiablada y tengo que hacer una incursión a la cocina. Son las servidumbres del arte. De la *razzia* he vuelto con una galleta viuda, revenida. Una de esas galletas que no se parten, sino que se doblan. El arte, como se ve, también está sembrado de sacrificios.

HA venido esta mañana muy temprano el cartero a traerme una carta de X. Al tiempo, me ha dado a la firma un escrito de no sé qué, y me ha pedido un donativo para reparar la campana de la iglesia. Me aseguro de que es para llevarla a fundir y no para poner tubos de neón en el retablo, pero he tenido que echar tierra al asunto: vi en sus ojos un brillo fluorescente: seguramente expondrá esa idea con entusiasmo en la próxima junta parroquial. Luego le he visto alejarse con un halo eléctrico iluminándole la cabeza y yo me he ido a leer la carta de X.

La escribe desde una provincia y me habla de la provincia. Me

cuenta con tristeza las tentativas para publicar sus libros, sus artículos, que le rechazan. No es lamentación. Se ve que es un desahogo. Seguramente la provincia la ve como una patraña, eso que se han inventado tres o cuatro de Madrid conchabados con dos o tres de provincias.

Pienso en su existencia tan pura, cargándose de unos posos negros que nunca sospechó cuando su vida era un mosto joven. Y pienso por contraste en esos dos o tres califas avinagrados que están todo el día con la matraca del exilio, de Marruecos o de París.

Si se admite que la única patria de un escritor es su lengua, se admitirá también que el suelo de un escritor no son unas calles o un paisaje. El único suelo donde un escritor pisa seguro es una página impresa; el único perfume que le seduce es el de la tinta. El único exilio: las papeleras de las redacciones. Lo demás es exhibicionismo.

Cuando alguno de esos escritores se sube al minarete y empieza a llorar y gimotear, me extraña que todos seamos testigos indiferentes del espectáculo. Tienen las planas enteras de los periódicos; la televisión donde indefectiblemente aseguran sentirse solos, incomprendidos, marginados; les editan y les traducen. Para tenerlos contentos los premian. Si encima se van a la cama regularmente con sus amantes y no tienen el hígado podrido, ¿de qué se quejan? ¿Por qué lloran tanto?

Se ve que tienen en el discurso de la periferia un buen negocio, como esos derviches que han comprobado que viven mejor de vender baratijas a los turistas que de hacer la guerra santa…

He tomado papel y pluma para contestarle. ¿Qué le podemos decir a alguien que es inteligente y que ha fracasado? «Querido amigo:» Y estas palabras me han parecido una despedida, porque todas lo son para un ser solitario.

RECUERDA a Cervantes: «En primer lugar se premia el favor. En segundo, el mérito». Si Cervantes viviera, el primer premio Cervantes se lo hubiera llevado Lope de Vega. Sin dudarlo.

UN breve paseo hasta la iglesia. Los árboles del amor están desnudos y los olmos, sin hojas, no parecen enfermos. Vamos en silencio mirando nuestros pies al andar. Huele a leña de hogaño quemándose en alguna chimenea. Es un olor a savia que nos envuelve. Recordamos a Leopardi. ¿Hasta dónde llega la amargura? ¿Cuál es su última estación? No pasa nada. No nos pasa nada, sino

que vamos muy despacio. Empieza el frío a hacerse notar en la punta de la nariz y en las orejas, donde se clava como un largo alfiler. Ese es todo el argumento de esta tarde. Luego volvemos por el mismo camino. Si nos encontráramos a alguien, alguna de esas sombras, viejas y encorvadas, que regresan de las faenas del campo con la azada al hombro, la tarde sería perfecta. Habríamos comprobado que la Humanidad no ha renunciado a nada.

A UNO le gustaría el silencio ordenado, práctico y reglamentado de los antiguos anacoretas del desierto. Levantarse con el alba, oración, desayuno (leche, pan negro y unos dátiles), trabajo en el huerto, refectorio, recreación, lectura de los Santos Padres y reposo. La tarde dedicarla a un corto paseo y trabajo bajo techado: tejer cestos, hilar lino y tramar espuertas con esparto, destilar aguardientes y cocer hierbas. Por la noche una colación frugal: un pocilio de leche y unas nueces. Canto de los Oficios Divinos y el premio de un sueño justo, el sueño de los justos. Sobre el cenobio una noche estrellada, fría y limpia. Frente a la exaltación retórica del silencio, el orden silencioso y humilde de aquellos viejecitos que leían el griego.

UN bodegón de ajos visto en la cocina. Un cacharro de barro esmaltado de color arena que en el borde tiene un adorno azul, azul oscuro. Está lleno de cabezas de ajo. Son terrosas, algunas conservan una frágil camisa de color morado, raramente algunos reflejos de un verde oscuro y ocultos algunos rojos como de sangre seca. Descubrir la verdad de ese bodegón. En toda realidad hay un pequeño drama, una escenificación. Nos preguntamos por el primero que supo nombrar eso como *cabezas*. No sólo lo parecen, sino que lo son. Cabezas reducidas de alguna de esas tragedias rurales, cuya brutalidad sólo es comparable con el misterio de su origen.

LIBRO que no has de leer, déjalo correr.

LAS oscilaciones políticas son siempre un enigma. En el año que acaba de terminar se resaltaron las muertes de Lorca y de Unamuno. La de Lorca hoy sólo es un negocio.

El *asunto Lorca* está adquiriendo unas proporciones absurdas. Por otro lado no deja de ser una extravagancia moral que en un mismo periódico se resalte la muerte «y la obra» de José Antonio (del que también se celebraba cincuentenario) por los mismos días

en que se recordaba la vida «y la obra» de Lorca. Es como si alguien, para equilibrar la balanza, añadiera un poco de plomo, o unas balas. Cuando la historia no se puede volver a escribir, siempre tenemos la solución de emborronarla.

Del cincuentenario de Unamuno vale más no hablar. De Unamuno se han dicho cuatro vulgaridades, se recordaron mal un par de anécdotas y se han destacado de él sobre todo los aspectos negativos: que era un ególatra, un paradojista y un poeta duro de oído. Todos han dicho eso. Pero también añadieron a continuación que Unamuno era uno de los hitos. Se conoce que no se atreven a decir lo contrario. En el fondo no les gusta nada, pero los filólogos escriben como sacristanes: todo el día en la iglesia, pero blasfemando entre dientes y bebiéndose el vino de misa. Es una de las maneras que tiene España de recordar a los españoles más grandes: insultarles un poco para que no olviden, ni muertos, de quién son hijos.

A VECES sentimos que la vida es como nuestra letra. Ni nos gusta ni la entendemos.

HE estado hoy en casa de D. por primera vez. Luego, ya de vuelta, M. me ha preguntado: «¿Cómo es él?». He comprendido que decir que le gusta Flaubert, Velázquez y Mozart, sería como no decir nada, de modo que he tenido que recurrir a insignificancias, a cosas casi banales: «Le apasionan —le he dicho— John Field y Mario Praz. Llevaba unos gemelos de malaquita. Todos los años veranea en un pueblecito de Portugal, un pueblo de nombre muy pequeño y lo que más le gusta es componer relojes viejos». Sólo entonces he comprendido que nos reconocen mejor en la calderilla que en los billetes grandes.

X. me envía desde Princeton (¿por qué no presumir un poco?) un pequeño ensayo sobre Benjamin, del que no me resisto a copiar esta frase, pincharla enfrente de mi mesa y mirarme en ella como en un espejo: «El *flâneur* —dice mi amigo— siempre llega tarde o abandona demasiado pronto el lugar de los hechos». Me parece la historia de mi vida.

DICEN que leer dietarios, memorias y correspondencias es prueba de civilidad y cultura. Una porra. El que crea que la población va a

comer más mantequilla y va a ayudar con más frecuencia a pasar la calle a los ciegos por leer a Madame de Sevigné, va aviado. Una de las pocas personas que conozco que haya leído íntegras las cartas de la Sevigné o los centones de Hawthorne o los *taccuini* de d'Annunzio,
lleva más de veinte años en un trabajo gris y kafkiano. Ahora le tienen de negro en un ministerio, a pesar de que es un escritor de primer orden. Hace informes de proyectos escritos por subnormales, toma café todos los días con administrativas y secretarias que llevan las uñas mal pintadas y cuando llega a casa es el menos civilizado de los hombres. Mataría si supiera cómo. Asesinaría si supiera a quién.

ESCRIBIR con el tono de quien habla poco y bien, aunque se escriba mucho, como Balzac, o mal, como Baroja.

Los diarios son a la literatura lo que el yogur a la dieta: un privilegio de las naciones bien alimentadas.

HEMOS dedicado todo el día al jardín, plantando, trasplantando, cubriendo los árboles más jóvenes con plásticos. El invierno es duro y hay que prevenir las heladas, implacables aquí.

Junto a una pared ha habido que hacer un alcorque para poner una clemátide. No hemos visto nunca una clemátide o no recordamos haberla visto. Tiene las flores moradas. La hemos comprado por el nombre. Nos ha parecido evocador y poético.

Somos impresionables. Nos impresionan los nombres, los autores, es decir, las autoridades. Las tradiciones están hechas de prejuicios. Llegamos a la herboristería. En uno de los sobres con semillas leímos la palabra *Clemátide*. Bastó ese asomo proustiano para decidirnos. Es un misterio si prenderá o no, si la plantamos en el sitio propicio o en uno demasiado expuesto… Al fin y al cabo una palabra termina siempre por germinar, aunque sea en estas páginas…

POR la tarde la Cabalgata. Trujillo estaba medio vacío. Hacía frío, era de noche y la plaza parecía más renacentista que nunca cuando vinieron los tres Magos. Llegaron vestidos con unos trajes muy bien hechos, como para una representación de altura: brocados, terciopelos rojos y azules, plumas de pavos reales y

turbantes de seda. Los caballos eran de nervio, estaban bien cepillados y levantaban la cabeza con el brío de los relieves del Partenón. Miraban como los reyes orgullosos de la Tracia. También en los ojos de R. saltó un brillo de entusiasmo e incertidumbre, sólo comparable al que arranca la fiebre.

Nosotros, sin embargo, estábamos tristes. No había ninguna razón, que es la razón más poderosa para no estar alegre. Al volver al campo, íbamos en silencio. R. pensaba en sus juguetes. La noche era muy cerrada y los faros del coche iban dejando a los lados una momentánea ilusión de vida y festones de una oscuridad impenetrable, sólo rota cuando la lechuza nos cruzó de parte a parte la carretera. Nos asustamos.

Al llegar caía la helada y la hierba crujía bajo las botas, tiesa y cuajada de cristales. Todo estaba listo. Estábamos viviendo el pasado de R.

ANOCHECE nevando. Tristeza y melancolía. En cada nevada está siempre la primera nevada. Tarde de silencio y lectura. Sólo se oían los copos de la nieve en el cristal y el pasar de las hojas.

UNA pequeña historia me conmociona hoy, porque es hoy cuando me entero de ella. Hace unos años Eduardo Aunós asistió al entierro de Paul Morand.

Morand vivió los últimos años de su vida en Suiza. Aunós era allí algo así como diplomático. Cuando Morand murió, le enterraron cerca de Trieste, como había dejado dicho. A Aunós le gustó mucho el pueblecito y el cementerio. Fue al Ayuntamiento, compró el trozo de tierra vecino a la tumba de Morand y esperó su propia muerte, que le llegó al año. Está enterrado al lado de Morand. Es posible que algunos, cuando pasen delante de sus tumbas, recuerden a Morand. Es seguro que el nombre de Eduardo Aunós no les dirá nada. Pasado el tiempo, se borrará el nombre de los dos, pero el olvido, esa pasión tan fiel, les hará más llevadera esa oscura travesía. Tal vez entonces, cuando ni el nombre de Aunós ni el de Morand se lean sobre la piedra, venga un alma caritativa con unas rosas y las deje, por confusión, sobre la tumba de Aunós. En las calaveras de los dos se chocarán los dientes de risa.

EN unas violetas, en su perfume azucarado y frío, hay algo como una negativa. Un no sólo dicho con los ojos. Un no que nos hiere, que nos hace sufrir no sólo porque lo entendemos, sino porque

querríamos evitarlo.

CUANDO la nieve se funde en las calles queda amontonada, sucia, informe, con la obscenidad de un cadáver.

A veces oímos que éste o el de más allá llevan un «Diario». Para algunos los «diarios» son las comisarías donde van a delatar o la checa donde presiden sus ejecuciones particulares. Algunos son más vanidosos y van más lejos: prohíben su publicación en tanto no pasen cierto número de años, como si guardaran los secretos de Fátima. Echarles la culpa a otros de lo que vemos nosotros parece una mezquindad.

A PESAR del nombre, Margot es una mujer inglesa, vistosa y camal, pero anda cerca de los sesenta años. Esto último es cosa que le irrita lo indecible.

Sólo llega a olvidarse de ello si uno le mira el escote exagerado que lleva. El pliegue que hacen los dos pechos es profundo y prometedor. Ella los muestra siempre con estudiada indiferencia. Uno debe mirar allí como el que deposita una moneda en la ranura del cepillo. Limosna que no sabemos qué necesidades remediará.

SENTIMOS cierta melancolía estos días de nieve en Madrid. Recordamos Las Viñas, el jardín, los naranjos recién plantados. La víspera de Reyes oímos cantar a un viejo. Le escuchamos sin que él se diera cuenta. Vareaba aceitunas. Era un cante flamenco triste y desgarrado. Su voz, hacia adentro, se le sepultaba en el pecho, como si el viejo sólo cantase aquella queja para él mismo. El nieto recogía del suelo las aceitunas que vareaba el abuelo, hacía niebla y frío, y olía al humo de una hoguerilla que habían encendido para calentarse. A veces la voz se le rompía y la canción salía fracturada y quejumbrosa. Sólo les acompañaba el golpear de las varas en las ramas y el ruido de las aceitunas al caer al suelo helado:

Si tú quisieras,
si tú quisieras
me moriría
pa que tú me quisieras
como yo te quería.

AYER me telefonearon unos amigos para saber si yo quería comprar libros en la biblioteca de un drogadicto, cuyo padre había sido amigo de Hemingway y Cyril Connolly. Yo dije que sí, porque

siempre hay que decir que sí.

Su casa estaba cerca de la mía. Atravesé la plaza de las Salesas. Esta plaza es una de las más tranquilas de Madrid y, desde luego, la única que tiene un busto de Rousseau. El busto, de bronce, es pequeño, pasa desapercibido y está flanqueado por bancos de madera donde se pasan las mañanas los mendigos y esas locas que echan de comer cada día a las palomas. Las palomas lo agradecen posándose sobre la estatua y ensuciando la cara con porquerías de un color ácido.

Nos abrió la puerta una chica muy joven, alta y aquejada de cierto sonambulismo. Llevaba puesto un vestido de punto muy ceñido al cuerpo y andaba sin zapatos, en calcetines de tenis, bastante sucios. El silencio de sus pisadas tenía la voluptuosidad de ciertos felinos enjaulados. No pareció extrañarse de aquel allanamiento.

En el recibidor, mal iluminado, había algunos muebles destrozados por el uso indiscriminado, sillas con las tapicerías pasadas y lámparas sin bombillas.

En el salón, al que nos invitó a pasar, estaban metidas unas cuantas personas, todas de una extraña catadura y derrotadas en los sofás.

No hablaban, pero de vez en cuando dejaban flotar en el aire una palabra en inglés, como el que echa por encima de la cabeza unos aros con el humo de un cigarro. Tres o cuatro eran americanos, había también un camello de San Blas y una *madame* que tenía el *meublé* en la calle del General Ricardos. Era la constatación de que con la realidad se puede hacer muy poca literatura, porque resulta muy inverosímil.

La *madame* era, contra lo que podría esperarse, una chica muy joven de ojos venenosos, pero de boca blanda e infantil. Yo no sé qué pintaba allí. Parecía nerviosa y terminó por levantarse y decir que se iba. Se conoce que esperaba que alguien le pidiera que se quedase, pero nadie dijo ni pío. Se dirigió a la puerta y desapareció.

El dueño, al que íbamos a comprarle los libros, se presentó al cuarto de hora. Bastaba mirarle con atención para comprender que era de esas personas que unos días aparenta tener menos de 35 y otros más. Era alto, muy guapo, rubio, con greñas románticas y unas patillas que le marcaban unas mandíbulas angulosas. Tema

rasgos de raza aristocrática. Nos recibió vestido con un *clochard*, con el abrigo puesto y el cuello levantado. No hacía ningún frío en la casa y la calefacción incluso era excesiva, pero él, como todos los drogadictos con el síndrome de abstención, estaba tiritando.

Yo tuve la sensación de que lo que íbamos a hacer era una canallada. Era como robar a un desgraciado, a un opiómano sin voluntad. Pero a esas alturas era más sencillo permanecer allí que llegar hasta la puerta, abrirla y largarse.

Nos condujo al pasillo. Era largo y estrecho, con una única librería interrumpida sólo por los vanos de las puertas. Las lámparas del pasillo, como las de la mayoría de la casa, habían sido arrancadas. Tampoco quedaba una sola bombilla en los portalámparas. Fue necesario desenroscar la que estaba en el recibidor. La muchacha que se encargó de hacerlo pegó un grito, porque se quemó los dedos. Esperó a que se enfriara, dejó a oscuras el *hall*, y puso la lámpara, de no más de cuarenta vatios, en un rincón. Mirar libros con aquella luz era dejarse los ojos, pero el fanatismo lleva a eso y a mucho más. Los demás empezaron la batida. Yo había tomado la determinación de no llevarme ni un solo libro de aquella casa y me dediqué a deambular de un sitio para otro.

Los inquilinos del salón debieron intuir que en el pasillo ya había luz y decidieron desentumecerse un poco, porque no llevábamos diez minutos allí, cuando empezaron las idas y venidas.

Sentados semejaban los peces de un *aquarium*. De pie resultaban seres enigmáticos que no sabían qué sería de su vida en los próximos cinco minutos.

Dos de ellos, al pasar delante de la lámpara se detuvieron. Se quedaron mirándola a menos de un palmo de distancia y discutían en voz baja, con un vago asomo de pasión, sobre si el filamento de la bombilla estaba o no roto. Pensé que se habrían tomado un ácido. Era una discusión peculiar, porque se limitaban únicamente a cambiar de parecer con palabras muy cortas. Era también una discusión ociosa, porque sin el filamento íntegro una bombilla no puede dar luz. Pero ellos la contemplaban tan de cerca, que se chamuscaban las pestañas. Tan pronto les parecía una cosa, tan pronto les parecía la contraria, susurrándose en inglés unas razones que parecían plegarias. La luz les tenía que quemar los ojos, pero la

miraban con las pupilas muy dilatadas. Luego se cansaron y se perdieron en una de las muchas habitaciones que tenía a uno y otro lado aquel pasillo de barco. Más tarde escuché a través de la puerta ruidos de cama, jadeos atiplados y por fin un largo adagio de silencio.

La gente seguía pasando, entrando, saliendo. Ver libros así es cosa difícil. Creo que salí ganando. La verdadera Comedia Humana estaba, como siempre, fuera de los libros (y pido disculpas por esta indecente moraleja). Como el pasillo era más estrecho que una trinchera, nos rozábamos continuamente y el aire se llenó pronto de muy educados *sorry*
I'm
, que sonaban como el beso que se da a un niño dormido.

Al poco rato todos los que estábamos allí vimos llegar a una vieja. Venía vestida con uno de esos hábitos pardos que se ponen las beatas cuando han prometido algo a la Virgen o al Cristo de Medinaceli. Llevaba también la correa de cuero negro preceptiva. El pelo, blanco y pegado de grasa, lo traía tan mal cortado, que recordaba a una monja sin toca, a una exclaustrada. En el ojo izquierdo llevaba un parche de algodón sucio, cruzado a la manera de los bucaneros y sujeto a la cara por dos esparadrapos en aspa y repugnantes. Era como si se lo acabaran de vaciar.

La vieja, muy pequeña, levantaba y torcía la cabeza para mirarnos con el ojo sano, al tiempo que su boca sin dientes parecía mascullar una maldición.

A los cinco o diez minutos el pasillo empezó a llenarse de humo picante de aceite quemado. Al fondo, en la cocina, se oía a la vieja hablar a gritos y nosotros tuvimos que salir de allí para no morir de asfixia.

Yo no pretendo que nadie se crea todas estas cosas, pero las cuento porque así sucedieron y a mí no me suele suceder todos los días encontrar mezclados unos cuantos niños de papá con golfas, iluminadas, extranjeros sin franquía y demás población penal, es decir, en pena, como ánimas benditas, eso con el telón de fondo de una biblioteca llena de primeras ediciones de Henry James, Pound, Connolly, Larkin, Madox Ford, Conrad, Virginia Woolf, Strachey, Auden, Spender, la maleta de Hemingway, la máquina de escribir de H. H. y cuadros de Noland, esculturas de Paolozzi… Todo una

ruina gloriosa a menos de cien metros de donde vivo en línea recta.

Llegó el momento del trato. Nos pudimos dar cuenta de que el dueño era una persona muy culta. Se pusieron los libros en rimeros. Los comentaba, los recordaba, los miraba con indescifrable rencor.

Estábamos rodeados de algunos cuadros de Morris Louis, otro grande de Noland y varios dibujos y esculturas de Paolozzi. Estaba cantado que no tardando mucho aquellos cuadros seguirían el camino de los libros, la ruta de los elefantes.

Queríamos todos acabar cuanto antes. Él estaba tiritando y nosotros asistiendo a la ceremonia de la humillación.

—¿Es que no encuentras ninguno que te guste? —me preguntó.

Yo le dije que volvería otro día. La educación sirve para esos momentos en que dos personas saben que se mienten.

Cuando salimos a la calle nos despedimos aprisa y corriendo. Yo me fui a casa como si hubiera pasado la tarde bebiendo una botella de aguarrás.

He tomado un tren de cercanías en el que volvían de Alcalá unos cuantos estudiantes. Se reían en alto, hacían bromas, se daban codazos. Dos de las tres chicas eran muy guapas. Los chicos, ambos, atravesaban esa edad en que hacen todos los esfuerzos del mundo para que su voz no les salga ya como la de los pavos reales. Unos a otros se miraban con una carnalidad cuyas fronteras seguramente desconocen aún. Al bajarme en Recoletos, me doy cuenta de que he venido observándoles durante una hora. Empecé a andar hacia la salida. No había un alma, los bancos vacíos. Al otro lado de las vías, la misma desolación. Escuché mis pasos en el andén y el eco cavernoso. Salí a uno de esos pasillos subterráneos iluminados con neones grises y forrados de azulejos. A mis espaldas quedaba, perdiéndose en el túnel, el estrépito cada vez más lejano del tren, y la certeza, nunca tan presente, de que algunos días no pasan, sino que mueren.

Al pasar hoy frente a la casa donde vivió el último de los Gutiérrez Solana en Mesonero Romanos, he comprendido que hay calles que nos cuesta reconocer, como a esas personas cuyo nombre estamos condenados a recordar mal toda la vida, o a olvidarlo, una vez nos han sido presentadas. Y esto puede ocurrir unas docenas de

veces en la vida. Dicen que una buena memoria es valiosa para un escritor. Puede. Pero son los olvidos los que hacen *al flâneur*, los que le echan a la calle y en definitiva, los que le convierten en novelista.

Al pasar junto al portal me ha venido un olor peculiar, entre guiso de coles y ozonopino, que ha sido suficiente para traerme a la memoria a aquella mujer, viuda del hermano menor del pintor, una de esas viejas solanescas, es decir, solitarias, avaras, dementes… Ésta se parecía a uno de esos maniquíes que pintaba Solana, desgreñada, medio ciega, fumando sin interrupción y no acertando nunca a sacudir la ceniza dentro de un platillo que tenía delante.

Llevaba puesta siempre una bata de un azul turquesa rabioso increíble, un modelo de Barbie Superstar. En la mano con la que fumaba, traía puesto un brillante como para coronar a un visir. Se le veía de buenos quilates, de mucha envergadura. El primer día que la vi, me acompañó la portera de la casa, que me abrió el piso. Ella era un poco la que asistía a la viuda. Encontramos a la vieja sentada junto a la ventana, mirando a la calle, sin hacer nada, dejando que un sol invernal entibiara algo aquellos huesos. Cada vez que se llevaba el cigarrillo a la boca, sin atinar tampoco mucho, el humo se le metía en los ojos que le lloraban, y el sol sacaba de aquel pedrusco precioso unos arpegios muy alegres, que la portera miraba con satisfecha bondad, como esas madres que miran arrobadas un niño gordo, aunque no sea suyo.

La portera era imprescindible en aquellos encuentros por su papel de intérprete, porque la vieja además era sorda como una tapia. Las mías eran frases breves que la portera traducía a sus voces, si bien en la traslación quedaba parte del sentido. Como la portera no sabía lo que traducía, a veces dejaba de dar gritos y en tono normal requería de mí más información. Entonces la vieja, que nos veía hablar delante de ella en voz baja, empezaba a gritar furiosa y a levantar los puños.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

—¡Nada! —y la tranquilizaba a medias, porque seguía hablándome a mí, pero sonriendo a la vieja:

—¡Pobre!, ¡está ya tonta! ¡En lo que nos convertimos!

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

La casa era toda ella solanesca, con un frío glacial en todas las

habitaciones, menos en la que estaba metida ella, un cuarto en forma de triángulo isósceles que calentaba con una estufa de gas destartalada. Allí dentro olía a una rara combinación de gas, lejía y vejez. El tabaco, el olor del tabaco, no era más que una salsa que ligaba todo aquel guiso.

Cuando la vieja murió, el heredero, un sobrino político que cantaba en una compañía de zarzuela, me enseñó algunas curiosidades del pintor, álbumes hechos por él con cosas increíbles, cromos de calaveras, anuncios de prótesis, desnudos de cupletistas…

No volví a verle. Al asomarme de refilón hoy al portal, he visto a la portera pasando la fregona y me ha parecido sorprender en su mano aquel brillo desproporcionado, legítimo, limpio como un misterio de muchos quilates.

HAN venido los primeros alhelíes al puesto de flores callejero. Son unas flores algo estúpidas. Parecen jóvenes vestidas con una camisa de lino blanco en el momento de bañarse en una charca. No pasa uno un minuto con ellas sin que sienta en su carne la lascivia de los viejos que espiaban a Susana.

HAY mañanas en que la vida nos parece como una ópera: buena música para un libreto mediocre.

EL Retiro estaba vacío. Hacía mucho frío y hasta los gorriones se caían de las ramas como piedras. Estuve un rato parado junto al estanque. Se había levantado un poco de viento. La superficie, como una tabla, se erizó de pequeñas puntas, con carne de gallina.

ME viene sucediendo desde hace algún tiempo. Voy a una librería. Miro con atención las novedades, pero algo me impide decidirme por éste o por el otro libro. En algunos compruebo el número de ediciones que han alcanzado y experimento en mi corazón una ola de envidia. Noto que se levanta a lo lejos y viene a morir a mis pies, bañándolos con su espuma sucia y fermentada. Procuro inclinarme hacia el estoicismo, pero no siempre lo consigo. Sigo viendo libros, decenas de libros. Deberías comprar alguno, me digo. Eres contemporáneo de todos. La cajera misma me juzga con unos ojos estrictos. Salgo de vacío, como entré, pero más solo, más enemigo de mí mismo, aunque con el mismo dinero.

EN todos los moralistas las mejores máximas son las mínimas.

No sé cómo me ha aparecido hoy, entre los libros que se dejó X.

en mi casa antes de irse a América, este *Léxico familiar*, y no hace un mes, cuando lo necesitaba.

Los libros van y vienen, asoman y desaparecen como esos trozos de madera que traen las olas. Uno busca un libro durante tres o cuatro semanas en los estantes de su biblioteca sin encontrarlo y de pronto, zas, en ese mismo lugar donde habíamos mirado cien veces, sólo que un año más tarde, aparece con cara de no haber roto un plato en su vida.

Dicen que los buenos libros nos dejan, al llegar a su última página, desorientados, tristes, quién sabe si un poco más viejos. En éste no ocurre nada parecido, porque de todas las historias que se cuentan en él, ninguna es de por sí extraordinaria. Lo son todas en conjunto, porque se repiten, porque se suceden con ritmo lento, sin precipitación ni descanso. Y de ese modo todo lo que era intrascendente, banal, pequeño, se vuelve grande, profundo, vivo. He comprendido, al fin, que un buen libro no es aquél del que podemos decir que lamentamos haber llegado tan pronto al final, sino, por el contrario, aquel que nunca sabemos si hemos terminado del todo.

Nunca podré reconocer haber leído este libro de Natalia Ginzburg hasta que no lo haya leído dos, cuatro, cincuenta veces más, porque las verdaderas historias familiares, las que de verdad importan en nuestra vida, suceden no para que se cuenten una vez, sino porque podremos recordarlas mil, de modo que eso que era en principio una sola historia, termina convirtiéndose en mil historias distintas con el mismo argumento.

Si Natalia Ginzburg hubiera vivido cerca, habría tomado un tren, me habría presentado en su casa y le habría dicho: «Gracias. Nada de cuanto ha escrito me será indiferente».

Estoy impresionado de veras. Me ocurrió lo mismo cuando vi por vez primera *El río*, de Renoir. Un día, de súbito nos encontramos frente a algo extraordinario. Alguien nos hace entrega de una obra que sólo a nosotros podría beneficiar, aunque pueda también beneficiar a otros. Sólo que nosotros lo estábamos esperando, sin saberlo, desde hacía mucho tiempo.

Y que sea un contemporáneo quien te lo ofrezca es de una importancia capital, porque es la señal de que nada ha terminado, de que todo continúa, la vida, la literatura, los afectos, el corazón

del hombre. Poder vivir con esa esperanza es importante para alguien que empieza.

A mí me gustaría encontrar en España alguien parecido a la Ginzburg, alguien que hablara de cosas que te importaran de verdad desde el mismo lugar donde tú crees encontrarte, pero no. Un maestro, un escritor con más sabiduría, con una luz propia y aceptado así por una mayoría, no existe ahora en España. Algo parecido debió significar Aleixandre, pero no es igual. Los mismos amigos de Aleixandre, que le conocieron, cuando te los encuentras hoy te dicen: «Era una persona extraordinaria, él era mejor que su obra».

Yo hablo de otra cosa. Conocer a alguien del que puedas decir: «Da igual lo que sea él, pero su obra es incomparable, excepcional». Eso no existe.

Hace poco un amigo me dijo: «En España, en este siglo, sólo contarán los escritores del principio y del final; el 98 y los que empiecen a escribir ahora; lo del medio vale poco».

Tal vez. Pero entre tanto, ¿cómo, con quién vamos a ser un poco generosos? ¿Con quién va a estar uno en deuda? ¿Con los muertos? Basta de muertos.

Yo creo que no voy a ser capaz de escribir *La noche de San Silvestre*, pero se me ha ocurrido otra novela esta mañana, untándome la tostada. Vi muy claro el argumento, como Baltazar en el muro de su palacio las palabras divinas.

Al mediodía tenía escritos cinco folios y habían empezado los primeros problemas.

He luchado a brazo partido, pero fue inútil. Tenía la historia bien amarrada, pero se me ha ido escurriendo entre los dedos como una gota de mercurio. Por la tarde, ya francamente atascado, me he levantado de mi silla, he cruzado el largo pasillo y me he untado de nuevo una tostada. Luego otra y otra, invocando a la inspiración.

En ese momento sonó la hora en el reloj de la Góngoras. No he sabido nunca si son las campanadas de un reloj o una campana que llama al coro. Las he contado: para dar la hora sobraban algunas; para llamar a vísperas eran pocas. Por otra parte sonaban con poca convicción.

Miré los tejados de Madrid. Al fondo el atardecer ensayaba una retirada digna, sin conseguirlo tampoco.

Después de comprobar la poco halagüeña marcha del mundo, he vuelto a mi mechinal comiéndome una manzana a mordiscos. Tres folios más, pero ya con pocas ilusiones. He comprendido que el mundo lo mueven gentes como Bonaparte, pero el Código Napoleónico lo escribieron funcionarios como yo, escrupulosos y cumplidores.

El mejor momento del día, sin embargo, vino después, hace un rato, cuando he hecho a mis hijos con esas ocho hojas una flotilla de avionetas que volaban de maravilla.

¡QUÉ tristes son los amaneceres de Madrid! Íbamos mi madre y yo en un taxi, sin hablarnos, mirando ese Madrid sombrío y triste. Las casas de Atocha y Embajadores, negras y siniestras, empezaban a destacarse en ese temblor del amanecer. Desde el coche estaba hecho todo de trozos, de planos sin sucesión. Parecían esas láminas sucias, pisadas y polvorientas que encontramos en el Rastro y que los gitanos venden como papel. La alta chimenea de ladrillo del matadero viejo, el zarpazo morado en un balcón negro, mínimo, de hierro, con una botella de butano, un peatón algo tosco que nos mira en un semáforo… Iban pasando las cosas, pero en nosotros todo estaba detenido en un único instante: T. había muerto.

Nos estaban esperando en el tanatorio. Y era todo, en la muerte, desagradable; el tanatorio, los túmulos, los duelos que se mezclaban, los deudos de unos muertos llorando los muertos de otros. Todo, hasta en la muerte, mezclado, feo, sin sucesión, interrumpido. Todo, menos él.

Un pintor puede tomar un apunte de natural de un muerto. Antes casi todos los pintores lo hacían con sus amigos o sus parientes. Llegaban, sacaban papel y lápiz y dibujaban esas cabezas que pesan tanto y se hunden en la almohada. Eran muertos a los que les crecía la barba o se les desencajaba la mandíbula, y a los que la cabeza se les angulaba como pedruscos de cantera. Yo he comprobado que la cabeza de cualquiera pesa más cuando está muerto que cuando está aún vivo. Nadie ha sabido darme nunca una explicación de algo que es tan fácil de comprobar a simple vista.

Un escritor es distinto. La emoción es una mala consejera, porque uno acampana el estilo y lo dobla, como las campanas, a muerto. Sale falso, irreal.

Yo me limitaba a observar. Ni siquiera sabía entonces que iba a escribir de eso mismo ahora, porque la sola idea de que iba allí a tomar apuntes, me hubiera helado la sangre.

A mi primo se le había afilado la nariz, las fosas se le habían agrandado lo indecible y los algodones que habían puesto en ellas sobresalían definitivos. Parecía que se le iban a caer. Recordaba mucho a Vallejo muerto. Todos los muertos se parecen algo a César Vallejo muerto.

A mi primo sólo le dio tiempo de ser joven y de recordar, durante un año de dolor y de estragos, los goces mínimos, los deleites que desestimamos por pequeños cuando gozamos de salud y de vida.

Alguien había depositado a sus pies un ramo de lirios. Eran los primeros del año. Las varas, frescas y abiertas, desordenaban un poco ese orden terrible de la muerte.

Yo me había propuesto no entrar a verle, pero le miraba primero de lejos y luego algo me fue empujando hasta quedar a su lado.

Mi madre, junto a mí, de pie, rezaba un rosario. Yo más que mirarle, más que verle, le analizaba, deseando que esa actitud de reserva no expusiera mi corazón a emociones de las que tarda uno en reponerse semanas.

En la primera mirada no reconocía nada de él. Ni los ojos demasiado hundidos y cerrados, ni la boca, sellada como con cera, ni la frente que el sudario hacía más grande y cúbica, como si estuviera dibujándose en él la calavera futura.

Nada de eso que miraba era mi primo, aquél con quien jugué en 1970 (y jugar entonces era ir a tirar panfletos en las casas de los obreros de Urgel y Carabanchel, yo asustado, él divertido con mi miedo y con su audacia); aquél que, después de perderle la pista, apareció llamando a mi puerta al lado de una joven singularmente guapa (una buena pareja, pensé); aquél de quien la familia me iba proporcionando deslavazadas informaciones de una vida oscura y nocturna, gastada entre tugurios que regentaba y barras americanas de las que era copropietario con su suegro.

Volví a mirar los lirios. Ésa fue mi oración. Ver los lirios abiertos, con sus tres pétalos morados que recostaban el cáliz amarillo en sus rodillas señaladas debajo del sudario blanco.

Mi madre se inclinó sobre él y le besó la frente. Aquel beso me

heló los labios. Recordé el día en que murió mi abuela, en el hospicio viejo de León. Me había puesto en la manga de la chaqueta un brazalete negro. Tenía seis años y seguramente todo el aspecto, por las fotos que conservo de aquellos años, de un niño de *ghetto*. Recuerdo también que alguien me alzó para que viera a mi abuela tendida en el cajón mortuorio. Entonces a alguien de la familia se le ocurrió hacerme este favor:

—Besa a la abuelita.

Me habría negado, pero a los seis años uno no sabe negar casi nada y menos cuando lo que tiene delante uno es el primer muerto de su vida, así que la besé en la frente.

El frío aquel me puso una congoja en la nuez que tardé en tragar dos semanas. Era un frío de nada y de absoluto.

T. se me pareció entonces a mi abuela Laura, se había parecido siempre a ella. El beso de mi madre me lo recordó.

Antes de que mi madre despegara los labios de su frente, yo salía de aquel pequeño cuarto donde apenas si cabía sólo él.

A continuación vivimos ese absurdo que es enterrar a alguien en una ciudad que tiene cinco o seis cementerios en los lugares más peregrinos. Caravanas que se truncan, deudos que se pierden siguiendo el coche que no es, titubeos…

Nos parábamos en los semáforos del camino, como todo el mundo, y mirábamos a los ocupantes de los coches que teníamos al lado, preguntándonos: «¿Este será o no será de los nuestros?».

«¡Qué cosa tan triste es enterrar a alguien en Madrid! No sabes si sales de fin de semana o llegas tarde al trabajo», dijo alguien.

Empezamos a hablar de los cementerios de los pueblos, esos pequeños camposantos, al lado de las iglesias, donde los árboles crecen igual fuera que dentro de las tapias. Esos corrales tristes, pero humanos todavía, con una vida real de árboles, pájaros, tumbas, y no nichos, lápidas y cruces donde se vienen a posar las alondras y unas zarzas donde suelen nacer amapolas cada año. Una vida adecuada a la muerte.

Para hacernos el trayecto más corto, nosotros, que aún teníamos vida, o que íbamos con la muerte de los vivos, empezamos a divagar. Los cementerios trajeron los pueblos, los pueblos los viajes, los viajes… Nos pareció que la vida cobraba, poco a poco, sus viejas costumbres. Era casi una obscenidad estar vivo.

Al llegar al cementerio nos esperaban ya todos los que habían llegado de León. Se avivaron los lloros, se prolongaron los abrazos y lo enterramos en un nicho que olía todavía a yeso fresco y a silicona. Luego comprobamos la exactitud de los resortes que tiene la vida: la desbandada, el frenético volver a la rutina diaria, acogida ahora como un alto privilegio, porque esa rutina nos obliga a huir de aquel lugar.

Hablábamos todos de mil asuntos, de mil pequeños arreglos domésticos (coches para volver a Madrid, horarios de viajes de regreso a León…). La gente se fue yendo. Quedamos solo los seis hermanos del tío, la tía, los tres hermanos de T. y yo. La familia. Fuimos a casa de los tíos.

Y allí se dio cumplimiento a un rito muy antiguo. Sin que nadie lo hubiese planeado, se improvisó un banquete, un ágape fúnebre. Un convite modesto que se dispuso con la disculpa de dar de comer a los que tenían que tomar el tren. Hasta a la tía, que acababa de enterrar a su único hijo varón, se le escapó llorando un «Dios mío, los duelos con pan son menos», y eso que me sonaba terrible, vi que no lo decía ella, ni su dolor, sino la vida, la máscara de la vida.

Los hermanos hacía más de treinta años que no se reunían y empezaron a hablar de su niñez. Una dulce melancolía se fue posando, sin lograr borrarla ni taparla, sobre la tristeza de cada uno de los rostros. Los tres primos y yo les dejamos hablar a ellos.

Les vinieron recuerdos de Matueca, de León, del abuelo herrero y maestro, de las escuelas y pueblos que conocieron con su padre, que era maestro también. El recuerdo de algunas trastadas infantiles les hizo reír. Eran risas que no se atrevían, sino risas tristes y nostálgicas. Hablaron de los veranos antiguos y de la nieve que entraba en los dormitorios por los balcones que dejaban abiertos, en las noches de invierno, «para respirar aire puro». Matueca era entonces una aldea de no más de treinta vecinos, a la vera de un río de aguas limpias y acostada en un monte de robles.

Las primas iban y venían con los platos. A Ch. la sorprendí diciendo a su hermana en el pasillo: «¿Y ahora qué haremos cuando no tengamos que ir por la tarde al hospital?». Le brotó una sola lágrima. Llevaba en las manos una fuente con fiambres recién comprados al charcutero del barrio. No pudo siquiera secársela. La vida me pareció triste, absurda, una pensión donde se mezclan siete

días a la semana los sentimientos más puros con los embutidos.

RECUERDO esta frase de *El Gatopardo*, dicha por el padre Pirrone en memorable filípica: «Le voy a dar una receta: si encuentra a un "señor" que se lamenta y se queja, mire su árbol genealógico: enseguida encontrará en él una rama seca». Juzgando mi caso a la luz de esta sabia sentencia, hay días que noto mi estirpe salida directamente de un haz de leña. Me gustaría levantar la barbilla y pasar de perfil por la vida, como esa moneda que se nos cae al suelo, sin acusar el golpe.

ESTA mañana en el Rastro he visto a un mono que se hacía una palomita. Estaba en medio de un corro de gente que le miraba. Era un mono pequeño con el trasero pelado. Se masturbaba con desinterés y de una manera discontinua, porque lo mismo se tocaba, que dejaba al aire un pene encamado y con el filo de una guindilla. Lo mismo eso, que le sobrevenía un pequeño espasmo, como un suspiro.

El dueño del mico había ido a tomar café, por lo que aseguraban algunos, y había dejado el puesto al cuidado del vecino.

Luego pasó una señora que se puso como una energúmena y empezó a llamar guarro a todo el mundo y a decir que qué ejemplo era ése para las criaturas. Y señaló a dos niños de unos diez años que se desternillaban de risa con el espectáculo.

La gente se desinteresó del mono, que siguió con su ocupación, y empezó a divertirse a costa de la señora, que gritaba cada vez más excitada.

En esto llegó el dueño. Se hizo cargo de la situación en un vistazo y propinó al animal una patada feroz.

El mandril salió por los aires y de no ser por la cadena que lo tenía amarrado a una reja, habría rodado hasta la Ronda de Atocha.

La gorda se dio por satisfecha con el desagravio y se marchó. Sin embargo se volvía de medio lado cada diez metros y gritaba, ya no sé a quién: «Sinvergüenzas, marranos».

Los que no sabían a qué se refería la miraban como a una loca; los otros, de lejos, recibían aquello como el suave y perfumado rocío de una mañana de abril.

Es difícil comprender la risa que provocamos en los demás

cuando tropezamos con una puerta de cristal o nos caemos en la calle. En cambio es imposible reprimirla cuando el que se tropieza o el que se cae es otro. Podemos sucumbir de vergüenza cuando por efectos dispépsicos un gas mal controlado rompe ostensiblemente sus barreras naturales. En cambio somos poco indulgentes cuando detectamos en alguien cualquier anomalía olfativa. La vida se fundamenta en estas desigualdades emocionales que hacen imposible el comunismo, del mismo modo que hacen necesaria la caridad cristiana.

QUÉ maravilla no deber nada a nadie, estar en paz, salir, perder el tiempo. Escoger una calle y otra y otra. Andar lo andado y desandar lo nunca recorrido. Amar a todas. Beber cerveza y escuchar a un pájaro subido a la cátedra de una acacia. Qué feliz ese día en que actuamos igual que en un país lejano. En que la lengua es otra y nada comprendemos ni nos comprende nadie. Ese día en que somos ajenos para todos, para todos extraños, Qué hermoso es ese día en que volvemos a casa sin haber hecho nada. Qué hermoso es fracasar y estar alegres.

HA muerto Brenan. Al poner un telegrama a L. y a L. hemos pensado en aquellos veranos de Fondales, los tés de cada tarde, los cigarrillos miopes de Gerald, las pavesas que le sembraban los pantalones y las camisas de quemaduras; las traducciones de Hopkins, el emparrado y la sombra de los huertos… Aquel tiempo era puro.

Le recuerdo vagando de la cama a la sala todo el día. Al andar levantaba la cabeza no sé a dónde, como hacen las tortugas. Su nariz era pequeña y las gafas se le deslizaban por ella, de modo que para evitar que se le cayeran al suelo, levantaba la cabeza y las sostenía con la punta de la nariz. Su cabeza era de tortuga y la boca era también de pico de tortuga. No sé para qué llevaba gafas, porque no veía casi nada.

Fue el ejemplo más claro que he visto nunca de fracaso literario. Era un viejo amargado, tal vez rencoroso y, sobre todo, triste, fatalmente triste.

Hablaba a menudo de Eliot, que le rechazó un libro de versos, *The Magnetic Moment*, para Faber, en los cincuenta. Terminó pagando una edición de cien ejemplares de su bolsillo, como si fuera un muchacho. Pero, ay, Eliot le gustaba, lo admiraba y le

hirió, justamente por ello, que le rechazara el manuscrito. Brenan se refería a menudo a Graves, cuya vida le parecía semejante a la suya, sólo que Graves había triunfado…

No sé. Si un escritor es una buena persona debe cuidarse de la amargura. Bondad y amargura es una combinación mortal. Lo que uno consigue así es que, a lo sumo, le den unas palmadas en la espalda, como se las dieron a él Strachey y los demás.

Ahora ha muerto entre buitres que se acercaban a su casa y le llamaban a gritos Don Geraldo, como una gracia, delante de la televisión, para que se viera que los políticos también pueden hablar como los catetos de las Alpujarras cuando quieren.

Tampoco en la muerte tuviste suerte, Gerald. Tendrías que haber muerto hace diez años, cuando lo pedías entre sollozos. Al lado de L. y de L., junto a los niños, un día cualquiera, mejor de primavera o de verano: en Fondales, en aquellas Alpujarras míseras, secas, abruptas, que sólo puede amar un extranjero.

LA nostalgia de la poesía es como el recuerdo de un perfume: por más que tengamos la sensación, no volveremos a saber de él hasta que nos hiera de nuevo en la realidad, no en la memoria.

À PROPOS de Valéry: La sintaxis no es la musa *À propos de d'Ors*: Aunque la sintaxis se vista de seda…

HE soñado que estaba en el Campo de Santa María del Orto. Como ocurre a menudo, esa Venecia vacía, provinciana y pobre se imponía a la otra, dorada, palaciega y cosmopolita. Estaba sentado a la orilla de un canal, con los pies colgando hacia el agua. El agua estaba tan quieta que parecía un envoltorio de algo, uno de esos regalos lujosos que se envuelven con papel de aguas. Algunos cuervos, que volaban en un cielo amarillo limón, como de crepúsculo de Bellini, graznaban en lo alto. Yo no sé si hay cuervos en Venecia. Nunca los he visto, pero las góndolas tienen el color de los cuervos: el negro que puede volverse azul al contacto del aire. Cerca de donde yo estaba, en una vieja gabarra, había un gato cuyos ojos eran del mismo color de agua y me miraban. Si soñé algo más, no lo recuerdo. Ha sido un sueño absurdo, como una película francesa de la *nouvelle vague*: sin principio ni final. Al darme cuenta, todavía en sueños, tal vez en el último duermevela, de que aquello iba a acabar de cualquier manera, he intentado poner yo

algo de argumento a aquel maravilloso escenario. Fue todo inútil. He pasado el día de un humor de perros.

HA empezado la primavera. Ha empezado, como sucede siempre, no en el calendario, sino en el aire perfumado. Hay ciertos olores que se acunan en él sin rechazarse. Era la sensación que teníamos ayer, al volver de ver el *Orfeo*. Veníamos andando. Trajimos la impresión del ensayo general (para el estreno no conseguimos localidades). Quien no haya estado en uno de estos ensayos generales desconoce muchas cosas. Los que asisten a ellos son parientes o amigos de los músicos del foro, de los tramoyistas, acomodadores y sastras para los que una entrada a la ópera es festín que no pueden permitirse.

De modo que el público era un público galdosiano, lleno de *Miaus*, de *Bringas*, de señoras vestidas como para ir al mercado. Parecíamos todos cuñados del primer violín, un viejo con un traje raído azul marino que no hacía más que levantar el trasero de la silla, como si no terminara de encontrar la manera de acomodar sus partes. Desde el paraíso, donde nos habían colocado, se le veía estupendamente arriba, abajo, arriba, abajo, cada cinco minutos.

A pesar de todo, Gluck se terminaba imponiendo, sacándonos de allí y conduciéndonos a ese infierno donde se llora tiernamente.

Volvimos a casa dando un paseo y aspirando esos atisbos que llegan de la primavera a las calles de Madrid. De pronto me digo que estaría bien venir más a menudo a la ópera. Es decir, pienso una de esas frases al alcance de cualquiera que seguirá sin venir a la ópera más que de vez en cuando. Se conoce que hay momentos en la vida de todo hombre en que lo normal es decir las frases preferidas de cualquier empleado, esas frases que uno espera de un cuñado en una reunión familiar.

LEO en las cartas de Cesare Beccaria, el penalista: «Me he propuesto alcanzar la gloria literaria». Creo recordar que Stendhal hacía referencia a este pasaje. Por alcanzarla se esforzaron Virgilio, Balzac, Shakespeare o Cervantes. Hoy está vedado formular abiertamente algo parecido. Vivimos, en cambio, en una sociedad que exalta estéticamente al perdedor, pero que lo vende por todas partes.

Yo en eso no veo más que hipocresía. El héroe contemporáneo es cualquiera de esos personajes de serie B que encamó Bogart o

que cruzan las novelas americanas. Todo eso, sin embargo, nos lleva a un contrasentido, porque el fracaso, el desarraigo y todo lo demás se produce sólo dentro de la pantalla, dentro de la novela. Fuera de la pantalla Bogart vivía como un rajá, lo mismo que los novelistas americanos del realismo sucio, que son unos escritores muy aseados por otra parte.

Todos los que ven esas películas se ponen melancólicos porque quisieran fracasar como Bogart en Casablanca para vivir como Bogart en Estados Unidos.

Ahora bien. Si a alguien se le ocurre decir, como Beccaria o Stendhal, «quiero alcanzar la gloria literaria», va dado. Vivimos un tiempo en el que los deseos no pueden formularse por el camino más corto, sino que han de pasar antes por los sótanos.

He pensado todo esto recordando a Brenan. A menudo le oí quejarse de haber fracasado, de haber visto saldados todos sus libros en Foyles. Pienso en todos esos escritores mediocres que agotan las ediciones una tras otra, mientras declaran desdeñar la gloria. El desdén por la gloria es la forma suprema de la soberbia, y por tanto la mayor estupidez en la que puede caer un escritor. La gloria es como la muerte: no debemos ni esperarla ni temerla.

«A PRIMA noche», escribe Sánchez-Mazas. Hasta los mejores, como Leonardo, han pintado alguna vez con yema de huevo que el tiempo pudre y corrompe.

M. ha comprado unas prímulas preciosas, unas fucsias, otras moradas, muy moradas. Si no tuvieran ese nombre, digamos, tan perfecto, nos pasaríamos hablando de prímulas todo el santo día. Pero la perfección no es hermosa nunca en esta tierra. En la otra, en la prometida, puede. Aquí, no. Hay palabras que sólo las deberían expender con receta.

ENCUENTRO en el Rastro el libro de un amigo. Lo compro por diez pesetas. Este dato me evita tener que decir aquí su nombre. El libro lleva dos dedicatorias. Una impresa y otra autógrafa. Ésta es de circunstancias. Aquélla me deja perplejo: «A mi madre, por su gran afecto». ¿Cómo es posible que un escritor que tiene el ingenio de Wilde mienta tan mal? Una dedicatoria así sólo puede encubrir a un culpable, a alguien que ha robado la caja fuerte de donde trabaja y sigue saludando todos los días a su jefe.

EN el sistema de X. esta frase resulta, por inteligible, más

emocionante que otras suyas, no menos memorables: «No puedes tener nada en contra de alguien de quien has aprendido algo». Se hablaba de un escritor de moda que aparecía en la fotografía de un periódico vestido de *jockey* sobre un caballito de juguete. Se puede admirar naturalmente a alguien así, pero no imaginamos a Unamuno pegando saltitos en público sobre el palo de una escoba. Cuando se hacen cosas para la galería, no tienen que parecer divertidas al que las hace, tienen que serlo.

X., el escritor más chocante que conozco, me asegura haber leído un libro con este título: «Proust y el cálculo diferencial». Me lo creo.

EN literatura sólo se recuerda a las mujeres que han sabido ser hombres (Santa Teresa, Virginia Woolf, George Sand) o a las que enloquecieron por ellos (Emily Brontë, Emily Dickinson, Rosalía de Castro). Un escritor que no sepa o quiera ser mujer o enloquecer por ellas está llamado al fracaso.

LA he visto de espaldas. Todas las mujeres de espaldas resultan enigmáticas. No hay ninguna que no sea de espaldas diez veces más hermosa que de frente.

Llevaba un abrigo largo y medias negras. Los tobillos, delgados, se marcaban con insinuación de esclava. Se movía como montada en un trineo. La he seguido. A veces sigo a una mujer por la calle algún tiempo. Me fijo en ella. En el modo que tiene de mirarse en las lunas de los escaparates y de los bancos, sin detener el paso. Todas lo hacen. Se llevan la mano a la cabeza, se desarreglan estudiadamente la larga cabellera, se convencen, se tranquilizan y siguen. Lo hacen sin detenerse, de refilón, como revistando su propio desfilar.

A veces me encuentro tan cerca de ellas que podría perderme en la sugestión de sus nucas y aspirar el olor de su pelo. A ésta le caía en grandes ondas, como una ese, sobre unos hombros perfectos. Su color, de un oro viejo, contrastaba con la juventud de su dueña. Un lazo de terciopelo negro lo anudaba en alto, un lazo romántico, amplio, bien modelado. Ha sido ese contraste del oro y el negro el que me ha seducido. A veces esas mujeres se traicionan y se vuelven inesperadamente, con brusquedad, mostrando sus rostros. Entonces desaparece todo el encantamiento y el ensueño, y despertamos a una hora vulgar. Otras veces, fatalmente, al volverse, aquella

belleza se hace aún más venenosa. Decir mortal sería llegar demasiado lejos. Nos envenena. Eso es todo.

A alguna de esas mujeres la he seguido durante algún tiempo, cayendo en sus gestos, en la manera de mover los brazos, de adelantar una mano, en el modo de doblar la cintura antes de cruzar un semáforo.

Las he seguido en unos grandes almacenes, por la calle, hasta una cafetería. Algunas se han dado cuenta. De éstas unas apresuraron el paso, inquietas, infelices. Otras, en cambio, sonrieron. No me sonrieron a mí, sino que se sonrieron a ellas mismas, como el que se hace un regalo un día en que no se celebra nada especial. Por una entré en una lencería. Cuando me di cuenta, enrojecí de tal manera que la dependienta debió imaginar que algún inconfesable vicio me había traído hasta allí, del mismo modo que el mancebo de farmacia sabe quién pide preservativos por primera vez sólo con mirarle a los ojos.

No busco nada en ellas sino a ellas mismas. Sería incapaz de hablarles, de pedirles nada ni de darles nada. Las quiero ajenas a mí, pero a mi lado.

A ésta de hoy la he visto detenerse y hablar con un joven que venía a su encuentro. Yo he seguido mi camino. No me entristece perderla porque no he visto su rostro. Volveré a encontrarme con ella mañana, pasado mañana. Siempre la misma, de espaldas, huyendo de sí misma sin saberlo.

«COMO Dios me ha asegurado, la muerte se ha convertido en mi sueño». La frase, recitada en una de las cantatas de Bach, tiene el aire de los deseos que habrán de cumplirse.

NADA tan melancólico como perder en una de las vueltas de la vida a alguien a quien se ha querido mucho, y encontrártelo en sueños. Al restituírnoslo, el sueño es cruel y, sobre todo, injusto. Porque nos habíamos movido dentro del sueño, en ese lugar de encuentro perfecto, en ese espacio donde todos tenemos la misma posibilidad de existir: nosotros, que aún vivimos, pero dormidos, y él, muerto ya, pero vivo en el sueño. En cierto modo para él podemos ser incluso nosotros los muertos. Todo es posible en un sueño. Al despertar ese día, constatamos el vacío. Entonces vamos dando tumbos y si la gente supiera leer en nuestro silencio, comprendería que no decimos otra cosa que un «¿sabes tú dónde

está? Si le ves, dile que aún me visita de noche».

LEÍDA la novela de Baroja *Un trepador*. Es una de esas novelas de folletón que Baroja escribió después de la guerra. Se ve bien que es una novela en la que Baroja, parodiando a Nietzsche, sugiere esta enseñanza: «Cómo novelar a garrotazos».

¡Qué bruto, qué barbarie! La novela no es nada, pero siempre hay unas líneas, un tipo, una figura bien terminada, aunque sea en cuatro brochazos. No hay psicología, pero sí una mirada con brío. El resto, de repertorio, leña para la galería.

SE pasa uno durante años desdeñando cosas, cosas que no se conocen. Luego la vida nos las pone delante y resultan ineludibles, a veces admirables y valiosas. A muchos esto les preocupa poco, porque creen tener el don de saber elegir en cada momento lo que les conviene. Seguramente si yo no tuviera esa clase de remordimientos que tanto me mortifican, podría sonreír de otra manera y confesar, como los políticos: «Eso ya lo decía yo hace muchos años».

CUANDO ayer vimos a Barenboim tocando las sonatas de Beethoven tuvimos la impresión de sorprender a alguien que arrancaba pequeñas flores por un campo. Sus manos, que reconocían el teclado, se movían con una naturalidad ajena a ellas. Barenboim estaba pensando la música, la sentía. Las manos no hacían más que traducir eso en algo mecánico. Eran manos sin expresión ninguna, sin vida ninguna. La vida estaba dentro de Barenboim. Era como si nos la transmitiera de su corazón al nuestro, sin ni siquiera hacer uso del piano. Recogía las flores con la mano derecha, sin que la izquierda lo advirtiera y las iba poniendo en un pequeño montón. Parecía recorrer en aquel teclado toda la pradera, buscando las más pequeñas y secretas violetas con las yemas de los dedos, que apenas lo rozaban. Hacía con ellas un ramillete, que mezclaba con hojas verdes, y lo acercaba al pecho, para evitar que el viento las quemara. Entonces se contagiaban de un latido demasiado hondo para ser escuchado. Al fondo, bajo un gran tilo, veíamos a Beethoven, sentado, enfermo y viejo, que miraba aquella naturaleza magnífica y a su criado cortar flores para su sordera.

«EL arte no está nunca en primera persona». Sólo por estas palabras merece ser recordado un artista que engañó a todo el

mundo haciendo creer que sus frases las decía un tal Oscar Wilde.

TENGO mala memoria para las frases que han dicho otros. Incluso las cosas que he dicho yo se me vuelven huéspedes. A veces uno se repite, pero la literatura está hecha de repeticiones. El que piense que llega a este mundo para decir algo nuevo, se puede ir retirando. Cuando me encuentro con alguien por la calle y le pregunto qué está escribiendo o pintando y me responde: «No sé. Es una cosa extraña, muy original. Tienes que verlo», sé que estoy enfrente de un desdichado. Uno, en cambio, se conformaría con hacer suya la reflexión de Proust: «Ya sé que se ha escrito todo ya. Pero conviene repetirlo, para que no se olvide».

DESPUÉS de siete años no ha querido ponerse al teléfono cuando ha llamado, según me dice. Naturalmente como no sabía la causa, no puede siquiera estar furioso, a no ser consigo mismo. Y busca en él ese algo que explique que el otro no quiera hablar con él. Como era de suponer, vuelve de la búsqueda con las manos vacías, como las víctimas. Le molesta inmolarse a una llamada, y eso le rebela. De pronto esos siete años de amistad son hoy un vasto túnel por donde va a tientas, con el presentimiento de que será arrollado en cualquier momento. Dentro del túnel, como dentro de él, rezuman humedad las paredes y oye caer gotas en charcos que no ve. A veces la amistad termina siendo ese charco en el que meteremos el pie sin darnos cuenta, algo desagradable, pero trivial, de proporciones ridículas.

UNO se desacostumbra a su voz y pasa el tiempo a solas con su silencio, y el silencio se nos vuelve extraño y nos asusta. Y saltamos como lo hace ese gato al que se sorprende de pronto sobre el teclado del piano. Suena de nosotros algo discordante e imprevisto. Algo que no sabríamos interpretar ni nosotros mismos. Algo irrepetible. Así sucede con estas páginas. Son *impromptus*, casualidades. Pero sería ingenuo pensar que obras más armadas, como *Guerra y Paz* o *El Quijote*, no son también improvisaciones; cosas que no volverían a sonar igual si Tolstoi o Cervantes las escribieran de nuevo. Claro que lo que en éstos es un Steinway, aquí resulta un organillo.

Su llamada ha desbaratado toda su susceptibilidad y suspicacia de hace dos días. Le alegró, desde luego, me ha dicho. Le alegró, pero no podrá restituirle la certeza de que entonces no quiso

ponerse al teléfono. Las relaciones están hechas de estas pequeñas traiciones. (Hacer consideraciones morales sobre este episodio. Necesidad. Realidad. El espíritu siervo. Poner por encima de todo el amor, en el sentido de que es mejor ser queridos a cualquier precio, que no serlo de ninguna manera).

EL de Bath, en el condado de Somerset, ha sido uno de esos viajes que le dejan a uno una impresión muy viva.

Cuando uno vuelve a Inglaterra se sorprende siempre de las mismas cosas: que puedan conducir por la izquierda, que se entiendan cuando hablan en libras, galones, pintas o en grados Farenheit y que soporten unos peluqueros que les cortan el pelo como si herrasen yeguas.

Llegamos a Bath una tarde típica de primavera británica y era domingo. Desde el tren veíamos una luz dorada sobre las suaves praderas y en unos campos muy bien rapados vimos a gentes que jugaban al *cricket*. Es importante el momento en que uno entra en una ciudad por primera vez. Para salir da un poco igual la hora o el día.

Yo creo que fue una suerte entrar en Bath un domingo por la tarde del mes de junio. La ciudad, vacía, olía a río, a aguas verdes, tranquilas, lo que contrastaba sensiblemente con las calles de Londres, donde sólo se huele a *curry*.

El primer paseo lo dimos a las nueve de la noche, pero hacía tanta luz como en España a las seis. El crepúsculo nos pareció tan lento que mirábamos cada cuarto de hora el reloj, sin saber muy bien si se nos había parado el reloj o el tiempo.

En el cielo, azul purísimo, sedeño, se pintaban unas cuantas nubes al pastel con colores muy delicados, de alta repostería.

Como el pueblo es pequeño puede decirse que lo anduvimos en una hora.

Luego, los seis días que fondeamos en Bath repetimos los paseos en un sentido y en otro, como el que zurce una vieja tela.

Entrar en una catedral anglicana siempre es una experiencia curiosa. Las tienen llenas de tumbas por todas partes. Uno va pisando siempre unas losas de color pizarra con el nombre de obispos, aunque eso da menos pena que contribuir a que los relieves

de blasones y escudos llenos de águilas y leones terminen por desaparecer.

Los muros y las capillas de la de Bath estaban cuajados de nichos, lápidas e inscripciones funerarias, cada una con su tipo de letra, su leyenda, su epitafio, de modo que las paredes de la iglesia parecían unas páginas de anuncios por palabras.

Lo mejor cuando uno hace turismo es no avergonzarse de ser turista. Aunque lo ideal es no serlo. Lo ideal es llegarse a sentir en los sitios como en tu propia casa. No ir a Bath, sino volver a Bath, y estar en ella como el que sale a comprar el periódico a la Plaza de las Salesas, sin sorprenderse de más, sin contentarse con menos.

En Bath yo hice cosas que sólo se les ocurren a los turistas, como subirse en la imperial de un autobús y hacer un *giro* por los alrededores, admirar sus *crescents*, esas casas neoclásicas en forma de semicírculo, de *croissant*, es decir, de creciente, y aspirar el aire puro, cargado del perfume de todas las flores que durarán tres días. Entré en unas termas romanas y escuché a una guía loca que pegaba gritos en *cornish* subida a un capitel decapitado.

A menudo me iba yo solo admirando esas casas adosadas de maravilloso clasicismo, con puertas blancas cuyas jambas son columnas jónicas. Miraba los escaparates de las tiendas, entraba a tomar cerveza en esos *pubs* que tienen todos el título de una novela y miraba cosas de las que normalmente uno no se percata en su propia ciudad.

De Bath me he traído la sensación de su tono. Una ciudad que no es capaz de reducirse a un color está condenada a perecer, a hundirse en el tremedal de la memoria. En el caso de Bath todo tenía un color gamuza admirable, seguramente porque está construida con las piedras que debieron de desechar los alquimistas a la mitad del experimento, porque están a punto todas de ser de oro.

HOY no he hecho otra cosa que ir y venir, subir, bajar, pararme en esos parques ingleses en los que los ruiseñores más que cantar recitan versos de Keats.

Para que nada faltara, Bath, que es una pequeña ciudad, no creo que tenga más de ochenta mil habitantes, cuenta con unos cien anticuarios, cinco mercados de antigüedades o rastrillos, uno para cada día de la semana, y unas diez librerías de lance. Para uno, que

tiene el vicio de las cosas viejas, el paraíso se representa así: un lugar lleno de libros y hermosos objetos que hicieron la vida más fácil a gentes de hace cien o doscientos años, junto a jardines con árboles centenarios y frondosos.

Los árboles ingleses son en esto los más admirables. Son árboles que dejan pequeños los palacios mayores, hasta volverlos de un tamaño ideal, habitable, íntimo.

Nos han llevado hasta Lackot Abbey, una antigua abadía en el campo inglés, a unas pocas millas de Bath. Es uno de esos conventos góticos del siglo XIV que pasaron a la nobleza en tiempo de Cromwell. Ahora su actual dueña, la última descendiente de una familia muy linajuda apellidada Talbot, lo tiene que enseñar para sacar algunas perras a los turistas. Es una viejecita que nos recibe en un salón lleno de panoplias con mazas, espadas y picas, y que se sienta sobre un sofá cuya tapicería se cae a pedazos. La casa está llena de copias de buenos cuadros y pintura de género digna y todos los pasillos están atestados de libros antiguos.

Los libros en el campo son un síntoma del refinamiento. En las casas de campo donde uno ha entrado, en España, los únicos libros que ha visto, cuando los ha visto, son los tomos del Cossío o el Espasa, si en la casa había habido un notario o gente de carrera. Alguna vez noveluchas de Blasco Ibáñez, sobadas y repegadas o algún tomo descabalado de los *Episodios* de Galdós. En Lackot Abbey no pude reprimir fijarme en los libros y leí en los lomos esas letras doradas a las que el tiempo ha dado pátina de joya vieja. En el primer golpe de vista se me cuajó la sangre. Pedí a la dueña que me dejara ver uno de aquellos tomos para comprobar algo a lo que no daban crédito mis ojos: la primera edición de las poesías de Boscán y Garcilaso, impresas en Barcelona.

Yo no me imagino entrar en la casa de ningún marqués español, en Jerez o en Don Benito, y encontrar no ya el equivalente, es decir, la primera edición inglesa de los poemas de John Donne, sino una edición en Austral de Garcilaso y Boscán.

La buena señora me hubiera regalado el ejemplar si no llego a poner esos ojos educados que me enseñaron para desgracia mía cuando era pequeño.

LA víspera de dejar Bath, dimos un último paseo. Llegamos al atardecer hasta el Royal Crescent. El parque, inmenso, estaba vacío.

Frente a la fábrica clásica de las casas, una cortina de viejos tejos, negros y con las ramas cansadas, parecía correrse como un telón. El sol, por encima de uno de los tilos, doraba una de las cornisas del frente. En la pradera jugaban cuatro adolescentes, muy separados entre sí, a tirarse uno de esos platos de plástico que van por el aire como halcones. Sus risas y voces quedaban tan pequeñas que apenas si se oían. Sus cuerpos llenos de vigor, dibujados por un lápiz clásico, se doblaban, saltaban, caían en plancha sobre la pradera con la despreocupación de los animales más jóvenes. Una ardilla que mordisqueaba una corteza bizqueaba al mirarnos. El último mirlo pegaba carrerillas por la hierba. La hora, el pasado, la belleza del lugar eran tan grandes que nosotros, sentados en un banco, lo mirábamos todo con un silencio sagrado. Y sin saber por qué, pensamos no en el solsticio de verano, en la hora presente, sino en esas largas, grises, tenebrosas horas del invierno, cuando Bath sea sólo una ciudad muerta bajo la lluvia y el viento errático del este.

A Madrid se le pone, los primeros días de julio, un olor a cordelería, a cáñamo, a bramante, a pita seca.

Mi lesión me ha tenido sujeto a la cama durante unos días. Los primeros en el campo, hace cinco meses. Recuerdo la primera noche de crisis aguda. Miraba el ventanuco casi conventual del dormitorio y confiaba en el paso del tiempo, es decir, en que el tiempo arrastrase el intenso dolor, como arrastra el viento un nublado. Esperaba ver en la aurora la desaparición del tiránico sufrimiento que me mantenía insomne, sin poder adoptar una postura en la que quedarme agazapado, insensible a todo, con la cobardía de las liebres. Pero la noche no pasaba. En el ventanuco estaba fijo un azul muy intenso, apenas aclarado por la luz lechosa de las estrellas. Se oía, entre las cañas, una sapa de San José, como la llamaba mi padre, un sapo que ahuecaba la flauta detrás del jardín. El dúo lo completaba el cárabo, a los lejos. La casa estaba en silencio. Sólo el que espera la aurora sabe lo que ésta tarda en llegar. En el menor cambio de tono en el cielo yo creía ver un heraldo. No había poesía ninguna en aquellas horas, sino sólo sufrimiento y un acuciante deseo de que se hiciera de día y desapareciese aquel azul tan hermoso y se callaran los sapos y el cárabo, pero pronto volvería todo a sumirse en esa tristeza que es el dolor mientras todos

duermen.

M. estaba a mi lado. Son sentimientos de orden diferente, pero tanto como el amor, el dolor nos descubre algo que desconocíamos, e igualmente valioso. En aquellos momentos hubiera deseado tener toda la salud y vigor posibles para ponerlos sobre sus hombros mientras dormía, agotada, crispada, arrancada sobre el vértice de mi crisis de su reposo, rendida por el sueño. Mientras ella dormía, es decir, mientras se hacía la ilusión de que arrebataría a aquella noche larguísima siquiera dos minutos, sólo dos minutos oscuros, difíciles y recónditos, como las dos oscuras violetas que esconde una piedra (por no decir que sepulta), mientras dormía, hubiera querido posar mi mejilla en su espalda, respirar el perfume de su pelo y quién sabe, tal vez abandonarme a ese simulacro de sueño, de paz, de silencio que nos igualara a los dos.

Pero yo sólo podía mirar hacia el ventanuco. Cuando por fin fue clareando, el día se quiso anunciar con el canto desacompasado y sonámbulo de unos pocos pájaros. Hubiera deseado levantarme, abrir la ventana, destrabar la falleba del balcón y entregarme al misterio de un día que comenzaba, a pesar de mi incomprensión. Pero el dolor me impedía cualquier cosa que no emanara de él o que no me condujera fatalmente a sus redes. Como el amor, el dolor responde a los mismos impulsos y pide de nosotros una sumisión de siervos. Habría querido repetir en silencio: te quiero. Pero de mis labios sólo salían estas palabras, en esencia las mismas: sufro, sufro, no resisto el dolor.

Y de esa manera se cerraba la simetría de esas otras auroras, en las que felices, decimos: te quiero, te quiero con un amor infinito, mientras un dolor de despedida y de muerte empieza a desgarrar nuestro corazón.

TARDE de toros, catastrófica, en el Puerto. He comprendido por fin que el arraigo de la fiesta entre los españoles se debe a que todo lo que sucede en el ruedo es un trasunto de la vida real, de la misma manera que el éxito de los misterios y autos sacramentales que se representaban desde el medievo al Siglo de Oro eran trasunto de la vida sobrenatural. Hasta el vocabulario y todo lo que rodea la fiesta está dotado del milagro de la vida, de un don extraordinario de exactitud y justicia. Cuando oímos llamar cabestro a alguien, o decir que alguien le ha dado una larga

cambiada a otro, nos enmudece la maravilla del tino.

Ha habido toros de todas clases: el reservón y egoísta; el sinvergüenza; el cobarde; el de mala leche; el que echa la fuerza que tiene, poca, por la boca; el tarabillesco.

En realidad vamos a los toros, no a un espectáculo. Ni siquiera, como se cree, a una lección de belleza, de arte. Para eso puedeuno quedarse en casa. Uno va a los toros a mirar en una hora acontecimientos que normalmente tardan toda una vida en suceder. En una tarde de toros hay siempre seis vidas distintas contadaspor tres personas diferentes, donde nadie, ni el mismo Dios, tiene la seguridad de nada.

SENSACIÓN de que nuestros libros son como restaurantes. Les viene bien que los frecuente gente de mundo. Eso no les hace mejores. Está absolutamente comprobado que la buena comida nunca se prepara en las grandes cocinas. Las grandes cocinas son apropiadas para cuarteles y hospitales. Esto lo saben todos, pero es evidente que los hombres prefieren que se les vea a alimentase bien. (Resulta pesado lo parabólico. Porque en toda parábola la verdad depende de quien escucha tanto como del que habla).

HA muerto Warhol. (Este cuaderno va a parecer un obituario). En toda la tontería periodística, gran nerviosismo. Los periódicos se soltaron la melena y reprodujeron las fotos de ese personaje, como si visitaran los Santos Lugares. Nadie lo dirá, pero la única gran genialidad de ese mamarracho fue la de hacer creer a todo el mundo que él era un genio. En cierto modo lo fue. Acuñó su propia divisa, como los monederos falsos, y llenó el mundo de sus papeles. Todos los periodistas hicieron hincapié en aquella frase: «Yo soy mi mejor obra». La encontraban genial. Sin embargo a nadie se le ocurrió mirar de cerca cualquier retrato de ese pollo: un albino muerto de risa que piensa mientras te está mirando: «Tienes en el bolsillo tanto. No hagas nada. Dentro de una hora, cuando me hayas conocido, eso que tienes en tu bolsillo estará en el mío y serás el hombre más feliz de la tierra».

Lo mejor de este tiempo nuestro es que ya está pasando.

MUCHOS dicen tener nostalgia del mar. Yo tengo nostalgia de un gran río. Del Tajo en Lisboa, del Danubio en Budapest, del Sena en París, del Támesis en Londres, del Tíber en Roma.

Un río con barcos, con muelles, con largos puentes solitarios. El

mar es siempre definitivo, pero un gran río es más humano que un hombre.

RUANO es el ejemplo de escritor *pourri*. En las fotos se le ve con los dedos de las manos afilados por la nicotina del vicio. Un hombre dispuesto a probarlo todo no tanto por gusto como por novedad. Eso siempre resulta antipático y sobre todo aburrido. El que atiende al vicio, termina desinteresándose de la vida, porque el vicio es justamente algo que depende de la vida, pero a su costa, como ciertos hongos parásitos. Vicio es una pasión sin amor.

A Ruano no parece que le interesaran ni las cosas ni las personas ni las situaciones. Basta con conocer la que fue su casa. He vuelto a ella ayer tarde. Parece ese tipo de escritor al que apasiona la vida, pero que no la ama. No se sabe muy bien qué le interesa. Quizá la literatura. Una literatura, claro, en abstracto, sin bondad ni grandeza. Retrata muy bien la época de los cincuenta, una época sin bondad ni grandeza, llena de cobradores y empleados que se presentaban a concursos de cuentos. Unos años en los que lo único importante que se podía hacer en Madrid era tener un buen sastre y suerte con los cócteles que preparaban en Chicote.

Yo conocí la biblioteca de Ruano hará cosa de cuatro o cinco años. Una biblioteca dice mucho de su dueño. Tanto como las uñas. Más de la mitad de los libros que tenía en su dormitorio no eran más que libros comprados al peso, descabalados, manuales de medicina, tratados de remonta y veterinaria, colecciones antiguas de geografía, tuertas de varios volúmenes, como el Madoz o el Ponz, que tenían tomos repetidos y otros faltaban. Eran todo gangas de almonedas, liquidación de embargo. Por fuera había en todo unción, categoría y brillo. Por dentro, no era más que bosta, derribo, estafa. Se veía que Ruano los había comprado como el que quiere llenar un decorado.

El aposento tenía mucho de teatral. La cama estaba hecha de trozos de baldaquinos barrocos, con el pan de oro saltado y desconchones en el estuco. El tono de la marmolina creo recordar que era verde y había colgados del sobaco dos angelotes rubicundos a uno y otro extremo de la cabecera para que velaran sus sueños, componiendo un extraño retablo.

La entrada del dormitorio la cerraba un samurai. Era un maniquí antiguo vestido a la usanza de los samurais. Llevaba puesta una

armadura vieja, mala catadura y una catana entre las manos. No sé de qué podía ser símbolo con esa mueca oriental que combina ferocidad y locura.

Ruano en vida usó el título de un marquesado, creo recordar que el de Cagigal, que en realidad era de un pariente lejano suyo que se lo reclamó años después… Su lema, que se hizo imprimir en las tarjetas de visita y en las cartas, era éste: «De mi deseo gozo». Bueno.

Cuando Ruano se murió, mandó, según me han dicho, que le pusieran en el suelo, sólo con la mortaja. Todos los que fueron a verle se lo encontraron tirado sobre la alfombra y quedaron muy impresionados. Era como decir: «Yo fui un bala en vida, un perdido. Pues ya me veis».

De una persona como Ruano es mejor no esperar nada. Según unos, vendería a Dios Santísimo. Para otros fue un samaritano. Se contaban de él historias increíbles de pasaportes falsos, brillantes legítimos y delaciones ignominiosas.

Yo he visto manuscritos suyos. Su letra, que hace pensar en el griego, es un dechado de perfección y armonía y no de alguien con el hígado negro.

Recuerdo haberle visto de chico en la televisión hablando de cosas muy peregrinas. Siempre me pareció de esa clase de tipos que llevan caramelos en los bolsillos y a los que nuestras madres nos tenían prohibido acercamos. Seguramente olía a agua de colonia a un kilómetro de distancia.

Ayer tarde estuve mis buenas dos horas en aquel santuario. Tenía todo el aspecto de un museo de provincias cerrado por reformas. Las paredes llenas de cuadros, dos o tres mesas-vitrinas con relojes de plata, fotografías dedicadas, una colección de teteras de peltre y ese olor que se les pone a las casas con un muerto insigne.

Ya en la calle quise volver a casa andando, de manera que tomé por Zurbano abajo. Es una de mis calles preferidas, llena de consulados con un escudo muy apropiado y heráldico en la puerta y acacias y yedra que cuelga sobre las tapias.

Venía pensando en todas esas cosas, en la vista de Ríos Rosas que se ve desde el salón; en que seguramente ya no se hace vida en ese salón desde hace veinte años; en la viuda, con los ojos ahogados

en colirio; en su fámula tagala que me decía cada cinco minutos: «¿El señol bebe cosa flía?»; en la cocacola que rehusé, no sé por qué, porque a la vuelta tenía una sed de mil diablos… No podía quitarme de la cabeza aquel pasillo oscuro, aquel silencio, aquel «¿el señol bebe cosa flía?».

Algunos días no dan más que para un artículo corto.

ESCRIBIR con defectos propios, antes, o mejor, que con aciertos ajenos.

HE visto por la tarde (no hubiera sido posible por la mañana) una luz especial entrando por el balcón. Habían estado a verme M. y V.

Agradecí su visita, pero sobre todo su partida, más tolerable aún. Al irse me han dejado la impresión del mundo exterior que venía con ellos. No me pierdo nada. Pero gracias a ellos puedo valorar esta luz que es posible que me haya visitado todas estas tardes, sin haberme apercibido de ella. Todo estaba bañado de una claridad opalescente y suave. He pensado que las cosas sólo pueden dorarse así si tenemos ojos para verlas. Era como si la luz hubiera atravesado una aceitera de cristal. Era todo un oro verde de oliva, ungido de voluptuosidad y orientalismo. Los sillones, los libros, los cojines del sofá adoptaron la actitud de unas esclavas. Bajaron la cabeza y sintieron que todo lo que transcurriera fuera del serrallo, les resultaba desconocido e indiferente.

EL verde de su mirada empezaba a marchitarse. Más que miradas sobre las cosas —una cómoda enfrente, el jarrón blanco, el libro que sostenía, la cerveza que dibujaba en su boca un reborde de espuma— dejaba pétalos esparcidos. Pétalos mustios y tristes. Miraba desde la orilla de un lago. No era más que una adolescente, pero en su mirada, tan limpia, tan inexperta, se encontraba ya la sombra de la muerte.

«Y es que los grandes dolores físicos le habían obligado a guardar un régimen. La enfermedad es el médico más escuchado: a la bondad, al saber, no se sabe más que prometer. Al sufrimiento se le obedece». Las buenas frases son las que no precisan de exégesis.

HE pasado cerca de una hora en la pecera del Círculo de Bellas Artes, de manera que he tenido tiempo más que de sobra para observar con detenimiento unas cuantas caras. No había mucha gente. La primera conclusión, un poco dramática, es de orden

general: la mayor parte de los que estaban allí tenían aspiraciones artísticas. Se les notaba en las barbas y en los trajecillos baratos que llevaban.

Yo creo que no tener dinero no es un crimen, pero si no se tiene no hay por qué disimular. Vestían trajes de mal género, pobretones, pero llenos de diseño, porque el diseño suele ser como las especias: se abusa de ellas cuando se quiere camuflar una carne pasada o un pescado podrido. Vi a dos o tres, de unos treinta y cinco años, que llevaban pajarita. La pajarita a esa edad es ridicula, como gastar tirantes o calzar sombrero. Algunos, en cambio, encuentran que echarse todo eso encima les vuelve muy interesantes y sofisticados. ¿Por qué desengañarlos? Para usar pajarita hay que escribir como Mann, si no es mejor no hacer el cretino imitando a éste o al de más allá. Eso o esperar a tener los setenta años. A esa edad uno puede hacer lo que le dé la gana.

Yo estaba sentado en un rincón, solo, apoyado en mi paraguas. Entonces me vino a la memoria la foto de Machado en el café de las Salesas con el bastón entre las manos, y dejé mi paraguas con mucha discreción en la esquina. Conviene evitar los paralelismos, sobre todo en el apartado complementos. Luego seguí observando aquel cuadro moral. Seguramente teníamos todos cara de guardar en un cajón dos o tres libros de poemas y alguno, por la arrogancia con que pedía las consumiciones, incluso una novela.

En general se les veía que se encontraban muy a gusto en aquel lugar, como si estuvieran llevando a cabo el rito de ser artistas. Hemos visto tantas fotografías históricas, que hay que ser muy escéptico para no creer que estamos viviendo tiempos «históricos».

Yo creo que muchos de los que estaban en el Círculo a aquella hora, la una de la madrugada, eran gentes de provincia, ese tipo de profesores de instituto o pintores locales que vienen a Madrid a poner el trasero en la misma silla en que se sentó X., o a tomar una copa aquí, porque les han dicho que la movida pasa por este bar siniestro del Círculo. Tal vez esperan ver de lejos a alguien conocido, a alguien célebre.

Todo esto lo saben los camareros, que le miran a uno con lástima. Hace veinte o veinticinco años llegó al Gijón por primera vez un amigo mío. Venía de Albacete y llevaba todavía pantalón corto. Quería ser escritor y había leído muchas crónicas de Ruano,

de manera que se plantó en el Gijón y llamó a un camarero:

—¿Qué va a ser?

—Recado de escribir —le ordenó con indiferencia.

El camarero le echó una ojeada por encima de la bandeja, vio el género y respondió con soma:

—¿Solo o con leche?

Yo a mi camarero le he debido decepcionar, porque no he pedido más que una botella de agua mineral, y ni siquiera con gas. El camarero se ha vengado mirándome cada cinco minutos, recordándome de paso que me habían dado plantón.

Cuando salí a la Gran Vía bajaban los coches de los cines y me juré no volver a este lugar: para la gente que lo frecuenta tiene los techos muy altos.

Al tener estos días de buen tiempo el balcón abierto, oímos de vez en cuando a Miguel, el loco de la calle, un loco como los de antes, de ésos a los que tiraban piedras los chicos y a los que las madres daban un trozo de pan, enternecidas de verle solo, enternecidas de ver que no se trataba de un hijo suyo.

Viene por aquí desde hace cinco años. Los locos, como los asesinos y los enamorados, vuelven siempre al lugar del crimen, al lugar donde fueron felices.

Miguel viene a estar con el panadero, un viejo que le deja quedarse en la panadería, siempre que no le estropee la parroquia, como él dice.

Es joven, no mayor de veinticinco años. Va sucio, con ropas de limosna y barba negra de días. Ha debido ser muy guapo. Hay algo noble en sus ojos, que le brillan como dos tizones. Al andar cojea algo, secuela de alguna paliza o de la polio.

Este loco tiene dos maneras de ser: pacífico y agresivo, imprevisibles las dos.

Cuando está pacífico el panadero habla con él, según me ha dicho. Le pregunta sobre su vida pasada, de la que se acuerda vagamente. Parece ser que es huérfano y que estudió latín en algún seminario, porque de vez en cuando echa parrafadas en latín, sobre todo en los momentos en que desata su cólera. En esos momentos, el panadero dice que se pone imposible y le echa del establecimiento, «por atención al público».

Es entonces cuando le oímos. Pega unos gritos desgarradores,

insulta al panadero, a Dios, a la Virgen. Esto me hace pensar a mí que haya tenido que ver con cosas de iglesia.

La gente le mira parada en la calle sin atreverse a mover un pelo, por temor a que la emprenda con uno.

Suele llevar algo liado a la cabeza, una manta, un pantalón, un saco, como hacen los carboneros. El otro día le vi con un velo de misa y tenía aspecto luciferino.

Según el panadero es un chico de buen corazón. A veces pasan dos semanas en que viene todas las tardes. Luego no se le ve en tres meses. Al panadero le llama papá. Llega y dice: «Papá, dame unos pantalones. Estos están viejos» o «Dame dinero, que no tengo». El viejo, si tiene unos pantalones raídos, se los da. Lo del dinero lo veo menos, porque este comerciante es un hombre que tiene ochenta años, se levanta todos los días a las cuatro de la mañana y no ha cerrado la tahona ni un solo día en sesenta y cinco años.

Un día llegó el loco y le dijo: «Dame un abrigo. Paso mucho frío por las noches». El viejo se preocupó y le buscó un abrigo entre los clientes del barrio. «Estaba nuevo —me asegura—, nuevo, casi sin estrenar», pero el loco lo regaló al día siguiente a otro pobre más pobre que él. Para el panadero la suya es una gran obra de misericordia. En cambio la del loco no es más que una insensatez, un mal negocio, porque seguirá pasando frío.

El panadero ha tenido que avisar a la policía algunas tardes para que se lo lleven de allí, sobre todo tardes de tremolina, en las que el loco grita hasta reventarse las venas del cuello.

Entonces llega la policía y se lo lleva, lo meten en un psiquiátrico y aparece a los dos o tres días sin rencor, como un perro apedreado, con su cojera de marinero.

Ahora estaba gritando ahí fuera. Contra Dios, contra el mundo, contra estas líneas que a alguien beneficiarán menos a él.

ME ha mirado mi hijo. Me he visto en sus ojos a su edad. Era yo quien me veía desde sus siete años, y he sentido dentro de mí ese vacío del tiempo, ese vértigo de la montaña rusa, ese terror de la ruleta rusa.

Los ateneos y círculos van a hacer buena la frase de Goebbels sobre la cultura.

POR uno de esos azares de la perversidad cayó en mis manos el catálogo de Yves Klein del Pompidou. Hoy ya nadie se acuerda de

Klein, salvo los directores de los museos, la prensa y los galeristas, que venden sus cuadros a millones.

Es un catálogo de gran formato, imponente, donde se le da mucho bombo al artista. Más que cuadros, que hay pocos, se ven fotografías del artista en París, en Nueva York, vistas desde el estudio, panoramas, detalles del estudio, los pinceles; en fin, todo menos cuadros.

Cada fotografía tiene su pie y su fecha. Las fechas parecen tener gran importancia, porque las destacan mucho. Así, por ejemplo, debajo de esa fotografía en la que se ve a una mujer desnuda tirada sobre un lienzo, pintándolo de azul con su cuerpo, pone 1958. Pero leemos todos ¡1958! Como si dijera: esto lo hacía ya en ese año.

Yo veo que el arte se está convirtiendo en yo lo hice primero. Al que piense sin embargo que nadie escribe nada nuevo ni que es posible pintar nada nuevo, sino que siempre se pinta el mismo cuadro y se escribe el mismo libro, le ha de resultar todo eso muy chusco.

Basta echarle una ojeada rápida para darse cuenta de que nos hallamos ante un pícaro, ante alguien al que Tiziano, Velázquez, Rembrandt o Cézanne le traen al fresco, aunque quiere tener todo el reconocimiento que tienen ellos.

Hace falta ser muy cretino para creer o hacer creer que pintar un cuadro con una tía en cueros en vez de con pinceles es una revelación divina.

Pero, en fin, es lo que quieren. A veces uno piensa: que se pudran. Otras, en cambio, se siente uno arengador y agitador y se sube uno a la palestra: ¡arrepentios! Desde luego entiendo a los que hacen esto segundo, pero me gustaría pasar por esta vida como el primero: encogiéndome de hombros, metiéndome las manos en los bolsillos y leyendo por las tardes *El espíritu de las leyes* o a Huarte de San Juan.

Eso que llaman surrealismo, desde Man Ray a Cornell, de Duchamp a Ernst, no es más que una sesión de trabajos manuales.

No se puede escribir como Pessoa o Kafka y aspirar a publicar eso en vida. El sufrimiento y el dolor verdadero exigen el anonimato o la muerte. ¿Cómo *creer* a Kafka después de haberlo visto en la Feria del Libro firmando ejemplares? ¿Qué pensaríamos de Caeiro si le sorprendiéramos en el Palacio de Oriente en una

recepción?

TODA mesa redonda es una humillación. Lo mismo que las conferencias. Si uno no espera nada del auditorio, es absurdo ir a soltarle a nadie una conferencia. Te quedas en casa y en paz. Pero uno termina dando siempre una conferencia o participando en una mesa redonda. Incluso accede uno a la rapsodia y a declamar versicos y poemicas que maldita la falta que hacía leer a nadie. A veces porque te lo pide un amigo o porque conservas la ingenuidad de poder hacer alguno nuevo. En otras ocasiones, preguntas: ¿pagan? ¿Cuánto? Y nos persuadimos de que lo hacemos por dinero, lo cual también es mentira.

Aunque siempre hay alguien convencido de su alto ministerio poético, que considera un privilegio que le escuchen, que se mezan al vaivén de su voz, que él ahueca con mantecosidad. Si lo cree así tiene una gran ventaja sobre gentes como yo, porque la vida le colgará en las sienes sucesivos laureles, a la manera decimonónica.

Algunos creen que son mejor las conferencias, porque hablas tú sólo. Para otros, puede. Para mí, no. Yo en las mesas redondas me callo todo el rato y dejo que hable el público. Si me preguntan, respondo como puedo y paso la pelota a otro. A veces le pillan a uno en el día tonto y habla uno más de la cuenta. Eso deja siempre un mal sabor de boca. En las conferencias es distinto.

Por lo general tienes que desplazarte. Eso da una pereza que mata. Has de interrumpir por dos o tres días el trabajo que tenías entre manos y plantarte en la otra punta de España a hablarles a dos o tres docenas de buenas personas sobre cosas que les traen al pairo.

Las salas donde uno va a dar conferencias suelen ser todas iguales: salones de Cajas de Ahorros y Casas de la Cultura, sitios con una luz descosida y pobre.

Llega uno cinco o diez minutos antes y lo ve todo medio vacío. Algunos asistentes, que oscilan entre los dieciocho años y los ochenta, esperan ya en la puerta a que tú entres. Te miran con hostilidad. Tú les correspondes con una sonrisa, porque temes que hayan traído piedras en los bolsillos.

El que te ha invitado te suelta siempre la misma mentira para consolarte, pero sabiendo que es una mentira que no tienes por qué tragarte. Si te la crees, eres idiota.

—Es demasiado pronto. Vamos a esperar a que llegue la gente.

Trata de consolarte de nuevo, y añade:

—Hoy es un día muy malo, hay una cosa en la Caja de Ahorros.

También dice:

—Es que hoy hay partido. Esperamos un poco a que lleguen más —y se refiere al partido de fútbol.

Si llegan más, son tres o cuatro rezagados. Pasas al salón y subes al escenario. En el patio de butacas, salpicadas y en silencio, hay, mal contadas, treinta o cuarenta almas, por llamarlas así. Vacíos, doscientos cincuenta asientos. El paisaje es desolador. Algunos te miran con odio. Comprendes que la mitad de los que han venido a verte desearían estar ellos mismos en un estrado parecido en otra ciudad, lejos de la suya. Imaginan que una vida como la tuya es jauja, todo el día de un sitio para otro. No comprenden qué méritos tienes tú que no tengan ellos para estar en el lugar que sin duda les correspondería. En términos generales tienen razón, pero ¿por qué claudicar y caer en la adulación? Se calla uno y aguantas lo mejor que puedes, tratando de parecer simpático. No puedes hacer nada para consolarles, de manera que pierdes la mirada en el infinito o en la araña, mientras la persona que te ha invitado va haciendo las presentaciones y enumerando el cúmulo de méritos por los que la Caja de Ahorros o la entidad que corre con los gastos, ha decidido invitarte y gastarse en ti parte del presupuesto.

Eso a algunos les exaspera más. En otros ves, en cambio, una sonrisa beatífica: están contentos y se sienten satisfechos: ha valido la pena salir de sus casas para escuchar a una celebridad. A la mayoría en cambio les da igual. No habían oído hablar de ti en su vida, no han leído una sola línea tuya ni piensan leerla y están en esa sala para pasar la tarde. En invierno para estar calientes. En verano, por el aire acondicionado. Cuando se cansen, se levantarán y se largarán con aire fresco. Dos o tres puede que hayan venido porque te han leído. Incluso comprendido. Quién sabe. Tratas de descubrirlos entre el público, pero desistes. Todos esos rostros te son hostiles. Pero decides hablar, pensar, sentir para esas dos, quién sabe si tres personas.

Cuando llevas media hora de conferencia te das cuenta de que te has equivocado de tema. Tendrías que haber hablado de otra cosa. La gente, en sus butacas, está inmóvil y seca como los vastos

berrocales de Trujillo. Sólo quieres llegar al final.

Al terminar, tímidos, desangelados aplausos, que agradeces de veras, llegan a tus pies como una ola sin fuerza. Bebes un poco de agua del vaso que han colocado delante, no tanto porque tengas sed, sino por dilación. La encuentras calentorra.

Entonces el que te ha traído a esa ciudad, se siente en la obligación de que tu conferencia haya suscitado en el auditorio indiferente un mar de inquietudes. Querría que aquello ardiera en debates, controversias, polémicas…

Tú haces un intento de desmontar el tinglado, recoger los bártulos y levantarte, pero él insiste:

—Alguna pregunta.

El silencio es de muerte. Pasa un ángel. Dos. Mil. Ninguno de los asistentes se atreve a mover un dedo ni a volver la cabeza. Temen que si lo hacen, el moderador va a caer sobre ellos desde el estrado como un ave de presa: «Sí, sí, diga, diga».

Al cabo de dos interminables minutos, el que te ha traído hasta allí se ve obligado a preguntar él mismo algo. De otro modo, consideraría aquello como un fracaso. Pregunta cualquier banalidad. La artimaña surte efecto y poco a poco se van prendiendo en el público dos o tres cuestiones.

Es el momento en que aprovechan unos cuantos para levantarse y marcharse a la calle. Todos los que van a una conferencia van solos, de manera que se marchan solos, sin hablarse. Seguramente llevan viniendo a las mismas conferencias años, y se conocen de sobra, pero salen sin hablarse, hostiles y oscuros.

La costumbre es que abra el fuego un jubilado. Después de alabarte mucho la conferencia, empieza él a soltarte otra. Comprendes que ha venido aquí a atizarte con un rollo que dura diez minutos. La siguiente pregunta la hace un ama de casa. La siguiente algún escritor local. Una pregunta de mala uva. A éste ni siquiera le contestas tú. Alguien entre el público sale a defenderte y te ahorra ese trabajo. Hay una pequeña escaramuza entre los dos y ves bien que son dos personas entre las que hay una de esas viejas enemistades que se larvan en provincias. Los dos quieren ser ingeniosos y brillantes y lucirse no tanto ante el auditorio, que ha visto esa misma faena muchas veces, sino ante ti, que eres nuevo en la plaza.

Cuando el moderador juzga que la Caja de Ahorros puede darse por satisfecha, levanta la sesión. Es ya tarde. La hora de cenar. Fuera, en el vestíbulo, te esperan tres o cuatro personas que te felicitan sin entusiasmo. Son las mismas que han hablado en el coloquio.

Tú no querrías ir a cenar, sino marcharte por ahí y meterte en cualquier fonducho y cenar solo, pero debes desistir y te pliegas a todo. No conoces a nadie, a pesar de lo cual todos se conducen contigo como si te conocieran de toda la vida.

En las cenas que suceden a las conferencias siempre se habla de lo mismo: de los otros conferenciantes que te precedieron. Te hablan de lo bien que resultaron sus conferencias y lo magníficamente que se lo pasaron cenando con ellos. Hablan de lo divertidos que resultaron y lo animados que estuvieron. En un primer momento, y por tender uno al pesimismo, crees que te están reprochando el que la cena a la que tú asistes sea un funeral y que tu conferencia no les haya parecido mejor. Pero no. Luego comprendes que todo ese ritual es inocente. Sabes que al orador que venga la semana siguiente, le dirán estas mismas palabras: que tu conferencia resultó muy animada y la cena muy divertida.

Los asistentes a esa cena conocen a todas las celebridades de la literatura y a muchos más escritores que tú, porque los invitan a todos a darles conferencias. Como nadan en dineros públicos o semipúblicos, dos veces al mes, o más, traen a alguno del mundillo de las letras para que les amenice la tarde, como un concejal de festejos contrata al teatro chino de Manolita Chen o un empresario taurino a Espartaco. Por eso te sorprende comprobar que le hayan precedido a uno gente de mucho cartel, figuras de tronío dentro de la literatura, esa clase de escritores que cuando te los tropiezas en Madrid no te saludan siquiera, porque parecen venir de despachar directamente con Cervantes y Faulkner, por poner un ejemplo.

De manera que saboreando los yantares típicos de la región y catando sus caldos (nada como el estilo poético) se van soltando lenguas y pensamientos. La gente empieza a hablar como siente y a no sentir lo que habla. Conocen vida y milagros de todos los escritores, sus declaraciones a Hacienda, sus mujeres, sus líos de faldas, y cuando se refieren a Savater o García Hortelano o Gimferrer, los llaman Femando, Juan y el *Pera*. De todos dicen

admirar (con muchos reparos) uno o dos libros, aunque tienen interés por dejar claro que el resto les parece abortado por la dispersión y el poco sosiego que da la fama, con sus gabelas de conferencias y agasajos.

Luego, en el café, se pasa a los temas de color local. Indefectiblemente te dicen todos que aquella ciudad está muerta y que es un pudridero. Tú insinúas que no, por educación, pero te lo desmienten con soma: «No conoces esto». Vas a preguntarles por qué se han quedado allí, pero decides callarte y les sonríes comprensivo y algo compungido por su destino.

Después se habla de algunos concejales y del ayuntamiento. Nadie te pregunta por cosas que te interesan ni por los libros que escribes o has escrito. Crees que has venido por eso, porque escribes libros. Pues no. Te han llamado para hablarte de la corporación y de tres o cuatro artistas de la localidad que son unos cabrones. Escuchas con atención el recuento que hacen de la vida provinciana y así se llega a los licores, anises y aguardientes. Cuando sales del restaurante te invitan a seguir la juerga en algún club o en alguna discoteca. Pones una disculpa. El viaje te ha roto los huesos. Se hacen cargo y te acompañan hasta el hotel. Mientras nos despedimos y nos tendemos las manos, comprendemos todos que aquello ha sido una terrible equivocación. Ellos saben que se equivocaron invitándote y tú sabes que no debías haber venido.

Si la ciudad es pequeña, esperas que se vayan todos. Entonces sales a dar una vuelta por esas plazas sombrías, góticas y viejas. Por esas calles en las que resuenan tus pasos perdidos. Son las dos o las tres de la madrugada. Esperas que suceda algo. Tal vez un alma, una sola, que supiera guardar silencio, tu silencio. Miras en el cielo el alto embrujo de las estrellas y aspiras lentamente el bebedizo de la luna. No sabes adónde ir. Si uno tuviera lágrimas, lloraría. Llevas en el bolsillo cincuenta mil pesetas más, pero estás más solo que nunca y pides al cielo que nunca más te vuelvan a llamar, temiendo ese día en que nadie se acordará de ti.

HE dedicado toda la tarde a leer los *Retratos de antaño* del Padre Luis Coloma, tan admirables. A los libros, como a las ciudades, llegamos de dos maneras: por recomendación o por casualidad. A pesar de que muchos creen que es importante descubrir los libros por uno mismo, probando el olfato, eso da igual.

No hay azar que no sea una imposición del destino.

Yo no me he fiado nunca de las confidencias que son fruto del alcohol ni de la madrugada, pero he prestado oídos a una que me hicieron ayer: X. me confesó que no se había atrevido a telefonearme nunca cuando estaba en Madrid, porque le habían dicho que yo era una persona inasequible, distante, cortante y difícil. He visto de pronto que contra ciertas cosas uno ya no puede hacer nada. Me encongí de hombros y sonreí. Era la única manera que tenía de expresar mi tristeza y de asegurarle que le habían informado mal. Pero no pude. Sólo supe sonreírle de una manera distante, inasequible y difícil. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El viaje en tren desde Cuenca a Madrid es monótono y triste. La tierra, gris y blanca, muy pobre. Se ven algunos pinares y cuando lo que hay plantado son cepas, la tierra se vuelve roja. A veces pasan diez minutos de traqueteo y sólo se ven calveros pelados y rastrojos sin ningún árbol. Todas las viñas estaban despampanantes ya y desde el tren se percibía muy bien el orden, las hileras tiradas con cuerda. Me parecieron versos rimados en consonante.

Al pasar, el traqueteo levantaba de entre los raíles unas cuantas perdices que estaban criando. Casi todas estaban apareadas. Llegaba la máquina, levantaban ellas el vuelo y se volvían a posar a dos o tres metros de la vía, con indiferencia. Algunas teman una estampa orgullosa, como de viuda honrada que saliera de casa con la cabeza muy tiesa. Eran rojas, algunas del color del fuego. A otras se las veía el pecho azul, un azul de escudo de armas.

Al acercarnos a Aranjuez aparecieron las primeras huertas y la tierra se puso negra. Esto hizo que los verdes de las lechugas y las acelgas parecieran suculentos y lavados.

Basta. A los lectores les cargan los paisajes. En una ocasión me decía uno que para él los castaños, los tilos, los olmos eran todos iguales. Yo a veces veo que en los paisajes pasan cosas, que muchos de ellos son trasuntos de la vida real. «El paisaje es la prolongación de un hombre», leemos en P.-J. Toulet. Seguramente en eso estarían de acuerdo Jammes, Rilke, Unamuno, Machado, pero la gente no aguanta mirando un árbol más de unos segundos. Lo justo para ver si tiene bellotas. A Azorín no lo lee nadie por eso. Les parece moroso. Podía ser inteligente, pero tantos primores terminan hartando y la gente le manda a uno a freír cuernos.

Yo tengo comprobada una cosa. A nuestra casa del campo han venido bastantes amigos. Cuando la ven, alaban el lugar, el silencio, el paisaje que encuentran magnífico. Todos más o menos lo primero que hacen al bajarse del coche es cerrar la boca, respirar por las narices y llenar los pulmones de aire puro, pero a los dos días quieren irse de allí porque echan en falta el ruido y cierta animación. Un árbol para un rato está bien, para todos los días, si no se le ama verdaderamente (si se me permite esta cursilería), termina cargando, como esa chica que es toda virtudes y ventajas, pero que termina quedándose soltera. La gente en el campo dice toda: ¡Qué maravilla!, pero en el fondo les parece incómodo y lleno de hormigas.

ME he levantado antes de que amaneciera. Lo consigno aquí por presunción, porque no suele ser mi costumbre. El panadero amigo de Miguel el loco no ha hecho otra cosa en su vida que presumir de madrugador. En doce años que llevo comprándole el pan, lo primero que me suelta es el parte meteorológico: «Hoy a las cuatro y media sí que hacía frío», o bien, en verano: «Esta mañana a las cinco ya hacía calor». De este modo, por una técnica narrativa oblicua o incidental, nos enteramos en el barrio de la hora en que ya estaba en danza.

Por mi parte he estado enredando en una novela. Es probable que no la tenga lista para la hora de comer, pero esta vez no será una mala inversión. Un hombre al que acaban de despedir de su empleo, mira todos los días el periódico y sorprende, en la sección de anuncios por palabras, misteriosos mensajes. Este hombre, casado con una mujer a la que adora, no les da importancia. Los anuncios se repiten de vez en cuando. Un día encuentra la clave en que están escritos: alguien trata de asesinar a un hombre. Se lo comunica a su mujer y ambos acuden a denunciar el crimen. En la comisaría poco menos que los toman por locos. «Es como una novela policíaca», dice él. El círculo se estrecha. Un día, por casualidad, buscando dinero en el monedero de su mujer, encuentra en un papel escrito el mensaje que aparecerá al día siguiente en el periódico. Comprende por fin que él es la víctima. Sólo tiene una curiosidad: quién es el amante de su mujer. El día señalado para su muerte (simulada por estado depresivo a causa del paro), les espera y da muerte a su mujer y a su amante, el jefe que le había

despedido.

El argumento no es gran cosa, pero en la literatura sobran argumentos. Bajo a darme una vuelta. Es temprano y mi calle está vacía. Me cruzo con una beata que se dirige a Santa Bárbara y con dos chaperos que no se sabe si van o vienen. Pienso de nuevo en la novela interrumpida y me asalta un deseo inquietante: en ese momento cambiaría mi vida por la de esa vieja o por la de los chaperos. Todo antes que seguir escribiendo.

No recuerdo haber «usado» nunca la palabra *empero* y confío en no hacerlo nunca. No es para presumir, pero algo es algo. En cambio, me prometí, tal y como están las cosas, no citar a Pessoa, y ya ves. Todavía estoy a tiempo de no hablar de Lisboa.

SE dice que un poema o una novela han de ser inteligentes. Yo no sé qué es eso. Un poema puede ser misterioso o una novela interesante. Inteligente puede serlo, en todo caso, un autor. Esa tendencia a confundir biografía y obra es propia de personas inteligentes, los más interesados en hacer creer que alguien como Eliot, por el hecho de dirigir Faber y hacer unas cuantas disquisiciones sobre cuestiones métricas más o menos pertinentes, es alguien que tiene garantizado escribir buenos poemas.

¿*El Quijote* es una novela inteligente? ¿Lo es *Fortunata*? Yo creo que no. ¿El *Cántico espiritual* lo es? A mí no me lo parecen. Esas obras son algo más que inteligentes; están llenas de sabiduría. Inteligente puede serlo el que quiera, con trabajo y gusto. Escribir un poema inteligente es cosa fácil. Emocionar con él, sólo lo consiguen los elegidos.

SEGÚN me asegura X., entre las mujeres corre la especie de que los hombres con penes de más envergadura tienen las narices grandes. Sospecho que se trata de una de esas observaciones triviales y subjetivas que no conducen a parte ninguna, pero que a alguien particular le ayudan a formular curiosas conjeturas. La sabiduría popular está siempre regida por saberes de este orden, como los refranes, contradictorios, irrefutables y absurdos.

EN la revista *Mancha* de Ciudad Real viene una crónica de la lectura de poemas que dimos dos o tres amigos y reproducen uno de los que leí. Seguramente lo han transcrito del magnetófono, porque

no queda un verso sano. La rima la han dejado donde les ha parecido y un poema que estaba escrito en alejandrinos ha quedado aleixandrino. Lo más enternecedor fue la voluptuosidad de esta pequeña mortificación, puesta al pie de la fotografía de otro de los participantes: «Juan Manuel Trejuello, inactual poeta». Al que ha organizado toda esta *razzia* con mi humilde persona y mi modesta obra, me gustaría encontrármelo un día y hacer con él alguna de las obras de misericordia de las que no hablan los evangelistas.

A UN escritor, a un artista, se le perdona todo, la vileza, el vicio, la delación, si a continuación escribe *Hamlet*. Pero querer pasar a la literatura por fumar cigarrillos egipcios mientras se cruzan muy bien las piernas, sólo se les ocurre a los franceses.

TENGO la sensación de no leer en cada momento lo que debería leer. Hay gente que tiene un plan de lecturas muy trazado. Las mías son de aluvión. A las librerías de nuevo voy poco. A las de viejo ya ni casi. Sólo mantengo la afición del Rastro y de Moyano. Algunos amigos me envían sus libros y algunas editoriales también. Gracias a ellos aún conservo cierta reputación. Por lo demás, mi formación resulta poco recomendable. No he leído ni un libro de Kundera ni de Modiano ni de Canetti ni de Barnes ni de Rushdie ni de Eco ni de todos los que se van poniendo a la cola. Y si los he leído ya no me acuerdo. Tampoco hago alarde de ello. Sería una estupidez, lo mismo que la gente que presume de no haber leído a Mann o a Proust.

La gente dice: sólo leo lo que me llega muy recomendado. Yo es lo primero que no leo. A veces sí, pero desconfío de las recomendaciones. He aprendido con el cine. Cuando me recomiendan una película, calibro muchas cosas: el que me la recomienda, sobre todo. Al fin y al cabo si uno pierde dos horas viendo una película no es grave. Ahora, tener que llegar a la página cien de un libro para saber si es bueno o no, es heroico. Prefiero leer una mediocre novela de Thomas Hardy o releer por enésima vez *Moby Dick*, *Kim* o algún cuento de *La litera fantástica*, que una buena novela del momento. Esto es un prejuicio y con prejuicios no se llega muy lejos.

Yo creo que con las novelas de ahora hay que dejar correr el tiempo. No sé, cinco, diez años. Yo las espero siempre en Moyano o el Rastro, cuando llevan andada una buena porción de mundo. Si

para entonces sigo queriendo leerlas, las lee uno o lo intenta, y en paz. Pero lo normal suele ser lo contrario. Que cuando uno se las encuentra al cabo de ese tiempo, las ve como esa falsa moneda de la copla, «que de mano en mano va y ninguno se la queda».

A veces me asomo también a los periódicos, para saber lo que recomiendan. Pero de los periódicos me fío menos, porque están escritos por tipos como yo, de manera que a veces me presentan a novelistas de los que no he leído ni una línea y con los que hablo como si me conociese su literatura al dedillo. Supongo que ellos tampoco habrán leído ni uno de mis libros. Esto proporciona un clima muy divertido a la relación. Algún escritor ha llegado a preguntarme abiertamente por una obra suya. Esto no se debe hacer nunca. Es un golpe bajo. Pero yo le he respondido también con otro golpe bajo y le he hablado de esa obra que no había visto siquiera, más de media hora. Naturalmente bien. Luego termino por hacer este tipo de pregunta, para darle a entender que su novela ha suscitado en mí problemas de altura: «¿Tú qué crees de la primera persona en el narrador?». Eso nos conmueve a todos, porque problemas como ésos se los han planteado también Flaubert y Faulkner. Al final he notado que esos novelistas quedan siempre satisfechos si se habla de ellos.

Casi todos los escritores creen ser muy inteligentes cuando dicen que no les importa una crítica mala o buena, que quieren críticas de las que aprendan algo. Eso es una tontería, porque los escritores no escuchan nunca lo que se les dice. Sólo contabilizan los minutos que se habla de ellos, el espacio de los periódicos, las ediciones que alcanzan sus obras o las del vecino y el tamaño en que van sus fotos en los periódicos. Lo demás les trae sin cuidado. Cuando se juntan dos o tres novelistas sólo hablan de contratos, de dinero, de mujeres y de otros novelistas o de los críticos. Además hacen bien, porque de qué otra cosa se podría hablar con ellos.

APRENDEMOS de los poetas. Nos enseñan a mirar el pasado sin que temblemos por ello. A mí sólo me conforta el pasado, recordamos haber leído en un viejo libro de versos. Que todo haya pasado. Vivir para poder contarlo. En la vida de un hombre hay, sin embargo, un segundo supremo que se escapa al pasado: su propia muerte, aquello que puede ser contado por todos, menos por su protagonista. Es el único segundo de futuro que a un poeta le

interesa. Todo lo que escribe lo hace para preparar ese segundo. (Incluso el genio popular poético se inventó un Cristo para ese instante: El de la Buena Muerte).

Por eso la muerte, la idea de la muerte, nos hace tanto daño. Siendo lo único verdaderamente nuestro, puesto que no podemos ni transferirla ni aplazarla, no nos pertenece. Las cosas pertenecen a quien pueda contarlas. Un poeta, se ha dicho, tiene el don de conocer el mundo, el don de la palabra, pero no tiene el don de la única palabra que le importa, que busca vanamente entre todas las demás palabras: la palabra en cuyas sílabas se esconde la cifra de su propia muerte. No la fecha, sino la cifra, el enigma. Ese primer golpe de vista desde allí hacia aquí. En buscar esa palabra quema su vida. Por eso en todo poema leemos un secreto ruego. El que el poeta le hace a Dios. Le pide que le acompañe esos primeros metros de la muerte. Le pide la primera palabra de la muerte, aunque luego Dios no exista, aunque después Dios sea omnipresente, eterno y poderoso.

ME asusta la gente que afirma no tener pelos en la lengua.

HAY que fiarse poco de esos que te dicen las cosas por tu bien.

UN buen ideal: católico en Inglaterra, agnóstico en Roma. En España, lo que se vaya pudiendo.

VEO en la televisión una manifestación de polacos con velas encendidas, llorando y rezando el rosario. Salir del comunismo para meterse en un confesionario yo lo veo una calamidad. Me recuerdan los últimos años del franquismo, cuando las reuniones de células clandestinas tenían lugar en los conventos de los padres franciscanos o en las parroquias obreras. Los curas estaban encantados, como ahora en Polonia, porque de ese modo llenaban el negocio. Pero ir a una iglesia a pensar en Franco o en Jaruzelski, o como se escriba, parece una forma más refinada de la hipocresía política.

Cuando me vuelvo a encontrar a viejos compañeros de fatigas militares, la mayoría me comenta con nostalgia:

—Nosotros, por lo menos, teníamos una ilusión por algo. Queríamos cambiar el mundo. Los jóvenes de ahora sólo quieren pasarlo bien.

Mentira. Yo la única ilusión que tema entonces, como los jóvenes de hoy, era pasarlo lo mejor posible, que se podía poco. En mi época de universidad las chicas eran de tres clases: progresistas, reaccionarias e impotables. Descartadas las feas e impotables, quedaban las progresistas y las reaccionarias. Por lo general uno a cierta edad tiene inclinaciones platónicas a considerar que la verdad es la belleza, de manera que a las chicas progresistas, que nos parecían militar en la verdad, las encontrábamos más guapas que a las reaccionarias, generalmente mejor vestidas, pero más estúpidas.

De aquellos años yo tengo sólo un amargo recuerdo y la sensación de que nos los robaron miserablemente, como dice Gaya de los de la guerra. Éramos comunistas, pero medio analfabetos, lo que disimulábamos yendo a ver grupos de teatro independientes y soportando con estoicismo las canciones de Raimon y Pi de la Serra, cuyo catalán nos sonaba, en la estepa castellana, maravillosamente dulce, como el ruso de Lenin.

Cuando pienso en lo que podrían haber sido aquellos años y en lo que los convertimos, no puedo por menos que recordarlos con rencor. Nos pasábamos todo el día metidos en buhardillas semiclandestinas, cochambrosas, llenas de cucarachas, con el catecismo marxista en la mano. Nos avergonzaba ir a la universidad, mientras tantos obreros no podían hacerlo.

Luego iba uno a un barrio obrero y los veía felices atracándose de gambas y jugando toda la tarde al mus en bares con el suelo sembrado de serrín negro, huesos de aceituna y servilletas sucias.

En una ocasión nos mandó el partido ir a repartir octavillas a la entrada de una fábrica. Fuimos como el que va a empezar una película de Eisenstein. Nosotros nos jugábamos seis u ocho años de cárcel. Cuando le ofrecí mi primer panfleto a mi primer obrero, me soltó: «Gilipollas». No recuerdo que los demás fueran más entusiastas.

Nos citaban en sitios absurdos, en mitad del campo, en una vía muerta, en casas vacías, en bares miserables en los que nuestra presencia levantaba siempre miradas de curiosidad y recelo.

En las primeras normas de seguridad que me pasaron había una que no he olvidado. Decía, más o menos textualmente, de esta manera: «Si te dan el alto por la noche, cuando vuelvas de una acción, sal corriendo. Los policías llevan pistola del nueve corto y

no acostumbran a disparar. Si lo hacen tampoco te detengas. Sigue corriendo, ahora en
zig-zag,
y no te preocupes. *Normalmente* no aciertan nunca».

Miedo, eso es todo lo que me queda de aquel tiempo.

Algunos dirán: en Madrid las cosas no eran así. Puede. En Valladolid no podían ser de otra manera.

En junio de 1974 nos citaron a mí y a otros dos camaradas en uno de aquellos lugares absurdos que la organización tenía para sus misas negras. Era la notificación de que causábamos de baja oficialmente en el partido, dejábamos de cotizar y empezaría una campaña de desprestigio.

Ahora uno puede ver las cosas de otra manera, pero entonces la gente tenía poco sentido del humor. Dos meses antes a un estudiante de Derecho, en las mismas circunstancias, le habían metido en un portal y pegado una paliza, «por revisionista». Se vivían tiempos de la Revolución Cultural y el Deuteronomio del Partido era el periódico «Pekín informa», y el oráculo «Radio Tirana».

De todos modos, aquél fue uno de los días más felices de mi vida, por el que les estoy sinceramente agradecido. Ir a clase se convirtió en un placer nunca sentido. Saber que iba uno a pasar una hora en los brazos amorosos de la ciencia y no a pegar carteles, ni *dazibaos*, tirar panfletos o captar ingenuos como lo habíamos sido los demás, llegó a parecerme un ensueño delicioso, una estampa amenizada por jilgueros y arroyuelos. Poder ir a tomar un vino en vez de quedarte a una de aquellas asambleas tediosas y plúmbeas, era algo de una voluptuosidad francamente reaccionaria y estupenda. A los dos meses de aquel juicio sumarísimo, empezó a propagarse por la Universidad que nosotros tres éramos drogadictos, maricones y unos cagados de miedo, cosa que a uno ya le preocupaba poco que se dijera.

Si en aquellos años yo hubiera conocido un clima de respeto e independencia, me habría metido en mi casa a leer los libros que he leído más tarde, habría ido a la filmoteca y paseado por Castilla, que es muy hermosa. Pero no. A uno le tocaron años en los que había que tomar partido y comprometerse. ¿Con quién, con qué? El tiempo le ha dado a uno la razón. Las cosas se sucedieron sin que

nada de lo que hicimos sirviera para nada.

Por eso no hay palabra que más odie hoy que Solidaridad. Veo a esos pobres polacos, teniendo que decidir entre un general con aspecto de torturador y un líder que parece consultarlo todo en la vicaría, y me entristece su suerte.

O CALLO o mando. Divisa de Napoleón. La pronunció no Napoleón, sino Bonaparte cuando ni siquiera soñaba con ser Napoleón. Nadie miente menos que el que está muy lejos de la verdad. Para dar con la verdad, hay que ponerla muy lejos. Las grandes frases sólo son grandes en proporción con el altavoz por el que son lanzadas al mundo. En una batalla, por ejemplo en la campaña de Rusia, dijo grandes frases todo el mundo. Basta leer *Guerra y Paz*. Desde un cabo ruso, que sentenció: «Nos van a joder pero que bien», al propio Napoleón, que dijo lo mismo, si bien ante cincuenta escribanos y edecanes con mejor prosodia. De donde se demuestra que la historia sólo es una cuestión de gramática.

Yo creo que en literatura para que le crean a uno no conviene decir toda la verdad. ¿Por qué razón? No lo sé muy bien. Supongo que por razones de perspectiva, de la misma manera que las columnas del Partenón para dar la impresión de rectitud y proporción falsean en centímetros las medidas del fuste.

De vez en cuando uno tiene la tentación de decir toda la verdad. Supongo que yo mismo habré rozado ese peligro en más de una ocasión. Todo el mundo tiene de vez en cuando la estúpida ilusión de ser comprendido y juzga que eso será más fácil con el corazón al desnudo. Pero no. Basta conocer algo este mundo para darse cuenta de que a nadie le interesa la verdad.

Si por casualidad uno manifiesta a alguien que cierta obra propia medianamente celebrada es mediocre, la gente se incomoda, porque no saben qué hacer con una sinceridad tan desinteresada de la que desconfían de inmediato. Piensan que cuando alguien dice una cosa así, es por soberbia, por estar convencido de todo lo contrario. De manera que lo que uno no debe hacer jamás es juzgar sus propias obras.

En esta hipocresía caen todos los poetas y novelistas que conozco. Cuando se les pregunta por sus escritos, dicen todos: «Yo no soy quién para juzgar una obra mía».

Naturalmente que no lo creen así. En primer lugar porque no

conozco a un solo escritor que no te confiese en privado que todos, o casi todos, los críticos son unos analfabetos y unos resentidos. Naturalmente el que mejor sabe lo que es una obra, es su autor. Que uno no quiera decirlo por modestia, pase. Que quiera convencemos de que no puede decirlo por ignorancia, es una estupidez, si se trata de un autor inteligente. Los necios siempre están a tiempo para echar las campanas al vuelo.

ESTA mañana he recordado un suceso de mi infancia. Era algo que no había *visto* desde entonces, como si hubiera estado guardado en una vasija de barro. He sentido que la vasija se rompía y que aparecía ante mis ojos, como si estuviera viviéndolo. Se trataba de algo insignificante, pequeño, de ninguna importancia salvo para mí mismo.

Cruzábamos, yo y mis hermanos, un campo de trigo, verde aún, que había frente a nuestra casa de León. Yo tendría entonces unos cinco o seis años. No más. Por aquella fecha, 1959, nuestra casa estaba a las afueras de la ciudad y lindaba directamente con el campo. Desde nuestra cocina se veía trillar a un viejo en un trillo de lascas de pedernal, y un poco más lejos veíamos San Marcos, gótico, de color avellana, junto a una chimenea alta de ladrillo, de una fábrica de los años veinte, que cuando hacía sol era roja y en las noches de luna, negra e imponente.

A veces nosotros nos escapábamos de casa y atravesábamos aquellas eras y nos íbamos a bañar al río. En aquel río se ahogaban todos los veranos dos o tres. Nosotros lo sabíamos de una manera indeterminada, con esa conciencia de la muerte que tienen los chicos, que está en todas partes y en ninguna.

Mi recuerdo es sólo una imagen. La fila india atravesando los trigales más altos que nosotros y el crepúsculo azulón, casi de noche, y los murciélagos que venían encima de nuestras cabezas volando a trompicones. He recordado sólo eso, la fila india y en frente, a lo lejos, sobre el trigo verde, nuestra casa, la luz encendida de la cocina y el vasto cielo de verano y el temor de volver y tener que negar que habíamos estado en el río.

Pero ha sido un recuerdo que apenas ha entrado en contacto con el aire, se ha deshecho en fino polvo de oro, como esos objetos de las tumbas del Valle de los Reyes, como esos frescos del subsuelo romano. Ha aparecido y desaparecido al mismo tiempo. Se me

revelaba a la vez que se desvanecía. Ha sido un recuerdo melancólico, feliz y doloroso. Ganar y perder en una misma carta.

ME encuentro con X., un hombre ya viejo, bueno, de aspecto acabado, al que cada día le pesa más la cabeza, que se le va metiendo en el pecho. Arrastra su estampa como un dibujo al carbón y acentúa las sombras sin duda por esa coquetería de los viejos en parecerlo más de lo que son. Hablamos de su juventud, de la posguerra, de esa fatalidad triste que es la vida para un hombre que la ha medio perdido sin saber dónde. Sale a relucir el pueblo donde nació, un montón de viejas casas en la montaña de León. Hace más de cincuenta años que no ha vuelto:

—Allí —me dice—, no tengo más que muertos.

He pensado para mí que no es poco eso de tener muertos en alguna parte. Tenerlos, como se dice, criando malvas, que es una flor modernista para ornamentar abanicos y molduras de madera en los escaparates de pañerías y tiendas de modas en una ciudad de provincias.

Saber que hay un lugar en el mundo donde la piedra se llena de nuestro nombre, florecido el musgo; un remoto lugar, un remoto país, unos remotos muertos que fueron un día nuestra misma sangre, este cansancio, este no saber qué hemos hecho con la vida, con este dibujo a medio terminar.

HAY amistades que al romperse quedan en el corazón como cascotes de una porcelana.

BLAKE nos advertía de que «el progreso es el castigo de Dios». Me parece una manera bastante acertada de ver las cosas. Desde luego, preferible pensar eso, que creer que todo es un problema de planificación estatal.

LEO en un almanaque viejo descripciones de ciudades y pueblos. Después, también en otro libro viejo, algunas estampas de costumbres sobre el folclore. Todo eso la televisión y el cine lo han malbaratado. Le han acostumbrado a uno a ir a una agencia de viajes y a moverse por el mundo igual que en el metro: un largo y oscuro trayecto donde sólo cambian los nombres de las estaciones.

Ponerse sentimental con esos temas es tonto y no conduce a nada, pero me hubiera gustado conocer aquellos tiempos (no tan lejanos) en los que salía uno de viaje y cada cincuenta kilómetros cambiaban los vestidos de las gentes, las comidas de las posadas y

el color de los ojos.

A LOS *tour operators* deberían llevarles a juicio por engañar a los pobres turistas diciéndoles que tienen que ver la Gioconda, el Támesis o el Prado. ¿Para qué quiere ver un obrero de Osaka las Meninas, si dos minutos más tarde se comprará, a la salida del Prado, una espada de Toledo en cualquiera de esas tiendas de suvenires y mandará que pongan su nombre en un cartel de toros junto al de Dámaso González y el del Cordobés? Acabarían antes llevándole a Osaka la espada y el cartel y pasándoles filminas de las Meninas en la cafetería de la fábrica.

Yo no creo que pensar así sea de reaccionarios. La cultura, como todas las drogas, es buena en la proporción justa. Yo estoy harto de ver tropas de jubilados pasar delante de los cuadros del Prado con estupefacción. Es decir, como si la pintura fuera ese sedante que les proporcionan para llenarles una mañana más de su vida.

Los llevan como rebaños, sin ninguna consideración. Como pasa siempre, hay dos o tres que atienden a las explicaciones de un guía y se ponen a su lado. El resto, con la boca abierta, se dedica a observar a otros turistas o ponen toda su atención en no perder el grupo, lo único que de veras les importa. Al cabo de media hora, con los pies hinchados, miran con odio al guía que explica en ese momento algo sobre Dánae, señora de la que no habían oído hablar en su vida.

Desde el Orient Express circula el mito del escritor viajero. Eso parece una simpleza. Como en todo, hay buenos escritores que se han movido poco. Es el caso de Kafka. En cambio otros que no han parado de dar vueltas al globo resultan insoportables. De la misma manera que a algunos el haber sido nómadas les ha perjudicado y a otros haber tendido al sedentarismo. Morand, si hubiera viajado menos, seguramente habría estado mejor. Lezama, si se hubiera oreado algo, habría resultado más legible. Algunos, como Rilke, se habrían ahogado si no viajaban. Otros, en cambio, como Pessoa, se habrían agostado posiblemente si lo hubieran hecho.

A mí, por ejemplo, me gusta viajar a los mismos sitios siempre, media docena de ciudades. Aspiro a moverme en ellas con la misma rutina que en la mía. Lisboa, París, Venecia, Roma, Los Países Bajos, todo cerca. El paisaje inglés, francés, de Italia. Excepcionalmente alguna vez Praga, Viena, Mitteleuropa. De América, poco. De Asia,

menos. El cine y los libros de arte son suficientes, y de vez en cuando alguna exposición de arte oriental o una de esas semanas que organiza El Corte Inglés, donde uno puede comprar sedas japonesas o cacharros chinos sin más complicación que tomar un taxi.

Si voy alguna vez a América, bien, pero no se me ha perdido nada allí. Esta actitud a los americanos les molesta mucho porque ellos, en cambio, lo tienen todo a este lado del Océano. Han hecho museos. De acuerdo. Pero para alguien al que le guste el arte, no conocer la Frick, que es admirable, puede ser una tragedia, pero no irreparable. Puede ver Vermeer, Rembrandt o Velázquez iguales en Europa y en una cantidad treinta veces superior.

No hablemos de Oriente. Mi curiosidad de todos esos países queda sobradamente colmada con ver un programa de televisión.

Por eso me gusta leer relaciones de viajeros, geógrafos y curiosos. Es un género donde la mentira se tiñe de ingenua objetividad y aparece la psicología del escritor al desnudo. Los viajeros son ingenuos por naturaleza, dispuestos a asombrarse de todo, a compararlo todo y, según su carácter, a encontrarlo todo o muy mal o muy bien. Leyendo a los viajeros, en cambio, uno conoce mundo sin necesidad de tener que opinar sobre todo. Porque en eso consiste viajar: en forzar el juicio y el discernimiento. Uno tiene que tener opinión de las comidas, de los museos, de la gente, de los parques, de las librerías. Yo encuentro eso agotador.

En cambio leyendo, me hago la ilusión de que el tiempo no ha cambiado el mundo. Sobre todo libros antiguos de viajes. Para los modernos ya tenemos los telediarios. No. En los viejos centones hay descripciones, detalles que no vienen en parte ninguna. No sé. El vuelo de unos grajos sobre unas ruinas antiguas, una iglesia curiosa cuyas llaves te dejan con total despreocupación para que puedas visitarla a tu gusto. El peligro de una galera al atravesar el Jura, como nos refiere Stendhal. Tipos raros, caminatas polvorientas, ciudades muertas y tristes, fonduchos junto a algún río pintoresco…

En fin, y ese enorme placer del viajero: el regreso. Eso que sólo conoce el que ha ido muy lejos. Ese envejecer sentado frente a una ventana, viendo durante los últimos años el mismo paisaje, porque ya se han visto todos. Y recordar. Y olvidar.

NADIE tan despreciable como ese listo que aprovecha la sirena de

las ambulancias para evitar los atascos y las caravanas, pegándose a ellas. Son como esas aves carroñeras que siguen la estela de los barcos para buscar las piltrafas y los cebos podridos.

«… EL estilo es la mentira, la verdad mira y calla». Según esta frase, de Galdós, en la literatura española son verdaderos muy pocos: Manrique, Romancero, Lazarillo, Femando de Rojas, San Juan, Cervantes, Bécquer, Rosalía, el propio Galdós, tal vez Baraja, Machado, quién sabe si J. R. J., puede que Unamuno y… basta.

ME encuentro con X., en la calle. Toda su obsesión es hacerme un recuento de las mujeres con las que se ha acostado en los últimos meses. La relación dura tres cañas, aceitunas rellenas y una bolsa de patatas fritas, sentados en una terraza. En varias ocasiones he querido cambiar de derrota y navegar por otras aguas menos aburridas. Imposible. Tenía la determinación de agotar la materia. Levantó la mano y llamó al camarero. Mientras llegaba, me confesó que se había olvidado la cartera. Naturalmente le he dicho que no me importaba en absoluto pagar mil doscientas pesetas por haberle escuchado. En vista de lo cual, cuando llegó el camarero, me interrogó con los ojos: «¿Puedo?». Yo no salía de mi asombro. Iba a insultarle, pero me salió un amable «por supuesto». Bebimos dos cañas más a cuenta de la educación judaica de servidor y de la vida libertina de mi amigo.

¿QUÉ puede esperarse de un país gobernado por esta clase de presidentes? Suárez tiene el aspecto de no haber leído un libro entero en su vida (*Oh Jerusalén* lo dejó a la mitad). González acaba de confesar sin temblarle la voz que lee «todos los días» antes de dormirse. A los políticos cuando dicen la verdad, como Suárez, era mejor no creerles y nada estaría mejor que creerles cuando mienten como bellacos.

PARA una tarde de sábado Baroja está bien. A mí me ocurre que cada diez o doce meses una de estas tardes de sábado abúlica y de tedio, me sitia y reduce. Entonces no sabe uno qué hacer y entre mirar el televisor, escuchar música o leer a Baroja, escoge uno esto último.

Podría uno pasear o reunirse con amigos, pero para eso ya están todos los demás días del año. En una de esas tardes a las que me refiero sólo se puede leer a Baroja. Va uno a donde están sus libros, toma un volumen y no se albergan demasiadas esperanzas.

Con Baroja uno no sabe nunca si lee por primera vez o relee, porque suena todo con un tono monótono y pesimista ya conocido.

Baroja, cuando teoriza, casi siempre es aburrido, pero eso no es negativo. Aburrir aburren muchos: Aristóteles, Platón, Kafka, Santo Tomás, Proust… casi todos. Baroja es aburrido, por eso divierte tanto; es ameno y ayuda a pasar el rato sobre todo y a pontificar.

Suele ser categórico y de juicios contundentes. Puede llegar a

decir: «En España donde más se nota lo ario es en Burgos», después de lo cual se queda tan ancho.

Los temas de Baroja son siempre los mismos. Los temas de la gente suelen ser siempre los mismos. En Brueghel, en Bécquer, en Petrarca… en casi todos, los temas suelen tender hacia las obsesiones particulares de cada cual y obsesiones suele tener uno pocas, como no estén de por medio ganas de hacer cultura o Historia, como Goethe, o Eliot o gente así de muchos encajes.

También en Baroja los temas son siempre los mismos. Esto, en cierto modo, nos lo hace simpático. Entre los hombres que cita como autoridades están siempre Laplace, Kepler, Schopenhauer o Dickens y luego otros que no son famosos en absoluto, como Caparrús, Fornet, Carretero o Cervera. Cuando quiere citar a un extranjero contemporáneo, éste se llama siempre Sweizter o Fantin.

En los ensayos Baroja cuenta por contar, no para convencer ni para demostrar. Esto naturalmente hace que como ensayos los de Baroja sean un completo fracaso, pero el caso es que todavía se siguen leyendo. En cambio muchos ensayos que nos convencieron y nos demostraron Dios sabe cuántas cosas, al cabo de unos pocos años, apestan, como el pescado. Los ensayos de Baroja son muy particulares, llenos de prejuicios. Eso de los prejuicios a mí me parece bien. Si uno quiere ser juez, no debe tener prejuicios. Pero si quiere ser escritor, como no los tenga, va aviado. Por ejemplo. En la época de Baroja los librepensadores tenían que ser un tanto comecuras y descreídos, de los que pensaban que la religión era cosa de esclavos y de padres jesuítas. Entonces Baroja resulta un poco banal. Hubiera estado mejor que hubiera hilado más fino. Pero no. Baroja se comporta como un contertulio de Casino de pueblo, uno de esos ricachones ilustrados que ha leído en casa en un periódico de París, que le llega por suscripción, las novedades que luego suelta con mucha autoridad a los boquiabiertos tertulianos. Cosas de esta envergadura: «Sé de buena tinta que el principio de las galaxias es una enzima».

En todos esos prejuicios anticlericales de Baroja vemos la época. La relación del 98 con Dios o la idea de Dios es curiosa. Unamuno cree en él, aunque sólo sea para echarle broncas. A Valle Inclán en cambio parece que eso le traía sin cuidado. De Azorín es difícil saber nada, pero da toda la impresión de que es uno de esos

pascalianos que por si acaso va a misa todos los domingos, exista Dios o no, y que reza el rosario por las tardes, con su señora. Antonio Machado, lo llevaba dentro, y Manuel también, pero colgado en una medalla. Juan Ramón creía en él, aunque escribía su nombre con minúscula, como le reprochó Gómez de la Serna, uno que sí lo escribía con mayúscula, pero que no creía en él (aunque si hay cielo estará con las alas más grandes). Baroja no. Baroja es el único que claramente se complace en no creer en Dios, en ser ateo practicante. El ejemplo parece que le viene de Stendhal. Además de esto Baroja es anticlerical a la manera de aquel ruso que mandaron a dar vueltas a la tierra en un cohete. Estuvo unos cuantos días en órbita y lo sacaron atado a un ramal para que se paseara por el espacio. Cuando volvió dijo que no había visto a Dios. Fue una de aquellas frases estúpidas para las que sólo puede estar preparado un ruso de los años sesenta. Hubiera podido decir: «Salí y vi a Dios, a la Virgen y al Copón». Habría resultado igualmente estúpido. Estar mirando la tierra en una situación tan precaria, a más de 5000 kilómetros por hora, y ocuparse de evidencias teológicas, lo encuentro de un fanatismo idiota. Baroja, que casi siempre quiere pasar por un viejo escéptico, desengañado y con retranca, a veces muestra por la ciencia un entusiasmo infantil, de joven investigador. Por ejemplo: sólo con una ingenuidad pía pudo tomarse en serio aquello de medir cráneos. Es una candidez tan apostólica como la de unos pastorcicos que vuelven diciendo que se les apareció San Cristobalón con el mundo a cuestas, mientras mondaban unas bellotas.

En estos ensayos que hemos leído esta tarde lo bueno es que Baroja lo mezcla todo. Como no tiene pretensión de nada, habla por hablar, por pasar el rato. Es la actitud del paseante en corte, del *flâneur*, del diletante. Le da igual todo y se ve que no tuvo admiración por ningún contemporáneo suyo. Quizás Azorín. No dice admirarle en ningún momento, pero le respeta, es decir, no habla mal de él, aunque no se priva tampoco de hablar mal de sus aficiones, como el cine…

En fin. Algunas frases suyas serán recordadas siempre. Como aquel programa que ideó para la utópica República del Bidasoa: una república sin moscas, sin frailes y sin carabineros. O cuando sentenciaba muy ramonianamente que el psicoanálisis es el cubismo

de la medicina. Se dirá: calderilla. Pero en esa calderilla tiene Baroja más capital que todo Vázquez de Mella.

SI los sábados tienen todavía algo de barojiano, de los domingos, de las tardes de los domingos es mejor no hablar.

Está uno inapetente, como después de haber comido una docena de mojicones. El silencio de la casa, el eco del silencio de la calle, le pone a uno triste e irritable.

En ese estado de ánimo leo los periódicos. Me doy cuenta de que la mayor parte de mi vida la dedico a comprar libros, a leer libros que he comprado y a lamentar no haber leído los libros que no he tenido la suerte de comprar o no haber comprado libros que sabemos todos que no voy a leer jamás.

En esto, ya lo he dicho, reconozco que soy un lector atípico, con aficiones absurdas. ¿Pero cómo voy a cambiarlas?

Suelo ir a comprar libros de viejo dos o tres días por semana. A veces la gente cuando viene a mi casa y ve la biblioteca, me pregunta:

—Estos libros serán heredados.

—Ninguno —les digo—. En mi casa no había más libros que un tratado de apicultura y el misal de mi madre. Durante unos años vivió con nosotros un tío cura que llenó una habitación con sus libros. Pero eran libros, en su mayoría, de curas, devocionarios y restos de una biblioteca de un tío abuelo que empezó escribiendo a la manera modernista, pero que murió joven. Luego mi tío el cura se los llevó cuando se marchó a vivir a otra parte. Mis libros los he ido comprando en la Cuesta de Moyano, en el Rastro y en las librerías de viejo.

—Te habrás gastado un dineral.

—No. Yo los libros los compro baratos.

—Cuando yo voy a Moyano o al Rastro, no encuentro nunca nada —me suelen responder todos.

—¿Cuántas veces has ido al Rastro en el último año? —les pregunto.

—Una o dos.

Yo, en cambio, cuando voy a una ciudad nueva lo primero que hago es informarme de las librerías de viejo, aquí, en Inglaterra, en Italia, en París, en Oporto, en Coimbra, porque padezco un curioso síndrome de abstinencia: no puedo estár sin comprar un libro

mucho tiempo.

Entre los libreros de viejo, o entre los que venden libros viejos, los hay de varias clases. Unos te preguntan nada más entrar.

—¿Qué busca?

Yo contesto siempre:

—Libros.

Esto les irrita lo indecible y el tiempo que paso en la librería escucho sus rugidos de fiera.

Estos libreros supuran cada vez que entras en su librería a triscar por encima, porque consideran que buscas floreársela y pillarles en un renuncio Llevarte por menos lo que seguramente creen que vale un tesoro. Si pudieran te echarían. En el fondo tienen un odio fiero por los clientes y por los libros, que a ellos les han hecho tan bárbaros e ignorantes. Estos libreros se dan cuenta de que son unos bestias por causa de los libros. Para ellos, si no hubiera libros, señamos todos Maimónides o Aristóteles. Por eso odian a los clientes que tienen aspecto de haber leído alguno. Si los clientes tienen las trazas de no tener dinero, como yo, todavía más. Te miran de manera atravesada, aviesa. Por ellos te echarían a patadas y luego se reirían como salvajes.

A otros libreros, en cambio, libros les dan igual. Tienen la misma indiferencia para los libros que los dentistas para las muelas ajenas. Cobran por extracción, lo demás les importa un bledo. No se extrañan de nada. Podrías llevarte delante de sus narices un incunable o un manuscrito de Leonardo. Se encogen de hombros, te piden un precio y les da perfectamente igual que se lo compres o no.

Casi todos los libreros de viejo son tan maniáticos como los bibliófilos con los que tratan. Pasan muchas horas solos y esto facilita las elucubraciones y las fantasías. Todos sueñan con dar con un filón, una biblioteca importante que comprarán a cualquier viuda por cuatro duros. Pero esa ganga no les llega nunca, y esto hace que casi todos adquieran la costumbre de hablar por lo bajo, o en voz alta, pero siempre como si estuvieran solos.

Algunos, sin embargo, se creen unos aristócratas del oficio. Hablan de góticos, sanchas o ibarras, como un socio del club de golf lo hace de Rolls o de Bugattis.

A un amigo mío, pobre como yo, en cuanto entraba en una

librería que él y yo conocemos bien, el dueño lo miraba con desdén. Al principio mi amigo le daba las buenas tardes, pero como el librero no contestaba nunca, dejó de hacerlo, aunque siguió entrando allí. Mi amigo entonces se dedicaba a mirar en silencio por los estantes, mientras tenía que soportar la murga del librero, frases dichas de modo que las oyese bien: «Ya está éste aquí… Hay que joderse. Lo que vendrán a hacer estos gangueros… Sólo vienen a joder y a descolocar el género». Si mi amigo preguntaba: «¿Tiene usted…?», el librero le atajaba antes de que terminara la pregunta: «No».

Con todo, yo he conocido a algún librero que salía de estas catalogaciones drásticas. Uno de los poetas que más admiro fue librero de viejo en Trieste. La librería de Saba tema mucho encanto y un aire de capilla pagana más que de otra cosa. En España también conozco excepciones, que no digo aquí por no parecer cobista, pero esos libreros son los primeros en darle a uno la razón.

Un día nos contó la librera Herminia Muguruza que había estado aquella mañana un escritor muy conocido y le pidió los *Episodios* en primera edición e intonsos. Se puede ser muy bibliófilo, pero ese prurito es de cretinos.

De ese mismo escritor se contaba que evacuaba unos gases pedregosos y sonoros delante de las señoras como una gracia, que normalmente le reían los maridos.

Yo he pasado bastantes horas sentado en la Feria de libros viejos en las paradas de Abelardo Linares o de Manolo Domínguez, o en las librerías, de tertulia con ellos, y he visto que la mayoría de los clientes son gentes desequilibradas, maniáticos, raros, megalómanos que buscan libros como el que completa una colección de fetiches. Y, cosa curiosa: todos mienten, si pueden.

Conocí en Córdoba a un librero que tenía el establecimiento cerca de la Plaza del Potro. Enfrente habían plantado unos arbolitos, unos naranjos pequeños. En la entrada de la librería que era angosta y sombría, había una mesa a la que estaba sentado un muñeco con un cartel en el pecho en el que se leía: «Hable más alto. Soy algo sordo».

El primer día que entré allí, en una temporada que pasé en Córdoba viendo el archivo de Julio Romero de Torres, me creí que el muñeco era el librero y empecé a hablarle a gritos. El muñeco

estaba tan bien imitado y la penumbra era tanta, que me lo creí.

Al cabo de uno o dos minutos, cuando mi vista se acostumbró a la penumbra, pude darme cuenta. Sólo entonces escuché, al fondo de un pasillo atrincherado, la risa ratonil del librero, que la sofocaba con espasmos asmáticos e insalubres, pero muy divertido de habérsela pegado a otro ingenuo. Se conoce que lo tenía aquello como diversión sana para torcerse de risa con los que entraban allí.

Aquel librero no salía nunca de la librería, que salvo aquel aliviadero a la calle, lóbrego y húmedo, no tenía luz natural. Había sido del Partido Radical y todavía parecía un buen republicano.

Donde estaban los libros por la forma y la humedad parecía una cueva, una bodega donde había siempre una o dos bujías encendidas con una luz sucia y muerta.

En un cuarto contiguo tenía el camastro y encima de su escritorio había de costumbre mondaduras de naranja y vasos con restos de vino dulce o de quina, que se servía de un cubilete que tenía metido entre los tomos de la Ilustración Ibérico Americana. Nunca lavaba las copas, sino que pasaba los dedos por el borde y a continuación te la ofrecía llena de un líquido pastoso que se quedaba intacto encima de cualquier pellejo de pergamino.

Me parece que aquel librero anaeróbico se ha muerto y seguramente su cuerpo, acartonado y seco, servirá ahora a otro loco, que le habrá colgado un cartel en el que se lea: «Hable más alto. Estoy algo muerto».

El frecuentar librerías de viejo da a mi biblioteca un tono pajizo, dorado y grave, que encuentro muy adecuado. Los libros nuevos tienen siempre algo innoble. Seguramente los barnices con que los untan y los colores chillones. Los de viejo nos parecen todos más sabios y austeros, a lo Diógenes.

Los que le dicen a uno que ellos nunca encuentran libros de viejo, suelen hacer a continuación esta pregunta:

—¿Los has leído todos?

No tienen por qué ser necesariamente unos imbéciles, pero hacen por parecerlo.

Hace unos años pasaron unos albañiles en casa una semana trabajando. Uno de ellos, cuando creyó que había confianza, me formuló una variante angelical de la misma pregunta:

—¿Los ha escrito usted todos?

Estaba pendiente de mi respuesta. Vi en su cara la admiración que se siente ante los fenómenos de explicación difícil, como el fuego, la electricidad, la bóveda celeste. Me di cuenta de que no podía defraudarle y contesté con toda la humildad de que fui capaz:

—Sí, la mayoría.

Nunca he visto a un hombre, ni albañil ni no albañil, más orgulloso del género humano.

LEO en una de las cartas de Rilke a Merline: «Cézanne a pesar de ser tan creyente y fiel a las tradiciones, se negó incluso a asistir al entierro de su madre por no perder un día de trabajo». Es la primera vez que he comprendido la frase «dejad que los muertos entierren a los muertos». Hace unos años esto me habría parecido un rasgo de impiedad imperdonable. Hoy no hace sino conmoverme.

PENSEMOS en una casa, en una de esas viejas, algo destartaladas, grandes casas recostadas contra un jardín centenario. ¿No es fácil encontrar en ella correspondencias humanas? Pensemos en ese muro al que sólo sostiene la misma yedra que ha minado sus cimientos, el color que puso en él la lluvia de cien años.

¿Si buscáramos la corporeidad de la melancolía, encontraríamos algo mejor? Una vieja casa es la expresión de todos los que la vivieron, de todos los que pasaron por ella y murieron en ella. En su silencio, en sus balcones cerrados, en los altos magnolios y en los viejos rosales, enfermos y descuidados, encontramos el espíritu que seremos un día.

La mitad de la vida la pasamos defendiéndonos de la imagen del padre, que nos persigue. La otra mitad, lamentándonos por no haber aceptado a tiempo que éramos sólo eso que rechazábamos.

Miro esa casa ahora, que encuentro al azar, en un paseo por el barrio del Niño Jesús. Algún día seré como esa verja, invadida de zarzas. Como esos lirios que a pesar de la polución siguen creciendo al lado de las ortigas. Las ventanas faltas de pintura, los muros negros, la marquesina rota. Soy joven todavía: ¿qué puede perder uno por aceptarse así?

HACE diez o doce años conocí a un tipo con una salud quebradiza. No se alimentaba más que de tisanas y de caldos y se pasaba el día pulsándose la salud.

Cuando no andaba delicado del estómago, padecía unas cefalalgias que lo torturaban. Sucesivamente sufrió fiebres de origen

reumático, punzadas y bascas, el bolo histérico, una infección seria del riñón y, por último, una faringitis de tipo nervioso y funcional que le quitó la voz, lo que le obligó a estar casi tres meses de baja sin poder dar clases, que era a lo que se dedicaba.

Se paseaba con un aire siniestro. Se le puso la cara de color de parafina y los huesos de las manos se le torcieron. Una temporada aturdió a todo el mundo con una enfermedad del hígado que aseguraba padecer. Le hicieron toda clase de análisis y no le encontraron nada.

Había estado casado, pero la mujer se enredó primero con un amigo y más tarde con uno que conoció en un festival de *jazz*. Vivía solo. Las mujeres, de las que hablaba a menudo, le huían todas, y eso le tenía condenado a un onanismo triste y sombrío o a encuentros mercenarios no menos tristes y sombríos.

Los amigos le decían:

—La vida que haces no es sana.

—Ya lo sé. Pero, ¿qué queréis?

—¿Has probado el campo?

—No me gusta. El cambio de aguas me sienta como una patada.

—¿Por qué no haces ejercicio? ¿Por qué no vas a un gimnasio?

—Ya no. El deporte está bien si lo has hecho desde joven. Si no, cascas pronto.

Le perdí de vista y le he vuelto a ver el otro día, de lejos, cruzando la Gran Vía. Era otro. Había engordado, venía fumándose un puro de una cuarta y estaba nuevo. Tenía un color saludable, de haberse comido un solomillo de toro en el almuerzo.

Se lo he contado a M.:

—He visto a mengano.

—Imposible —me ha dicho—. Mengano se murió hace más de un año.

—Pues era él.

—Te habrás equivocado.

A mí me pareció enteramente él, pero se conoce que no.

Es casi seguro que de cada uno de nosotros hay dos. Uno que marcha arrastradamente y otro que fuma habanos. Uno con tendencia a la clorosis. El otro, parroquiano de lo etílico y las congestiones.

A mí me gustaría encontrarme con el que se está fumando mis

cigarros, bebiéndose mi cupo de vino en esta vida y metido en orgías hasta el cuello.

A MÍ medir versos me cuesta a veces y tengo que recurrir a los dedos para hacerlo. En esto no veo desdoro ninguno, entre otras cosas porque alguien como Antonio Machado, hombre con mucho sentido de la música, recurría al mismo ábaco, tamborileando las sílabas sobre el velador de un café. Lo cuenta Ruano o Baroja, no sé. Alguno de los dos en alguna parte.

A veces me dice alguien: ¿Has leído qué sextina tan extraordinaria? ¿Has visto qué sentido del endecasílabo?

A mí los alardes por los alardes me parecen poco siempre en cuestiones métricas. Para vencer dificultades me parece siempre más vistoso conquistar un polo o descubrir una nueva tribu o salvar de morir ahogada a una bañista. Hacer una sextina sin que se venga abajo confieso que tiene mérito, pero no más que hacer con huesos de aceitunas el Pont Neuf o la Torre Eiffel.

A Unamuno le acusaron siempre de lo mismo: de duro de oído. Pero no se suele decir que toda esa poesía que suena tan bien, tan cantarína, tan verbenera, es sorda. Porque en la poesía la música que vale no es la que suena, sino la que siente; y no la que canta, sino la que calla.

Casi toda la poesía moderna, desde el surrealismo y el 27, es en España y en lo español una poesía de imágenes.

Las imágenes, al contrario que las ideas, suenan al momento de producirse. A las ideas hay que escucharlas, entenderlas y aceptarlas. Una imagen se impone siempre por su vistosidad, por su colorido, por su musiquilla pegadiza. Se producen en la poesía como las amapolas en los trigales: son cosa de pocas horas. Luego se agostan, en el momento en que uno les coge el truco o al minuto de haberlas metido en un florero, para guardarlas. Las ideas, por el contrario, y quien dice ideas, dice la vida, el relato y experiencia de la vida, es necesario sembrarlas, abonarlas y recogerlas, como el grano.

Para escribir con ideas hace falta sembrar. Para recolectar amapolas basta con salir a un descampado en cuanto viene el buen tiempo; por eso la mayor parte de la poesía actual está hecha por hombres sin ideas. Que Unamuno tenía mal oído, ¿y qué? Que Machado contaba con los dedos, ¿y qué?

Este tiempo nuestro es un tiempo de imágenes, porque es un tiempo con tendencia a las abstracciones que se aceptan con una frivolidad o una candidez grandes.

No digo que un título como *Espadas como labios* no sea un título de una rara contundencia. ¿Pero de qué sirve? Es bueno, de acuerdo. Pero el Partenón no se ha sostenido en pie, incluso como ruina, sólo porque fuera clásico.

No tengo la menor duda de que si Eliot hubiera recibido en Faber el manuscrito de *Sábado en la aldea* de Leopardi, lo habría rechazado, porque no hay en él una sola imagen, en sentido moderno. Todo está claro en ese poema, se dicen cosas, se entienden, emocionan. Eliot, en el mejor de los casos, lo remitiría a uno de esos negociados de poesía menor que tanto gustaba a su espíritu, hecho al rango, al escalafón.

Censuras, estrofas sáficas, litotes… ¿No es musical Espronceda? ¿No suena mejor Rueda que Unamuno?

EN estos tres olores está todo Sevilla: Azahar, incienso y bosta caliente de caballo.

CONSIDERACIÓN bergaminesca: hay tres maneras opuestas de ser y conducirse en la vida: los que llevan el agua a su molino, los que se llevan el gato al agua y los que le ponen el cascabel al gato.

ADVERTIMOS en los diarios de Mann su meticulosidad. «Invierno. Frío. Compro por 1000 marcos tabaco Könisberg. Problemas con la traducción. Me levanto a las siete. Viene el sastre y le encargo tres camisas…». Comprendo que un escritor necesite de esas anotaciones en orden a cierta salud mental, de la misma manera que hay que ser comprensivos con esas personas que no soportan ver un cuadro torcido o una puerta abierta. Pero ¿qué objeto tiene publicarlos? ¿Qué aprendemos nosotros que no hubiéramos sabido ya en las obras cumbres de Mann? Algún día resucitarán los escritores y arrancarán con sus propias manos el corazón de todos los editores.

A propósito de estas pequeñas vergüenzas, de las que sus autores son inocentes, recuerdo el día en que fuimos a visitar la casa de J. R. J. en Moguer. El guía se empeñó en enseñarnos como un favor especial la ropa blanca del poeta, ya apolillada, polvorienta, todo menos blanca. Y nos enseñó un traje azul marino colocado en un hombre de madera oscura, un traje raído por el tiempo y con un cendal blanquecino sobre los hombros y las solapas. Para aquel

guía, que Juan Ramón Jiménez hubiera escrito una obra poética de primer orden no era nada extraordinario. En cambio, que hubiera gastado calzoncillos como los suyos lo encontraba admirable.

Con las obras de Mann sucede lo mismo. Que haya dejado *La montaña mágica* lo encuentran natural, algo previsible y nada del otro mundo. Ahora, que fumara y se preocupara de la lavandería lo ven como un ribete de almas escogidas.

EL resentimiento social ayuda a alejarse del mundo y quién sabe si por eso a comprenderlo mejor.

OjO: un buen caligrama natural.

«EN eso te doy la razón», es una mala táctica: con esa frase se ponen siempre al descubierto los baluartes.

ME despertó la luna. Su luz entraba por la ventana abierta y se derramó sobre el suelo como un cántaro de leche roto. Oí que G., allá en su cuarto con la puerta abierta, musitaba algo en sueños, luego se apaciguó y volvió todo a un silencio hecho del canto de un cárabo, un perro a lo lejos y mi corazón llamándome en el pecho.

GALDÓS compara la palma de la mano de un mendigo magrebí, blanquecina, por contraste con el dorso negro, curtido y maltratado por la intemperie, con una rodaja de merluza. De esa mirada sale todo el 98, mal que les pesare a los del 98. De esa merluza fresca sale Ramón, aunque Ramón renegara de Galdós tres veces en el huerto de los olivos.

¿DÓNDE podría escribir una sección que llevara por título «Un palo al agua»? Aunque mejor quisiera escribir esta otra: «Las mangas verdes», elogio de ineficacia, olvido y pereza, tomo primero, que iría seguido, naturalmente, del segundo: «Cerros de Úbeda y soles de Antequera». Si me propusiera alguien una sección taurina, tendría este título: «La suerte de la verdad», una buena síntesis de la hora de la verdad y la suerte de matar. Sí, pues la verdad no la tiene nadie porque la merezca, porque la haya conseguido o la haya estudiado. No es siquiera que la verdad se pueda robar. La verdad se tiene en usufructo: se disfruta de ella un tiempo, a veces toda la vida, y se pasa a otro. Y naturalmente, la tenemos de prestado, porque alguien nos la da. De manera que tener la verdad de algo no es siquiera un mérito o un privilegio, sino una suerte, que hay que aceptar como cuando la suerte nos favorece: encogiéndonos de hombros. Aceptándola humildemente.

Sonriendo lo mejor que uno sepa y pueda.

RECUERDO con nostalgia aquellos tiempos en que yo escribía reseñas de exposiciones para ganarme el pan sólo mirando los catálogos. La de cosas que ha podido decir uno no ya de una fotografía. Eso es lo natural, lo fácil. No. Uno ha llegado a escribir una cuartilla entera, sólo mirando un catálogo de un pintor que no llevaba reproducción ninguna. Me bastaba el listado de cuadros: «Composición 25», «Abstracción», «Molloy», «Sin título». Eso y el nombre del pintor, que se llamaba siempre Modesto Iglesias, Astra o Benedicto. Era suficiente. Me concentraba en ese cartoncillo en silencio unos minutos. Nada como el silencio. Entonces empezaban a Huirme las palabras y destilaba altísimos conceptos: «La sensibilidad cromática, la aventura de la forma, la pincelada jugosa, el compromiso con la pintura, la pasión de pintar, la soledad del estudio, los grandes maestros, Velázquez, Poussin, lo goyesco».

Alguna vez me encontré con alguno de esos infelices, pasado el tiempo. Me saludaban emocionados, agradecidos. Yo me sentía un canalla, pero toda mi mala conciencia quedaba en nada comparada con la montaña de su vanidad. Hubiera querido decirles: «Todo aquello no fue sino un engaño, un camelo. He sido con vosotros una mala persona. Olvidad que os comparara con Twombly, con Rothko, con Matisse. Nunca he visto un cuadro vuestro». De veras que hubiera confesado mi crimen. Pero generalmente me encontraba delante de sujetos a los que les parecía lo más natural del mundo que un tipo como yo les comparara con el mismo Apeles. En ese momento, yo sonreía. He sonreído mucho en la vida, porque ¿de qué sirve hacemos daño? ¿Y quién me dice que este silencio no me haya redimido, que nos haya redimido un poco a todos?

HE visto esta mañana a un personaje para no sé qué novela. No era un personaje de una novela actual, sino uno de esos personajes que han salido de las novelas de Baroja o de los libros de Solana, o que llegaron tarde a ellos. Tendría cincuenta años. Andaba encorvado, con ciática, y los ojos inyectados en sangre y lacrimosos le lloraban sin cesar, seguramente por el relente que soplaba. Las narices, considerables, le acercaban a una raza canina, no sé a cual. Andaba mirando el suelo, con la cerviz torcida y para hablar levantaba las pupilas caninas, la cabeza la dejaba contra el pecho. De la nariz descomunal le colgaba una gota de moquita que se

sorbía constantemente con ruido y estremecimiento. Al andar no conseguía hacerlo en línea recta, por lo que daba la impresión de que erraba sin rumbo fijo. Esto hacía de él un personaje triste e infeliz, como perro sin dueño, como viejo capellán de hospicio.

No hay diarios mal escritos, sino vidas mal hechas. (A propósito de la inarmonía de éste).

POR la ventana (estamos en esa hora de sombrío lubricán) se pueden ver algunos letreros luminosos. También el mástil gris de dos farolas, con una luz poco misericordiosa que forma una gran bolsa en el cielo.

Esta mañana vinieron a la habitación dos mirlos, uno con el pico encendido. Echaron un vistazo al interior, que debieron encontrar aburrido, y se fueron.

También se ven a lo lejos naves industriales, muertas, cerradas, con gentes sospechosas que merodean o que pasan pegadas a sus tapias. Es una vida semejante a la mía en tiempo y en espacio, en cierto modo, pero tan ajena una de otra que su único segmento de confluencia es justamente su radical desemejanza.

Todo resulta triste. Más que un hospital parece un hotel de carretera. En cierto modo las dos cosas son lo mismo.

La televisión del cuarto es en blanco y negro. El modelo es antiguo, lleno de curvas, y le han clavado un cepillo como el de las iglesias, donde echar los duros.

Pasa un avión militar y los cristales tiemblan un momento. Luego el ruido de los motores se va acolchando en el silencio y parece perderse hacia Torrejón.

Con el gotero puesto las cosas son muy relativas. En cierto modo lo que uno escribe en un hospital se parece a esos diarios que encuentran en las mochilas de los muchachos caídos en el frente. No se corresponde lo que se lee en ellos con la tragedia que ha reducido sus vidas al lodo y al silencio.

AL fin he leído las famosas memorias de Ambrosio Vollard, el vendedor de cuadros. No he logrado terminarlas, pero se puede considerar que las quince páginas que me faltaban me fueron condonadas por las doscientas que las precedían.

Seguramente Vollard fue un hombre inteligente, con ojo para los

negocios, y él mismo se tenía en mucha estima por haber conocido a Van Dongen, a Picasso, Monet, Degas, Cézanne y todos los demás.

En las memorias adopta dos tonos, o como si dijéramos: en la lira de su palinodia escuchamos estas dos melodías. Primera: «Cuando yo empecé este negocio del arte, un Monet no valía treinta francos. A los veinte años se pagaban dos millones por cada cuadro. Esos cuadros estaban al alcance de todos, pero sólo los compré yo».

Unas memorias en las que sólo le hablan a uno de francos resultan una pesadez, teniendo en cuenta que pudo hablar de Cézanne o de Degas. Seguramente Vollard sólo habla de francos, porque es de lo único que sabe o, peor todavía, terminamos hablando de lo único que nos interesa o preocupa.

La segunda melodía es esta otra: «Cuando yo empecé en este negocio del arte, los burgueses, los académicos, los artistas instalados me reprochaban mi obcecación con los impresionistas, los nabis, los *fauves* y los que vinieron luego, pero yo logré vencer la incomprensión, y logré no sólo la revalorización de los precios, sino también el cambio de gustos».

Naturalmente eso no es verdad, porque Vollard se comportó como otro burgués más. Habla de Monet, pero se guarda de citar todos los Duval, los Henri Molet o los Foumeillon con los que hizo fortuna.

Ha sido una decepción leer estas memorias. Cuando uno escoge un libro así, se dice: es imposible que resulte aburrido. Pero luego ves que de todo lo que cuenta de todos esos «genios», como repite hasta la saciedad (lo mismo de Renoir, de Gauguin que de Cézanne), lo único que al final ha retenido de ellos son unas anécdotas de tal trivialidad, que se podrían atribuir a un tendero o a un enterrador. Lo que cuenta de Verlaine, al que ve subido en la imperial de un tranvía o de Ingres, de quien cuenta algo oído a Degas, se podía contar de cualquier botarate.

Pero está aceptado que este libro es «delicioso». Es decir, está entronizado así en la crítica moderna de arte, como «un documento excepcional». Patrañas. Vollard se hizo rico con ellos. Debió tener la decencia de escribir algo mejor, o callarse. Se lo debía a cuenta de todos los francos que les escatimó (no por nada le llamaban Ambroise *Voleur*), pues otra de las formas del robo es pagar menos por una cosa a sabiendas de que vale más, incluso cuando el que

está en esa ignorancia es el propio autor. Y Vollard, según estas memorias, no es que invirtiera como el que lo hace en bolsa. Según él su dinero no corría ningún peligro, porque ya desde el vientre de su madre *sabía* que un Renoir iba a costar millones.

ALGÚN día, cuando hayan pasado los años y crecido mis hijos; cuando de nuevo esta casa recobre su silencio y los libros llenen todas sus paredes sin que nos digan nada; cuando no quedemos en el mundo más que tú y yo, entonces recordaremos con nostalgia este día hecho de casi nada. Este día que olvidaremos sin duda mañana mismo, porque no fue en absoluto extraordinario, sino parecido a un día como otro. Pero lleno de una dorada luz, de unos niños pequeños que gritan e interrumpen, de la ilusión de meter nuevos libros en casa, de las tareas corrientes como prepararles los baños o leerles un cuento. Lleno de ti y de mí, que nos pensamos aún llenos de tanta vida.

EN las tardes de semiconvalecencia, a la espera de mi operación, imagino el crepúsculo de Las Viñas, esa hora virgiliana, leopardina, donde se mezclan los sonidos venidos de lejos: el ruido de un hacha que corta leña, ese perro que ladra, una apaciguada esquila, las voces lejanísimas de una mujer que llama a un niño para que acuda… Ese crepúsculo azulado, delicadamente borroso, apoyado en el cendal blanco. Es esa hora en que ya han vuelto los hombres de las tareas del campo. Se han lavado en un patio, se sientan y esperan a que esté lista la cena. Dentro de la casa se oye trajinar a las mujeres junto al fuego, y en el aire se mezcla el olor de pimentón y el azahar de los naranjos, al tiempo que titilan las primeras estrellas. Los hombres entonces no parecen ni mezquinos ni ruines y hablan de cosas sin importancia, con los perros echados a sus pies.

Alguna vez he encontrado en el campo a gentes de aspecto rudo, pero con el alma limpia, llenos sus ojos de ternura cuando miran un nido con crías o para ofrecerte un higo, avergonzándose de pronto de que sus manos estén sucias. Pero, aparte de eso, yo no he creído nunca en la bondad de los hombres del campo. Se les ve a la mayoría retorcidos y crueles, combinando venganzas terribles. El odio es algo que sólo florece en la soledad, y en el campo no hay

otra cosa que odio y soledad, y estos hombres pasan la mayoría del día solos en huertos apartados, en viñas lejanas, rumiando, maquinando, exigiendo que se les cambie la suerte. Pero a esa hora del crepúsculo, cansados por el trabajo, tienen todos una fatalidad que les vuelve nobles, de una raza superior, siquiera por una hora, seres con un destino más grande que su propia mezquindad…

En estos momentos de hospital quiero recordar los olivos color ratón y el camino polvoriento con los alcornoques altos y centenarios. Sabría pintar tan bien esos cuatro rincones de mi corazón, que me bastaría cerrar los ojos para oír batirse en él las alas de una abubilla o el vuelo temperamental del rabilargo. Es bajar los párpados y escuchar los chillidos de las pequeñas golondrinas que juegan a equilibristas en el cable de la luz, donde terminaban posándose serias.

Siento el olor de la hierba recién cortada y de la tierra que acaban de regar. Y vivo todo esto en un instante, sin saber si soy yo quien lo siente.

Siempre he puesto buen cuidado en lo que escribo sobre el campo. A veces, por el solo placer de pronunciarlas, uno puede caer en la tentación de escribir palabras como azucena, prímula, vinca (las pálidas vincas de San Juan, las vincas que Proust admiró seguramente en Rousseau más que en la realidad), peonías, y creerse uno Proust o alguien exquisito, sólo por eso. Los nombres no dan nada. Ni hablar de Budapest, Praga, Lisboa o Roma nos hace cosmopolitas, ni hablar de violetas nos vuelve superiores.

Basta. Estoy cansado. He creído oír ratas en el tejado. Es imposible en una clínica.

SAXO es sexo. (Y detesto los juegos de palabras).

DEDICO toda la tarde a *Algo sobre mí mismo*, de Kipling. Ha sido como dejarse balancear por sus relatos. ¿Cuántos diferentes contiene este libro? ¿Quinientos, mil? Nadie tan bondadoso, tan natural. La bondad es impensable en la impostación y la retórica. Es un milagro que un hombre que triunfa y conoce la apoteosis antes de los treinta; sobrino de Burne-Jones, amigo de Henry James; que acude a la boda de éste con tres íntimos más; admirado por Stevenson… es un milagro que un hombre así no se haya estropeado, perdido.

Kipling no nos cuenta su vida. No la leemos como si fuera suya.

Kipling mismo se encarga de hacernos creer que se trata de la vida de otro, como si el cuentista que es hubiera recibido el encargo de contarla.

Algunos le creyeron equivocado por sus posiciones imperialistas. No se equivoca quien huye tanto de la mentira como del dolor, sabiendo que sólo en el dolor humano hay algo de verdad.

Kipling, hombre feliz, procuró la felicidad de quienes tuvo al lado, quizá porque su temperamento melancólico le impulsaba a dar lo que encerraba tan colmadamente su corazón.

«Debemos amar —nos dice— todo aquello por lo que hemos trabajado o que nos ha hecho sufrir».

Es exacto, como le hubiera gustado a Stendhal. Tiene humor, como habría aprobado Cervantes. Y sueña como todos los que nacieron para perder. Sin Imperio, Kipling no hubiera escrito una sola línea, lo mismo que sin la atrocidad de la guerra Homero no habría cogido siquiera la pluma.

Ama las ideas generales. Su famoso *If* son ideas generales, porque sabe que debe tratar con el género humano y no con los críticos literarios. Poco amigo de las camarillas y los cenáculos, donde los escritores se vuelven caníbales. Por eso Kipling tuvo esa clase de lectores ideales en todas las lenguas, lectores desconocidos y remotos como su mismo imperio desfalleciente.

Acudo, por un efecto sincrónico, al ensayo de Eliot sobre él. Es una buena defensa donde se demuestra la inocencia de Kipling, aunque sin disipar la autoría de sus crímenes. Luego es una mala defensa. Como siempre que uno lee a Eliot, se tiene la impresión de que lo único importante en esas páginas sea Eliot, y no un tal Kipling.

Si escribo hoy una novela tendrá que salir alguien con pistola. Mejor varios. Los nombres sonarán todos como de un club nocturno.

Tiene que aparecer algo de pintura moderna, algún barrio de las afueras, un poco de droga y mujeres que beban *whisky* y se acuesten con los hombres que llevan pistola.

Serán heroínas entre los treinta y los treinta y cinco. Cuando estén en la cama con los de la pistola, en alguna habitación sórdida de hotel (hoteles tienen que aparecer bastantes: hay que pensar en el público) le dicen a su pareja cosas así, de tono shakespeariano

(hay que pensar en la crítica):

—Nuestras vidas están frente al abismo. Dolor, soledad y miedo. Eso hemos ganado. Nos hemos destruido, Bill, pero todavía podemos huir.

Si hoy escribo una novela tiene que terminar con esta frase: «Salieron de aquel antro sórdido y se alejaron por una calle oscura, estrecha. La luz del neón se derramaba, como un licor amargo y rojo, en dos charcos cercanos. La lluvia sonaba en los adoquines como una delación. Bill y Helen iban en silencio uno al lado del otro, sin rozarse, dejando tras de sí únicamente el eco de su infelicidad, tan parecido al de unos pasos perdidos en la niebla».

¿Por qué no, a ver?

¿QUÉ ocurre cuando se tiene la impresión de que la ambición es superior al talento? Yo creo que a veces la ambición y el talento son cosas como el agua y el aceite, dos elementos inmiscibles. Yo digo esto por no poder confundir ambición con ilusión ni con ensueños. La ilusión por naturaleza es deliciosa, porque es algo que no precisa realización. A la ilusión le basta vagar como un rayo reflejado de luz, uno de esos rayos oblicuos que lanza un prisma de cristal. Recibe la luz de un sitio y lo proyecta a otro, muy desviado. Así es la ilusión. En cambio la ambición sólo llega a buen puerto en línea recta. Todo lo que sea desviarse un milímetro es un fracaso.

A propósito del fracaso: decido consignar aquí la frase de un amigo: es preferible fracasar por haber publicado los libros, que amargarse por guardárselos en un cajón. Al principio la frase nos atrae, como nos atrae todo lo que al principio creemos un espejo. Luego nos damos cuenta de que es pequeña, como esos pequeños espejos que sirven para pescar calamares. Nos agarramos a ella porque sí. Pero nos vamos a amargar de cualquier modo. Vamos a fracasar de cualquier manera.

EN la cama varios días. No tengo fiebre, no me siento mal, pero debo guardar reposo. De lo contrario me sobrevendrían cinco o seis cosas que no he tratado de averiguar.

Entra un sol mañanero por el balcón y pido que lo abran. Junto a la maceta de geranios rojos sorprendo a una paloma que no había venido nunca aquí. Al poco rato esponja su plumaje y empieza a gorjear igual que una señorona. Sólo sabe hablar de fajas y corsetería reforzada.

Intento asustarla con aspavientos y dos o tres tacos desde la cama, pero lo único que consigo con eso es que mueva su trasero y que emita un gorgoteo de perol.

Me levanto y descubro que ha hecho, durante los días en que he permanecido en el hospital, un nido en una falla de la marquesina de mi balcón, un estrecho agujero que obturo con periódicos. Me acuesto y espero a que venga. Cuando regresa quiere entrar en su escondrijo. Revolotea alrededor sin comprender muy bien lo que ha sucedido en los últimos tres minutos. Tenía casa y ya no la tiene. Todo ha sobrevenido como una riada, como un cataclismo. Se vuelve a posar en la barandilla. Trato de convencerla de que no tiene nada que hacer allí, primero con un par de frases persuasivas; luego de nuevo con dos improperios. Sólo un taimado pudo escogerla para simbolizar la paz. No es pacífica, sino mansa e interesada, y no comprendo cómo no las envenenan a todas las que hay en Madrid o en Venecia con estricnina mezclada en el trigo… Sólo en el cielo, volando, parecen otra cosa, algo sagrado quizá, la música de un clave, la sirena de un buque, las lágrimas de un ciego.

APOYÁNDOME en la cita de Fortunata «vivía dos existencias, la del pan y la de las quimeras», se me ocurre que podría ser un buen título para algo. Tal vez serviría para un libro de Benjamin sobre Euzkadi zur: «El pan y las quimeras». Otros libros que Bergamín no escribió: «Tentar al diablo». Otro, sobre temas taurinos: «De vuelta y media». Otro, de Moreno Villa, que mereció ser de Bergamín, aunque fue Gaya quien lo vio mejor: «Pobretería y locura». Otro: «Las malas pulgas». Otro: «La puerta falsa». Otro: «San se acabó o los galopines de Guetxo». Otro, de coplas: «Harina de otro cantar». Otro: «El chocolate del loro real», éste sobre los Borbones, o mejor: «Sota, caballo y Rey».

EN un periódico se anuncia, con maracas, un suculento epistolario inédito de Larbaud, J. R. J., Cocteau y otros. Asomarse a estas cartas abochorna de tal modo que seguramente los huesos de todos ellos se están revolviendo de ira en la tumba.

La cultura moderna resulta de una beatería ridicula. Terminarán por publicar facsímiles de los billetes de tranvía que usó Joyce o las facturas que pagó Proust a sus médicos. A falta de literatura, están poniendo una tienda de recuerdos religiosos, como las que se ven cerca de la Plaza Mayor.

Las cartas que con tanto escándalo anunciaban en primera página no tienen desperdicio. «Querido X. —se dice en una de ellas—, me es imposible acudir a la cita que teníamos concertada. Ya se servirá usted indicarme el momento en que podremos vernos. Suyo siempre XX.». Si la carta fuera, pongamos por caso, de Hitler a Pío XII, yo creo que tendría cierta importancia histórica. Ahora, tratándose de escritores de los que maldita la falta que nos hace saber si se llevaban bien o no, es cosa ridicula publicarla, a menos que sea uno un personaje de Moliere. Yo me comprometo a escribir epistolarios de ese tenor para cualquier periódico del mundo que lo solicite. Pero no cartas a Cocteau o de Larbaud. No. Cartas de Goethe, de Confucio, de Virgilio, picando alto, por arriba, a lo grande.

PARECE que todos se han puesto de acuerdo para publicar epistolarios de gran profundidad estos días. Ahora el epistolario es uno entre Dalí y Lorca, unas cartas de colegiales, a las que sólo les falta la banda azul de buen comportamiento.

Uno piensa en epistolarios y recuerda los de Kafka, los de Rilke o Beethoven donde las ideas, obsesiones y pensamientos arden con una llama intensa. En las cartas de Dalí, como en las de Lorca, no se lee, sino que se miran puñeterías, almidones, chorreras. Son vitolas de puro.

La culpa naturalmente no la tienen ni Lorca ni Dalí, pero ni uno ni otro iban a suponer que un día en España sobraría dinero para editárselas.

Si esto lo pagara un señor de su bolsillo, no diría nada. Pensaría, lo mismo que cuando veo que un particular se atraca de sesos fritos: buen provecho. Pero que haya todavía en España analfabetos es lo que transforma eso de un snobismo en una inmoralidad.

TODO se apresta para celebrar el Congreso de Intelectuales y Artistas Antifascistas. Tapándose en la justicia histórica, asoma el hocico de la revancha. Se anuncian con alegría los actos y hasta Alberti, al que la vida ha dejado un rictus antipático («¡En lo que nos convertimos!», que diría la portera de Gutiérrez-Solana) se ha atrevido a decir que no irá. No se sabrá nunca por qué piensa así, si porque añora el del 37, es decir, la guerra, o porque añora la victoria.

El entusiasmo es siempre un malentendido. Me lo veo venir.

Hasta los que se han vuelto moderados o de derechas con el tiempo, tipo Paz, hablarán de que hay que ser consecuentes con el pasado. ¿Consecuentes por qué? ¿La vida es una mecánica con antecedentes y consecuentes? Desde el episodio de Caín se ve que la vida guarda siempre poca lógica y gana el astuto o el malvado. Se dirá: «Pero a Caín se le maldijo». Bueno: pero Caín, maldito y todo, siguió vivo, aunque errante. En cambio a Abel nadie le devolvió la vida con bendiciones. Al justo sólo le está reservado un papel de pasmarote en la película. Algo para dar color, y basta.

A mí me gustaría escuchar ahora a alguno de los que eran stalinistas entonces. No creo que nadie haga esta confesión en el congreso: «Nos equivocamos». Pues no. Dicen: en 1937 no se podía ser otra cosa. Eso es mentira. Hubo mucha gente que no fue stalinista. Los del POUM, por ejemplo.

Con toda seguridad hablarán de Antonio Machado y su ejemplo admirable quedándose en España. De acuerdo. Pero no hablarán de los intelectuales que, aun estando de parte de la República, no quisieron saber nada de todo esto y se marcharon al comenzar o a mitad de la guerra: los J. R. J., Cernuda, Ortega, Baroja, Azorín, Falla, Ramón. ¿Se fueron sólo por miedo, porque peligraban sus vidas? De eso hay que hablar. Todos los españoles que no hicimos la guerra nos hemos preguntado en alguna ocasión en qué bando habríamos estado. Yo hay días que me digo: en Madrid, al lado de los mejores. Pero al poco rato me parece una insensatez y creo que me habría ido lo más lejos posible.

He oído tantas veces hablar de la guerra a mi padre y a mis tíos, que durante años he tenido esta única nostalgia: no haber estado en aquella maldita guerra, al lado de los rojos, para poderle decir, no a mi padre (esa edad se me pasó), sino a mí mismo: «Basta». Porque desengañarse de la victoria, como Ridruejo, es algo al alcance de cualquiera con dos dedos de corazón. Lo difícil es olvidarse de la derrota.

Entre otras cosas, porque una derrota es siempre una buena causa. Aquí, con los republicanos, o ayer, con los sudistas americanos, unos a favor de la libertad, y otros a favor de la esclavitud. Y hay que conocer la tormenta de esos dos sentimientos, para poder olvidar.

Durante unos años hubo en España muchos que desearon la

victoria del Eje. Para que comprendamos su equivocación añaden que la deseaban porque desconocían las monstruosidades de los campos, y que los nazis hacían jabón con los judíos. Naturalmente lo desconocían. Pero no se dan cuenta de que lo monstruoso es justamente no haber deducido aquellas aberraciones por mil pequeños indicios que publicaban todos los periódicos. Pues no. Hace unos años perdí las mañanas de dos hermosos meses en una hemeroteca. Leí entonces en un periódico de Madrid la noticia de la invasión de Polonia redactada de esta manera: «Alemania responde a la agresión e invade Polonia». En otro periódico viejo me encontré con esta noticia: «Stalin lanza en paracaídas señoritas políglotas elegantemente vestidas tras las líneas alemanas. No le ha salido la treta». Los que se creían cosas así en 1940 no tienen derecho ninguno a justificarse en 1947 diciendo que desconocían lo de los campos de gas, ni en 1987. Se supone que la del hombre es una inteligencia deductiva.

Yo llevaría a todos esos congresistas no a Valencia. Valencia ahora es una ciudad que tiene bastante con las Fallas y la Feria Internacional del Juguete. Valencia entonces era una ciudad en guerra y llegar a ella desde París o Londres en 1937 supongo yo que sería expuesto. No. Yo a todos estos que dicen estar muy afectados por el congreso antifascista de entonces, los llevaría a Beirut y les pondría a hablar de la violencia, la guerra y el compromiso, entre el fuego de las falanges cristianas y de los sirios.

Por otra parte me aburre que me mata tanta conmemoración. Sea la toma de la Bastilla, la puesta de largo de Frascuelo o la Jura de Santa Gadea. Cuando se conmemora el pasado es, para decirlo con una frase estupenda en plan Max Estrella, porque el presente es un asco.

AL pasar por Amor de Dios, me llegó un olor humilde a tortas con aceite. Un poco más allá, había una agencia de viajes, con un cartel de Suiza. ¡Qué pena me han dado de pronto los suizos sin tortas con aceite! He estado a punto de hacer algo.

Los gatos son tristes y lo peor de todo es que huelen igual que los que tienen gatos. Con un perro uno puede llegar a entablar cierta amistad. Con un gato nunca. A todo lo que se llega con ellos es a una relación interesada, ese trato ambiguo entre dos socios de una misma empresa: un día salen juntos a tomar copas, pero al otro

vuelve cada cual a la hostilidad o la indiferencia, lo que se complacen en hacer muy patente.

No sé por qué razón uno admira más a las personas que tienen carácter de gato, pero se lleva uno mejor siempre con los que se parecen a los perros.

ALGUNA gente son carne de manifestación, carne de sindicatos. En cierto sentido a mí me da igual que los obreros que están ahora en mi casa trabajen o no. Yo apalabré el presupuesto y me da igual que tarden cinco horas que dieciocho. El pan que éstos se van a comer hoy se lo están robando a su jefe. Para poner tres azulejos han tardado toda la mañana. Se quedaban mirando la labor y sentenciaban: «Esto está menos recto que una cuerda en el bolsillo». Yo les pregunté si no podían ir más deprisa y me contestó uno que no de una manera borgiana: «Esto es un laberinto». Me callé y me fui. Tal vez en otra época les hubiera entendido. Ahora no. No les entiendo. Por eso no puedo compadecerles. Son afortunados: seguramente odian su suerte, pero comen de ella.

AL volver a casa —hora de la siesta—, apretadas contra la sombra estrecha y azul de la calle, dos monjitas. A los curas, cuando nos caen gordos, les decimos curitas. En cambio a las monjas, cuando nos caen bien, las llamamos monjitas. Estas eran pequeñas, casi enanas. Tenían ambas una cara del XIX, hinchada bajo la toca, como unas tortas, con ese lustre que da la castidad. Cara de pueblo, de reposteras, de criadas. Al fin eso son: siervas. Marchaban las dos con pasitos muy pulidos, como si corrieran, como si huyeran del demonio.

Venían susurrándose algo. Al pasar a mi lado bajaron la voz, pero llegué a oír que iban rezando el rosario. Lanzaron los ojos al suelo y las vi detenerse en uno de esos viejos y rancios palacios de Madrid con una puerta cochera para carruajes pintada de verde espinaca. La encontraron cerrada y trataron de llamar golpeando la aldaba, que apenas alcanzó una poniéndose de puntillas. Me volví para observarlas mejor. Dos manchas negras, unas tocas blancas y sus rostros feos y felices.

Luego, a última hora de la tarde, cuando había refrescado un poco, salí a dar un paseo y me tropecé con un ciego, uno de esos ciegos que vuelve a la ONCE a rendir las cuentas de los cupones que ha vendido. Venía castigando la acera con su palo y levantaba la

cabeza al cielo para husmear los vientos y ver por los dos agujeros de la nariz.

Echaba el bastón hacia adelante, como si entrara a matar. Describía con él, mientras avanzaba, semicírculos de guadaña. La gente que pasaba a su lado protestaba, doliéndose de las canillas, pero al ciego eso le daba igual, porque a dos o tres les soltó un taco de carretero.

Monjas, ciegos… Sólo me falta un par de militares. A ésos no les he visto. Como los militares españoles son muy trabajadores, estarían todavía trabajando.

AL toparnos esta mañana con el vecino, tanto M. como yo hemos pensado en Galdós.

Es un gallego que lleva en Madrid cincuenta años, pero sigue hablando como si hubiera dejado ayer mismo La Coruña. Todas las semanas le envían unos cuantos periódicos y revistas de Galicia y si se habla con él, se ve que no ha dejado nunca de estar al corriente de quién era el alcalde de Ribadeo o el gobernador de Vigo hasta el día de ayer. Antes de jubilarse hace unos meses fue secretario de la Audiencia, pero lo han retirado. Esto ha sido un golpe bajo. A él le gustaría trabajar, aunque no le pagaran. Seguir yendo todos los días hasta el Tribunal Supremo, saludar a los conserjes y dar unas palmaditas a los colegas y recibir otras tantas de ellos, de modo que cuando su espalda hubiera cargado un buen número de estos palmetazos pudiera volverse a casa andandito, cruzando por Bárbara de Braganza, Conde de Xiquena y luego, hala, el cocidito.

Es un buen hombre, lleno de manías, pero un buen hombre. Cuando se cruza en las escaleras con mis hijos, les hace unas fiestas en el pelo, pero mis hijos consiguen escabullirse y salir corriendo. La jubilación o la próstata le hacen renquear y los años le han pintado la cara, sonrosada, con una manchas de color café con leche.

Galdós está lleno de tipos así, pero no creo que a nadie le interesara leer ni siquiera una página sobre un hombre de este porte. Empezando por ésta. La vida de los hombres es siempre muy parecida. Las pasiones, las locuras, las servidumbres, son siempre las mismas. La moda es la que cambia los vestuarios, los decorados y maquillajes. Un exsecretario de la Audiencia hoy no es nadie. Un tipo duro, alguien acanallado, un imbécil que se acuesta con la

mujer de su amigo debajo del póster del Guernika, un policía a lo Hammett, con poca verosimilitud, ésos sí tienen porvenir. Ahora, un pobre viejo gallego ya no interesa. Algunas noches oigo a las dos o las tres de la madrugada, muy lejano, el monótono oleaje de un transistor. Se oye como se oyen en la vastedad y silencio de las noches esos programas absurdos que escuchan miles de gentes absurdas. Supongo que tiene insomnio. Muchos viejos lo tienen. Al día siguiente me lo encuentro en la escalera. Se ve que querría pegar la hebra conmigo, porque trata de cerrarme el paso. A mí me gustaría preguntarle cosas de Ribadeo o de Vigo. Quizás de la Audiencia, de donde viene de visitar a los compañeros que tienen la suerte de no haberse jubilado todavía. Me gustaría pararme un rato con él, pero le digo adiós, al tiempo que bajo de dos en dos los peldaños, haciéndole creer que mi vida es un eterno frenesí.

Los intelectuales de izquierda son cirio de cofradía. Cuando les aseguras que el diario de Albert Speer, con sus dosis de mentiras y verdades, es bueno, les falta poco para santiguarse, como el que está delante de Belcebú.

Pero también son lábiles como la cera. Se han tenido que ir tragando a los escritores fascistas como quien toma píldoras: de una en una, por si les hacían daño. Primero Céline, luego Drieu, Sachs, Dominique de Roux, Brasillach, Pound, Benn, Borges, Montherlant. En el fondo reaccionan hacia los escritores de derecha de la misma manera que los párrocos ante la Sagrada Congregación del Índice. Luego observas que tratan de sorprenderte por la retaguardia con alguna cita de Jünger, que vocalizan con sonrisa de beneficiado. Para entonces tú ya has vuelto a alguno de los maravillosos poemas de Bertolt Brecht.

SE fueron infieles toda la vida, en la enfermedad y en la salud, en la juventud y en la vejez.

SUPONGO que España necesita por ahora un rey como el borracho una farola, pero de ahí a decir que las farolas tienen don de gentes, hay un trecho.

HE perdido toda la mañana en el Rastro con otros que andaban por allí. Parecíamos todos sisleros, merodeadores. Algunos escarbaban, con desconfianza, en un lote repugnante, pero eran pocos los que pedían precio. Todos teníamos aspecto de peristas. Las cosas, amontonadas en el suelo en una mezcla informe, no eran

más que mondaduras y desperdicios.

El botín venía de un tal Solimán. Una vez más la realidad superaba al arte. Según el rastrero el tal Solimán había sido un turco, alguien en Barcelona con cierto mundo. Entre las pocas cosas de valor apareció un catálogo pintarrajeado con un monigote autógrafo de Dalí y dedicado por el pintor. Pero nadie se atrevió a comprarlo porque todos temieron que podía ser falso. Esa es una cosa paradójica. A menudo lo falso pasa por verdadero y cuando algo sale legítimo, nadie se decide a mercarlo porque no se encontraría dispuesto a poner la mano en el fuego. Para saber si un Velázquez es o no verdadero, basta con dar unos pasos hacia atrás, haber visto cincuenta Velázquez y comparar: saltaría a la vista. Saber que no es falso un Dalí, es privilegio que no tiene ni Dalí.

El resto era una costra, colchas de ganchillo y ropa que olía a asilo; enchufes, cajas de cerillas vacías, botones, un tresillo de eskai y dos gramolas que a juzgar por su aspecto habían rodado por el frente ruso.

Para rentabilizar la mañana, quise saber más de Solimán, adoptando el aire de un novelista en la cantera de la vida, pero el rastrero estaba para poca oratoria y me ha contestado con evasivas. De modo que me he quedado por allí, mirando, fijándome en la gente.

El dueño del lote regateaba como un moro. Empezaba pidiendo quince y terminaba dándolo en dos. A uno le pidió veinte mil por cuatro o cinco cosas y allí mismo a otro que le preguntó precio por lo mismo, le tiró a la cara con bastante insolencia treinta mil. «A ése le has pedido veinte», protestó. «Sí —admitió el rastrero—, pero ése era un precio de negocios». Me he quedado sin saber a qué se refería con una definición tan compleja.

A las dos horas la gente se fue marchando. No lo hacía de una manera decidida, sino como lo hacen los cuervos que picotean en la carretera uno de esos perros o gatos que atropellan los coches. Se alejaban unos metros, pero volvían al cabo de un rato. Cuando se daban cuenta de que ya no podían arrancar aquellas piltrafas del suelo, les vi marcharse, con las manos en los bolsillos, la cabeza metida en el pecho y una silueta borrosa y negra.

HE visto unos cuadros de Sickert por primera vez en mi vida en un catálogo; me los ha enseñado el tipo más esnob que haya

conocido nunca. Al confesarle que a ese pintor nunca lo había oído mentar, me ha mirado como si yo acabara de llegar de las Hurdes de 1920… Ha debido pensar que yo era un *parvenu*, palabra que sabe pronunciar como sólo la pronuncia el que teme que alguien pueda llamárselo un día.

Me han gustado mucho, pero he procurado no dejarme llevar por las primeras impresiones, porque tengo experiencias desagradables al respecto. Un día (ahora sí puedo decir, como un *parvenu*, que fue hace muchos años) descubrí a Hopper en un libro. Aquellas gasolineras desoladas, aquellas calles vacías y provincianas; aquellas mujeres sentadas en hoteluchos sórdidos, en combinación, frente a su maleta abierta de par en par, todo aquello me gustó mucho. Luego vi algunos cuadros al natural y me parecieron peores que los peores cartelones de cine de la Gran Vía, que es lo que son. Reconocía en ellos el tema, como se reconoce en Magritte el tema, el asunto, pero la pintura era, como en los Magritte, una castaña. Yo no trataría de convencer a nadie de lo que me parece, pero sé que muchos me reprocharían que dijera lo que me parece en público. No sé por qué. ¿Les quito yo a ellos de que les guste? Pues entonces.

A veces me he encontrado con alguien más o menos famoso que dice: «El Quijote» es un tostón. Yo por eso no me ofendo nunca. Al contrario. Sabe uno mejor con quién está tratando.

De las intuiciones unas salen bien y otras no. Con Field hubo suerte. Con Balthus también. Con Hopper no. Con Sickert, ¿quién sabe?

PARA hacerse creer, no hay que contar nunca toda la verdad. Sin mentira no hay verdad que resista.

HE encontrado esta mañana en un librero de la calle del Prado los seis primeros cataloguitos de las exposiciones del Salón de los Once de la Academia Breve. He echado una ojeada a los nombres y me sorprende que la mayoría hayan desaparecido del mapa. Algunos incluso parecen una invención de mal novelista, como ese José Trucos o un tal Modesto Ciruelos, que debieron existir porque don Eugenio
d’Ors
era un hombre con humor, pero sin imaginación.

También he repasado por ociosidad la lista del patronato de la

Academia y veo, además de los artistas, a muchas marquesonas y condesas, lo mismo que a mundanos de la época. He leído alguno de los textos que sirven de pórtico a las pinturas. Los de
d'Ors
son igual que casi todo lo suyo de última época: se le montan como la nata y curiosamente se parecen mucho a la parodia sobre los críticos de arte que él mismo escribió en las dos últimas y memorables páginas de *Cuando ya esté tranquilo*. Lo demás son gacetillas, notas de circunstancia de críticos que están llenos de fe y entusiasmo por obras que creen descubrir.

Luego pasan treinta años y hasta los nombres nos parecen una comedia triste o una tragedia cómica. Algunos dirán: en esos salones expusieron Tapies o Vázquez Díaz o Zabaleta. Por eso.

¿Por qué razón a una inteligencia potente y ática como la de
d'Ors,
cuando sueña en un pintor le sale Zabaleta? Querer ser Zeus para dar a luz por los sesos a Atenea, se comprende. Ponerse a lo mismo y parir a Zabaleta, es una cosa seria.
D'Ors
llega incluso a imaginar que Zabaleta es la continuación y quién sabe si superación de Cézanne y Picasso. Bendito.

Algunos días entresaco de la biblioteca alguno de los tomos rojos y rechonchos de su glosario y le leo dos o tres horas y eso me hace comprenderle, admirar y disculparle este caldo frío que hizo con el arte.

AGOSTO. Sábado por la mañana. Hace tan buen tiempo que los balcones están abiertos como las maletas de Hopper. Deseos de emprender pronto un viaje. Pero no puedo. Y así, leyendo, tendido a mis pies el tapiz del sol, paso una hora, hasta que de pronto algo viene a perturbarlo todo. De alguna parte me llega un olor a humo de leña de encina. Y aspirar en Madrid, en pleno agosto, eso tan montaraz y solitario que es el olor de la leña de encina, me hace dejar en la mesa el libro y buscar con precipitación este cuaderno y escribir apresurado estas líneas, como si estuviera de mi mano dejar ese perfume entre estas hojas, como se deja secar una violeta entre unas páginas viejas y queridas…

Como es sábado no hay ruido de coches en la calle y ese olor a leña termina por desvanecerse, que es lo contrario de envanecerse,

en un silencio civilizado. Es decir, se pierde tal como vino, sin avisar, dejándonos su pensamiento y su eco. Sólo entonces me asomo al balcón por si le veo partir, por si intuyo de dónde vino. Pero sólo veo, al fondo de la calle, la cúpula de Santa Bárbara, blanca, llena de medallones barrocos, y algunos paseantes provincianos, ociosos y lentos.

Voy a escribir esta última línea. Miro hacia donde hace un rato entraba el sol tendido a mis pies, como la alfombra del mediodía. También ha partido, como en un cuento de las Mil y Una Noches.

EN estos últimos meses el deseo de viajar se hace tan intenso, que llegamos a sentir incluso esa clase de nostalgia venenosa por ciudades en las que nunca hemos estado.

No deseamos un viajar frenético ni desplazamos a lo largo, sino a lo hondo. La posibilidad de llevar en París la vida que llevamos en Madrid. Algún viaje de ésos a la Europa del centro, como si nos llegáramos a Cáceres, a Las Viñas. Tal vez permanecer en lugares que conocemos de sobra, pero que siguen desnudándose, como Venecia, cada noche de una manera diferente. Las ciudades no llegan a entregarse del todo, hasta ese día en que nos desocupamos de ellas, hasta ese momento en que dejamos de observarlas como algo ajeno a nosotros. Hasta ese momento en que permanecemos a su lado no para poseerlas, sino para aceptar con ellas un tiempo común, o mejor, la huida del tiempo.

A veces como posibilidad soñamos con una vieja casa en el campo toscano, a un tiro de piedra de Siena o de Lucca o de Florencia. A un tiro de piedra de todo. A veces añoramos la lluvia persistente en un pueblecito de Escocia, uno de esos pueblos con un *pub* de luz dorada, perezosa, gatuna. Es difícil resistirse a un *pub* cuyo nombre, colgado de la puerta, resuene de una manera tan stevensoniana: «La taberna del cojo», «El papagayo verde», «La yedra de oro».

Pienso en todo ello sin necesidad de escoger ni decidirse por uno u otro lugar. Como si la belleza distinta, de temperamento diferente, que hay en cada lugar de éstos, pudiera mostrársenos al mismo tiempo: un gran roscón de reyes, cuajado de joyas escarchadas, un lugar en el cual, escondido, sepultado para nosotros, se encuentra ese misterio sorprendente.

Todo esto son literaturas, fantasías. Lo cierto es que en Madrid

el calor ha venido este año a destiempo y la gente anda ya desgobernada. Por la tarde nadie se atreve a salir de casa antes de las ocho o las nueve, cuando el calor se toma comprensivo. Por la noche muchos, sobre todo los viejos, azotados por el insomnio, duermen con los balcones abiertos.

Desde la cocina veo, en una casa vecina de la que me separa un patio estrecho, sin luces y gris, a un hombre en camiseta, frente al televisor, con un botellín de cerveza en la mano. Tiene la casa a oscuras y sólo se le ve a él bajo los fogonazos de esa luz blanca y negra de la televisión. A veces me quedo mirándole. Más que verle, presiento el volumen oscuro de su cuerpo, la chispa triste de sus ojos. A veces nuestras miradas se cruzan y se encuentran en una tierra de nadie, suspendidas en el aire, a cuatro pisos de altura. Nos observamos en silencio. Podríamos hablarnos. Nuestras voces se oirían perfectamente y nos conocemos desde hace años. Pero nunca nos hemos dirigido la palabra, ni para decirnos buenos días. Nada.

De otras ventanas, quién sabe de qué lugares, llega el mismo sonido de televisores puestos muy altos. Es una batahola única conforme, de televisores sintonizados todos en la misma emisora.

El hombre en camiseta, molesto sin duda, se levanta, se dirige hacia la ventana y sin mirarme, sin querer verme, la entorna sosteniendo todavía el botellín de cerveza en la mano. Le conozco muy bien. Son años de verle sentado ahí, frente a su televisor, sin hablar a nadie, porque no puede llamarse lenguaje a eso que a veces he oído que emplea con su mujer, o su criada, o su asistenta: una como desagradable constatación de su presencia. Si me lo cruzara en la calle, vestido, caminando, estoy seguro de que no lo reconocería, porque variaría la perspectiva. Desde aquí somos viejos enemigos que practicamos el modo más cruel del conocimiento: la indiferencia.

CUÁNTA decepción al releer el *Casanova* de Arthur Schnitzler, que recordaba mal. Después de «La ronda» de Max Ophuls, yo creí que estaría garantizada una tarde, al menos una tarde, de balanceo intelectual. Uno a veces busca ese mecerse sin voluntad. Naturalmente es un buen libro. Sólo que no es más que eso: inteligente. Le falta todo lo demás, que en arte es más del cincuenta por ciento.

Una pintura muy veneciana, al estilo de Tiépolo. Tiépolo, sobre

todo Gian Battista, es admirable, pero en frescos, ayudado por techos que están a siete metros del suelo, en gobelinos, arropándose en mesas de mármol y bronce, acogidos a ese temblor de las arañas de Murano.

Está bien para biombos. Está bien para una intriga o presidiendo un baile de trescientas personas. Es esa clase de pintor que los franceses habrían dado todo por tener en su barroco. Tuvieron que conformarse con Sert, doscientos años después.

Los apuntes de Schnitzler son, como también los de Tiépolo, esas joyas que tienen el sabor inane de una infidelidad sin consecuencias.

DICE X., que es un escritor muy sabio, que debemos dar gracias al cielo por no tener éxito. Según él, acostumbrados a esta medicina, que es amarga, estaremos a salvo de creernos algún día que somos X., en su caso, o yo, A. T. Visto así, puede. Pero qué maravilla ir por provincias soltando conferencias; o leer el pregón de los carnavales; o atracarse de marisco a costa de un director general y acostarse con su mujer, y si esto fuera heroico o imposible, mirarla el escote sin disimular y riéndose uno mucho y palmeando sus muslos con carcajadas berberiscas. El olvido y el fracaso están bien, pero qué duro renunciar a escribir en las terceras del «ABC» artículos sobre Salvador de Madariaga.

QUIERO creer que, a lo largo de la historia, los poetas no hacen otra cosa que escribir un único libro. El mismo libro, con letra diferente, y con un argumento común: los sueños y la muerte.

Algunos, los menos, tienen la suerte de completar ellos solos un capítulo. Otros no dejarán más que unos pocos versos. La mayoría, seguramente, tendremos que contentarnos, como aquellos legos medievales, con dejar una buena letra capital o una orlilla. Quién sabe si no valdremos más que para raspar el pergamino. En fin, eso es lo que hay, y mientras nos toque ese papel, bueno está, porque siempre será preferible eso que haber nacido para echar los borrones que siempre tienen que caerse.

Le comento estas ideas, que creo más o menos originales, a un amigo y me proporciona el dato de que ya están en Novalis. Borges, al parecer, que también pensó algo parecido, también las tomó de Novalis. No lo sabía, pero me parece una maravilla que estas cosas afloren sin premeditación, porque da igual quién sea o no el

primero:

Crepuscular, machadiano…
Quién sabe dónde está el hilo
de un laberinto tan largo.

Veo que es difícil llevar la vida a las ideas, a las intuiciones de tono intelectual. Uno tiende siempre a hablar con palabras ajenas, no tanto por comodidad, sino por timidez. Todas estas cosas he tenido que hilvanarlas para un artículo, que habrá quedado, me temo, frío e intelectual. Pero el núcleo de donde partió era real y mío, sólo mío. Se remonta a la primera visita que hice, durante el bachillerato, al monasterio de San Millán de la Cogolla. El monasterio, en medio de los campos de viñas recién podadas, escuetas como esas tintas japonesas, tenía todo él el color, la transparencia, de una gota de resina.

Dimos unos paseos por los alrededores al atardecer. Desde un bosquecillo que hay en alto se domina bien el convento y aquella llanura que se derrama con la cadencia de la cuaderna vía. Me senté un rato. Había un silencio absoluto: ni coches, ni voces, casi ni pájaros. Desde donde yo estaba, se veían las celdas de los frailes y en una a un fraile inclinado sobre su mesa, escribiendo. La lámpara, un flexo barato, doraba aquel recinto. No era de noche todavía, de manera que aquel resplandor de oro era un lujo, más que una necesidad. Me pareció ver en él la sombra de Berceo.

Desde entonces he tenido la imprecisable certeza de que aquel manuscrito empezado por Berceo, y recogido a su vez de Virgilio y de Horacio, no ha sido terminado aún. Con peor o mejor letra, ésa es la tarea en la que aún seguimos. Sin humildad, sin obediencia, sin grisura, es imposible ponerse a ese trabajo. Siempre hay cosas mejores en que gastar los años. Aquella visión, imborrable, de una vida antigua asomando a una vida presente, como esos textos que emergen de los pergaminos desde un estrato inferior a un estrato superior, como ese ahogado, que sube a la superficie después de un tiempo; aquella visión de Berceo llevando de la mano a aquel fraile, me dio la idea de una tarea no concluida. Porque en todos los lugares del mundo hay un San Millán de la Cogolla, y un atardecer antiguo, y un muchacho que asiste maravillado a ese milagro de asomarse a una vida que es la nuestra y no es nuestra, a ese milagro

del azul de la noche.

Hubiera sido mejor haber contado todo esto en el artículo. Pero no era esto lo que me pedían. ¿Y qué derecho tenemos de dar aquello que no nos piden?

EL olor de los geranios, áspero y seco, no termina nunca de pertenecerle a esas macetas del balcón, como si hubiera, dentro de la misma planta, dos realidades desconocidas entre sí, la del perfume y la de las flores. En cierto modo, el mundo está habitado, sobre todo, por gentes que podrían ser geranios.

HAY lugares de una ciudad en los que nunca reparamos, en los que jamás nos detendríamos… hasta un día. Son lugares de los que hemos prescindido por uno de esos prejuicios tontos, como por prejuicios prescinde uno de músicos, escritores, pintores durante años… hasta un día. Entonces, como hoy, uno se sienta en uno de los bancos que tiene a la espalda el monumento a Cervantes de la Plaza de España. Hace calor, riegan el césped, y uno no sabe muy bien cómo ha llegado hasta allí. En otro banco, unos cuantos jubilados, con las piernas estiradas, hablan sin volver la cabeza, con la vista perdida en los transeúntes. Su mirada es como ese corcho de los pescadores de caña, los inmóviles pescadores de caña. Lo lanzan y la corriente, muy lenta, lo va bajando. Y luego, otra vez arriba, abajo, y el corcho en esa deriva segura del sedal. Era todo tan natural que no he tenido que pedirme siquiera ninguna cuenta para quedarme allí sentado, a la sombra, más de media hora. No estaba siquiera cansado y también yo me concentré en un perro lobo cuyo dueño le lanzaba una pelota de tenis. El animal, casi un cachorro, no dejaba siquiera que tocara el suelo, corría, recortaba la trayectoria de la pelota y se la traía en la boca al dueño que volvía a lanzarla en otra dirección. Me he dado cuenta de que el hombre necesita de vez en cuando estos movimientos seriados no sé si para tranquilizarse o para filosofar: el oleaje del mar, las evoluciones de un fuego, las ondas que hace el curso de un río.

Después he ido dando un paseo por Bailén hasta llegar a la Plaza de Oriente. También ésta es una de esas plazas por las que uno pasa, pero en las que uno no se queda. En una ciudad como Madrid son muchas las cosas que uno se prohíbe. En cierto modo la vida en una ciudad grande viene a ser como uno de esos regímenes de comida cuya eficacia ignoramos, pero que seguimos con

supersticiosa escrupulosidad… Hasta un día en que probamos aquello que más nos teníamos vetado: un paseo, una plaza ignorada, unas calles tranquilas.

Qué felicidad llevar, siquiera una mañana, la vida de los mendigos, de los soldados que no saben qué hacer con su día de permiso, de las mujeres que se sientan en los bancos públicos y se descalzan y se miran con ternura sus pies doloridos, porque el mundo para ellas son sólo sus pies…

Qué hermosa es esa plaza, donde no falta de nada, ni cedros de cien años ni parejas de novios. Frente a mí, sentados en la hierba un chico y una chica, muy jóvenes, componían un bonito grupo. Se miraban a los ojos uno muy cerca del otro, a menos de un palmo. No se besaban, no hacían nada más que mirarse. Se conoce que estaban en esa etapa de reconocerse en el amor. No miran al otro, sino que se miran a sí mismos en el otro, como esa niña que se pasa las horas muertas sentada en el tocador de su madre mirándose, remirándose, no por narcisismo, sino por observación.

Al poco rato noté que también me estaba mirando a mí una mujer, sentada en una mesa de la misma terraza donde yo estaba. Me di cuenta entonces, pero supe, como se saben algunas cosas, que me llevaba mirando un buen rato. Quise entonces encontrarme con su mirada, no para retarla, sino para saber lo que aquella mujer había encontrado en mí. Y lo mismo: no tanto por narcisismo como por observación.

Es impagable ser sujeto de tantas vidas. Ni siquiera lo que ocurrió hace cinco minutos después tuvo ya importancia.

ME he encontrado ayer por la tarde en la calle con una compañera de la universidad. Al principio, en ambos, prendió cierto entusiasmo, que se fue marchitando vertiginosamente. A los cinco minutos ya nos habíamos contado todo lo que le había sucedido a cada cual en los últimos doce años. Un silencio. Luego unas frases, unos coletazos de conversación y otro silencio. Ninguno de los dos quiso abordar la despedida, pero ambos la deseábamos. Cuando por fin decidimos decirnos adiós, comprobamos con espanto que los dos íbamos en la misma dirección. He leído en la expresión de su cara, como ella debió leer en la mía, que ninguno iba a decir aquello de «te acompaño». Nos hemos dicho adiós, hemos caminado juntos cinco o seis manzanas de casas sin despegar los labios y en una

esquina hemos vuelto a repetir el adiós a una distancia ya el uno del otro que impidiera volver a darnos un beso; levantando ligeramente la mano; mirando a la calzada, como el que pone toda su atención en cruzar una calle.

AYER por la noche nos asomamos a dos o tres terrazas de la Castellana. Se ve que la gente va más que a pasarlo bien, a contribuir a que eso siga estando de moda.

Nos hemos encontrado a dos o tres conocidos, ese tipo de sujetos un poco imbéciles que se pasan la vida en todos los saraos. Cuando te los topas, se apresuran a confesarte:

—Yo ahora no salgo nada. Hoy estoy aquí de casualidad.

Yo no. Cuando me encuentro con alguno de esos personajes patéticos de la noche, les digo que yo, en cambio, no hago otra cosa últimamente que ir de juerga. Hasta las cuatro, hasta las cinco de la mañana.

A mí me hace mucha gracia eso. Pasa lo mismo que cuando te encuentras con alguien que después de decirte que ha visto algo en la televisión, se precipita a disculparse:

—Bueno, en realidad yo no veo televisión, pero ese día me encontraba por casualidad en casa, estaba leyendo a Hobbes y los niños, que ya sabes que la televisión les encanta…

Se les ve sudar como si tuvieran que confesar su primera masturbación. No creen que eso revista mayores peligros, pero no se han desprendido todavía de la superstición: seguramente piensan que ciertas prácticas embotan el cerebro y nos siembran de granos.

AL pasar junto a una obra de la calle Ruiz de Alarcón, oí que discutía un peón muy joven con el que parecía el maestro o el contratista, porque no dejaba de pegarle voces y levantar los puños.

Me resultaba violento plantarme delante y seguí andando, pero me hubiera gustado. Me gusta meterme en donde no me llaman, pararme delante de los charlatanes y si tuviera dinero, perderlo en esos estafadores que montan una mesita en una esquina y hacen juegos malabares con tres cartas, una bolita de papel y tres o cuatro ganchos que no hacen más que mover las cabezas a uno y otro lado muy deprisa, como los avestruces, para vigilar si viene la policía.

Pero antes de seguir pude llevarme conmigo la frase que le

tiraba al chico el maestro de la obra.

—¿La cal? ¿Me vas a decir tú a mí lo que es la cal? Pues para que yo te diga —oí a mis espaldas—: la cal es como el átomo. Puede durar cien años o incluso más.

Yo seguí andando y luego compré unas flores. La frase, que encuentro genial, me ha parecido definitiva. De haber sido yo el maestro, habría dicho la misma frase, y de haber sido el peón estoy seguro de que me habría parecido bien lo que me decía el maestro. Lo hubiera entendido y no lo habría olvidado nunca.

MONTAIGNE, Gracián, Pascal, La Rochefoucauld, Chamfort, Leopardi, Nietzsche, Juan de Mairena, Pessoa, Benjamin, la filosofía del pobre. Sus principales enemigos son los filósofos que ven en ellos la vida, el dolor y los sueños, y nadie tan enemigo de la vida y de los sueños como los filósofos: desde Hegel a Heidegger, gentes inhumanas, teólogos y palaciegos.

HE encontrado el paisaje de El Escorial más grandioso que nunca, todo él moteado como un animal silvestre de piel rara, tal vez un lince. Se veía el campo seco del verano, dorado, con verdes agostados y algún trozo de un color de rosa seca. Rumiaban, arrodillados junto a las cercas, algunos toros negros. A lo lejos estaban las encinas oscuras y detrás el Monasterio, que temblaba en una gasa evanescente y azul. Que temblaba, él, tan de piedra, tan de una sola piedra.

Encontramos todo en su plenitud, de modo que M. y yo decidimos no pasar por casa y llegar a verlo desde la Silla de Felipe II. Fue una suerte. No había nadie. Nos dijimos que no había nadie porque era un día de diario. Pero sabíamos que no era ésa la causa.

Nos sentamos y nos quedamos contemplando el Monasterio desde lejos. La luz lo cambiaba cada minuto, cada instante.

Era una sola piedra incandescente en medio de la fragua, con El Escorial negro a sus pies.

No hubiera bastado decir romántico para explicar aquel silencio de lo que nacía del corazón para morir en la lejanía. Las últimas cigarras se habían callado. Nos extrañó que no subiera nadie, que no apareciera turista alguno: ni siquiera esos novios que van a sentarse en el mismo sitial del rey, y a reírse, y a prometerse la eternidad de lo que durará tan poco.

Sobre el Monasterio se fue desangrando la tarde. Primero murió la Herrería. Luego el Jardín de los Frailes. Le siguieron los cimientos, la fábrica, las ventanas. Por último murió una torre, después otra y otra. Agonizaba el Monasterio como esos viejos monarcas a los que el mal va paralizando primero los pies, luego las piernas, los brazos y el pecho, hasta llegar a la cabeza, que conservan tristemente lúcida para dar los últimos consejos y consolar a cuantos quedan a merced de un reino incierto.

Nunca habíamos sentido El Escorial hasta ese día. Ni siquiera nos atrevimos a hablar. Tal vez también nosotros deberíamos haber recordado esas palabras de eternidad y amor, pero nos dio miedo de la eternidad y del amor. Nos dio miedo la felicidad, porque la sentimos a nuestro lado. No podíamos apartar los ojos del Monasterio. Dejamos que se fuera extinguiendo ante nosotros. La mancha de las encinas hacía rato que se imponía negra y sin contornos. Empezamos a distinguir las luces que trepaban por las colinas, y a lo lejos, otras pequeñas luces muy blancas, los farolillos y linternas de los hotelitos de la sierra empezaron a titilar, y eran estrellas; y eran bujías de un altar.

Y sin que supiéramos qué hora era, decidimos quedarnos cinco minutos más, diez, quién sabe. Vimos alzarse la luna grande y dorada. Llenó todo el cielo de su poder y nuestro corazón de asombro y gratitud. Había sucedido. Para nosotros solos. A los ojos del mundo.

MALDIGO esa mirada de la adolescente con la que me crucé esta tarde en la calle Zurbano.

Maldigo el momento en que dejó de oír lo que su amiga le venía diciendo, riéndose con ella de esas cosas que hacen reír a las adolescentes. Ese momento en que decidió mirarme a hurtadillas de su amiga, traicionándola a ella, que seguía riéndose, y traicionándose ella misma, que tendría que haber seguido riéndose de las cosas que contaba su amiga.

Maldigo esos segundos en que esa adolescente abrió los ojos de otro modo, los desvió hacia un lado, el lado por el que yo venía, y apretó contra su pecho adolescente esa carpeta que las adolescentes forran con fotos de colores sacadas de una revista; ese momento en que quiso vivir en un segundo todo lo que aún no sabe vivir y vivirá más tarde.

El momento en que nuestros ojos se midieron, como viejos enemigos. Ese segundo irreparable en que al cruzar se rozaron los aires que llevábamos cada uno. Maldigo ese momento.

Maldigo esa mirada porque aun sabiendo que iba tan lejos, no se apartó de ella ni un instante y la retuvo consigo.

La maldigo, sobre todo, porque vi en ella la seguridad que le daba esta etiqueta puesta en su frente como un veneno: peligro de muerte. Y la maldigo, porque sin saberlo, casi me hizo feliz.

EL castellano es una lengua dura y de hidalgos secos. Para designar la Belleza se le ve pobre. Parece que le diera vergüenza encontrar una palabra justa. Cuando uno describe, por ejemplo, el cuerpo de una mujer hermosa, tiene que recurrir a adjetivos o poco verosímiles o refitoleros. O cae uno en el costumbrismo, o está condenado a la teología. *Bella* es palabra de una cursilería de director espiritual, de párroco; *guapa*, demasiado coloquial y castiza, sirve a medias. *Hermosa*, algo que a nadie en su sano juicio se le ocurriría meter en una conversación, por enfático, por postizo. Como si la belleza en español residiera en un ámbito sagrado y superior (por oposición a los italianos que tienen todo el día la palabra *bello* en la boca). *Lindo* es algo que se les soporta a los hispanoamericanos únicamente. Podría utilizarse *gallardo*, pero para eso habría que ser Zorrilla. ¿Qué hacer, pues, frente a una mujer hermosa, bella, guapa? ¿Cómo se la puede nombrar para que nos crean, para hacerla real, viva, presente?

«SEGUIR a los grandes o morir». No creo que importe nada más en la vida. Y sin embargo uno se ve a menudo entregado a esa rara pasión que son los escritores menores. Uno aprende de los grandes o de los pequeños. De los medianos, nunca.

A mí me gustaría escribir algo sobre la bibliofilia. Como conozco a algunos que la practican y los conozco desde hace años, creo saber alguna cosa de esa pasión. La bibliofilia es el más diabólico proyecto humano que se conoce: reconstruir la Torre de Babel.

Como en todo, los bibliófilos empiezan un día a comprar libros de una determinada materia. Otros, más zopencos o más locos, lo hacen sólo por su aspecto o por su encuademación o por el siglo. Baroja cuenta lo de aquel tronado bibliófilo que coleccionaba sólo tomos en dieciseisavo que, naturalmente, se iban sin leer a un cuarto lleno de ellos.

Coleccionistas de incunables hay alguno. Les da igual que el incunable sea un tratado de medicina, un catecismo o la Biblia de Gutenberg. Se fijan en el año de la impresión y lo demás les trae sin cuidado. Estos, como es de suponer, no han leído nunca los libros que compran, porque desprecian el latín y las letras. En cambio aman los números.

La bibliofilia es una de las pasiones más inútiles que conozco, sobre todo porque es una obra que no tiene nunca fin. La Torre de Babel empezó a construirse por una ambición luciferina: salvarse del diluvio. Las bibliotecas se formaron para salvarse de la ignorancia y la intolerancia, pero hay algo en la misma empresa que está llamado al fracaso: salvo los libros sagrados, que los contienen todos, no hay un solo libro en el mundo que no precise de otro libro, en el que encuentra apoyo o sostén. De este modo, el que ha leído un libro, está condenado a leerlos todos, o a intentarlo. De la misma manera, el que ha metido en su casa un libro, no podrá sustraerse a la locura de buscar uno por uno cuantos existen sobre la tierra.

A menudo me he preguntado qué me ocurriría si por uno de esos reveses imprevistos de la vida, pierdo toda mi biblioteca. No lo sé. Los libros que leo habitualmente no llegan a cincuenta. Los demás en el fondo me dan igual. Les veo en mi casa, en Las Viñas, como viejas murallas silenciosas. No sé qué defienden. Seguramente nada, pero me siento a gusto entre ellos, arropado, comprendido. Creo que a su lado estoy a salvo. Me han dado mucho, horas, años, amores, vida.

Algunos creen que la vida no está en los libros. Yo diría que no está más que en ellos: en el *Quijote*, en *Fortunata*, en *Guerra y Paz*, en *La Tempestad*, en los *Cantos*. ¿Dónde, si no, está la vida? ¿En la misma vida? Nada hay que se contenga a sí mismo, nos dice el filósofo. Todo lo que de mejor tiene la vida está para que alguien escriba un libro o pinte un cuadro o componga una sonata. Miramos ese esclavo de Miguel Angel, y comprendemos que es lo único libre, vivo, que ha quedado de aquel tiempo. Eso son los libros: uno de esos lugares donde la vida está a salvo de los sucesivos atropellos.

Los ecologistas creen que sólo se echa a perder el medio ambiente, los paisajes, los monumentos. A mí eso no me parece lo más grave. Un monumento se puede reconstruir entero. Incluso una

ciudad, como Varsovia, como Berlín, admite ser tratada como un escenario de teatro. Hasta los paisajes, con dinero, se pueden reconstruir. La vida no. La vida es tan frágil que pasa, se muere y se evapora. Torquemada, el señorito Santa Cruz, Karennina, Hamlet, de no haber quedado presos en un libro, se habrían perdido como fenómenos, como manifestaciones del espíritu. Venecia, con ser Venecia, no se hundirá nunca, porque descubrirán algo que lo impida, émbolos, compuertas, diques. En cambio, si Tiziano no hubiera pintado el alma de ese enigmático joven de los guantes, no habría conocido algo esencial en el alma humana, en los sentimientos el hombre.

En el caso de los libros yo los siento en sus estantes oscuros, altos incomprensibles, a mi espalda, como si fueran el mastín echado, ese viejo mastín al que ya se le cayeron los dientes y que se pasa el día dormitando. Por eso los quiero junto a mí, aunque nada tengamos ya que decirnos.

Me gusta el color pajizo, amarillento y suave de las cubiertas. Me gusta tenerles cerca porque con su silencio defienden el mío. Me gusta su fracaso, porque en cierto modo es mi fracaso. Me gusta su gloria, porque participo de ella, y me gusta su verdad, hecha para tan pocos.

Yo tengo echado el siguiente cálculo. Leo todos los días unas dos horas, lo que se dice leer, no trabajar. Soy de los que no lee deprisa: más o menos tardo en leer un libro de unas trescientas páginas unas seis horas, si la cosa se da bien, lo que supone al año unos cíente veinte libros. Suponiendo que me queden cincuenta años de vida, dejando el cálculo largo, dispongo de unas 36 500 horas de lectura, sin perdonar un solo día. Eso quiere decir que en lo que me queda de vida sólo podré leer unos 6000 libros. Todo lo que sobrepase esta cantidad se quedará sin leer, al menos por mí. Sin tener en cuenta que mucho de ese tiempo lo dedicaré a las relecturas de libros de 1000 páginas. De modo que qué hago yo con casi 10 000 libros en casa. Resulta de una candidez babélica.

LA vanidad es como el colesterol: va en aumento con la edad.

Los males nunca vienen solos: pronunciaba la «ufe» y se dejaba crecer la uña de un meñique.

EN las noches de verano en Madrid hay algo todavía muy verdadero: el olor de las acacias, los balcones abiertos, el silencio de

las farolas iluminadas.

LA hora de la siesta, el mes de agosto, en Madrid al menos, es de una solemnidad rigurosa, como si se enterrara a alguien.

CUÁNTA belleza hay en una tela de araña. Una colmena es pura poesía. En un hormiguero, en cambio, no hay más que una fábula de La Fontaine. Y mala.

ESTA mañana he bajado a comprar flores al gitano que las vende en la esquina de la iglesia. Las mañanas de domingo en el centro de Madrid son tan beneficiosas como el sol en la cara. Compré un ramo pequeño, porque el gitano es un ladrón y las flores que vende no duran dos días lozanas. Digo yo si este gitano hace con las flores lo que otros gitanos hacían con las bestias: pintarlas, maquillarlas y venderlas.

Un poco más adelante me encontré con un conocido. Me dio tal vergüenza que me viera con las flores, que traté de esconderlas instintivamente detrás. Es absurdo, porque me ha visto. Estuvo muy amable, me dijo cosas agradables e insistió mucho en que creyera que le había gustado un artículo mío. Yo le creí, pero no por ello le enseñé el ramo de clavellinas rosas que llevaba en la mano.

Volví a casa más contento. Es absurdo que la opinión de alguien al que no vemos en seis meses nos influya. Yo esta mañana, antes de bajar, me notaba algo arrugado. Ahora menos. Está comprobado que los bálsamos son un espejismo. No te quitan la sed, pero te ayudan a seguir en el desierto.

No sé qué sentido pueden tener estas dos expresiones castizas oídas en un bar, pero las he apuntado, por si me sirven alguna vez para algo. La primera (referida a un viejo): «Es como los huevos: cuanto más cocido, más duro». La otra: «Ése es como todos los maricas: come garbanzos con cuerda».

VEO tanto el nombre de Marañón en los periódicos que seguramente se celebrará su centenario o algo así. Con Marañón pasará lo que con Francisco Silvela o el Doctor Esquerdo: no será más que una calle de Madrid. Cincuenta años. Lo que tarden en morirse los últimos hijos de sus amigos, a los que curó las anginas. Divulgar, como se hace estos días, que Marañón es un buen escritor, es una broma pesada. Pudo ser buena persona, trabajador,

abnegado galeno, grafómano incluso. Ahora, creador, no. Su teoría sobre don Juan es casi tan cómica como la de Freud.

AL modo de Ramón: cuando una mariposa vuela, se traspapela en el aire.

LA importancia de Ramón no estriba en haberse encontrado con la greguería, sino en haberla descubierto en escritores muy anteriores a él, como Marco Aurelio, Hugo, Homero, Poe, Nerval. El gran escritor es siempre el que influye no en los discípulos, sino en los maestros, en los muertos.

APROVECHANDO que iba a casa de X., me he acercado después, yo solo, a Las Vistillas. Hacía calor y las hojas de los chopos apenas tenían fuerza para moverse, lo mismo que los camareros. El aire asfixiante pesaba con esa modorra de los días que piden tormenta sin conseguirlo.

Era casi de noche y desde donde yo estaba se veía un trozo de Viaducto en un escorzo expresionista. He venido a este lugar muchas veces, pero no he visto nunca a un suicida. A veces me fijo y pienso: «Este se va a subir al pretil y adiós muy buenas». Luego siguen todos su camino, lo cual es un poco decepcionante. Puede que sea que al cruzar este puente se nos pone cara a todos de vértigo, y se asoma a nuestros ojos una determinación fatal.

Una vez Q. me dijo que el día en que se abrió de nuevo al tráfico el Viaducto, hace cinco o seis años, él pasó por debajo en un taxi y vio cómo se tiraba uno. Fue el primer suicida de la nueva etapa como Viaducto. Fue a caer justo a unos metros delante de su taxi.

Cuando a uno le cuentan una cosa así, hay que añadir siempre:

—¿De veras? ¡Qué horror!

Yo no me creí nunca que hubiera visto jamás ningún suicida, pero no quise quitarle esa ilusión, aunque jamás olvidaré que un día me lo contó. En la vida hay muertos de verdad que se nos olvidan. Otros en cambio, que no se murieron nunca, no se nos despintan de la memoria.

Hay un Madrid trágico y pequeño que nunca cambiará. Un Madrid color ladrillo como el de este barrio. Es un Madrid lleno de turistas, pero es el Madrid más impermeable a los turistas. Llegan hasta aquí descarriados del Palacio Real. Se les ve mirando hacia estas casas sin carácter, con balcones que tienen la greca modernista de los años veinte o un bar anodino en los bajos. Van desorientados.

Llevan pintada en la cara la expresión de que se encontrarán al volver una esquina con algo pintoresco, una calle gótica o una catedral o una plaza impresionante como en Sevilla. Y no encuentran nada más que casas de tranviarios.

Es un Madrid en el que costaría bien poco ser feliz, pero en el que nadie consigue serlo del todo. El emblema de este Madrid son estas acacias raquíticas. Es mejor una acacia que nada, pero al tener la acacia, tan enfermucha y negruzca, echamos de menos esos otros árboles del Norte: los frondosos tejos de Inglaterra o los poderosos plátanos de Aix y la Provenza. Aquéllos sí que dan buena sombra donde beber pastís. Allí sí que es posible ser felices, porque allí sería absurdo desear unas acacias como éstas.

En la mesa de al lado había dos chicas que hablaban en voz baja. Una de ellas era la dueña de un perrazo que estaba echado sobre el polvo y que comprendía todo lo que yo pensaba. Me miraba más a mí que a su dueña.

Quería yo distraerme con la vista de Carabanchel y las encinas de la Casa de Campo, ya francamente fundidas con el crepúsculo, pero me distraían aquellos secretos.

Debo decir que al rato una de ellas sacó mi nombre. Me quedé atónito porque no conocía a ninguna de las dos y era evidente que ninguna de las dos me conocía a mí, porque me tenían a un lado. Fue un comentario breve e inexacto. Hasta ese momento no creí que fuera tan vanidoso. Estar en boca de la gente era un placer que no había tenido nunca.

Un día me contó Benjamin lo que le dijo a J. R. J. el día de la ruptura: «Juan Ramón, puede hacer usted lo que le dé la gana. Si quiere salirse del mundo dando un portazo, adelante. Pero haga el favor de no quedarse escuchando detrás de la puerta. Ese defecto que usted tiene, no es para usted».

En mi caso ese defecto lo veo muy para mí. Yo no he conocido a ningún escritor que no hable mal de algún otro escritor. A mí me carga mucho cuando hablando de un colega me dicen de él como virtud que no habla mal de nadie. Eso es mentira. Yo no conozco a nadie así. Todo el mundo habla mal de alguien. Pero la gente es muy rata y salta del barco en el momento adecuado.

No se me ha pasado por la imaginación en ningún instante intervenir en la conversación de aquellas dos chicas.

Me he levantado sin haber conseguido que ningún camarero me atendiera. Le he hecho una caricia a la cabezota del perro e incluso he sonreído a su dueña y a su amiga:

—Adiós.

—Adiós. ¿Tienes fuego?

—No, lo siento.

Si supiera qué hacer con todas estas cosas que me encuentro cada día, seguramente me saldría una novela. Los pintores plantan su caballete y tienen un cuadro. Un músico piensa una melódía y tiene una sonata. A un escritor la realidad le sirve de poco. ¿De qué me ha servido todo esto? Esto no es literatura menor, sino minúscula, microscópica.

HE asistido a una de esas comidas de mucha gente. Me tocó en la mesa con X., que no dejó de fumar en ningún momento. Puede decirse que lo único interesante de todo el almuerzo ha sido la manera que tenía X. de apagar los cigarrillos. Los aplastaba, los atornillaba con decisión y violencia en el cenicero. Al hacerlo, algunos reventaban y se les salían los intestinos del tabaco. Conté seis colillas manchadas de carmín, retorcidas entre la ceniza e inertes, que me han sugerido a todos sus amantes de este año: el novelista, el periodista, el amigo del periodista, uno de Málaga, el rector y, el último, el que tenía enfrente: un respetable padre de familia, un hombre muy simpático.

VIENDO a mi padre trabajar en sus colmenas, he pensado en un verano antiguo. Él, que ha sido un hombre de nervio y acción, se movía como un monje contemplativo. Hay algo primitivo y monacal en un pequeño colmenar como el de mi padre, un zumbido romano y un verso de fray Luis.

Se estaba poniendo el sol, me había sentado a la sombra de una palera y le miraba hacer. Veía sus manos y brazos llenos de moscas. Ése es el modo en el que los apicultores se refieren a las abejas. Sacaba un panal dorado y me lo mostraba de lejos: «Están enjambrando». Yo sólo veía el último rayo de la tarde atravesar aquel universo dorado. Frente a otra colmena añadía: «Han trabajado bien». No sabía cuándo me hablaba a mí o cuándo hablaba para sí mismo. Tal vez en la vejez esa pequeña diferencia desaparece. Hacía buen tiempo y el campo se perfumaba de heno y un lejano olor a establo.

Un poco más abajo, junto a unos chopos jóvenes, en un prado verde, mi madre había extendido un mantel y una cena fría, una ensalada de tomate, lomo curado, chorizo y un bacalao exquisito. R. trataba de trenzar unos juncos. He estado a punto de creer que era yo mismo hace veinticinco años y que todo aquello que pasaba ya había pasado una vez, y que se repetiría tal vez dentro de otros veinticinco, cuando mis padres ya no estén con nosotros…

Se me había ido el santo al cielo y me esperaban todos para aquella cena campestre. Bajé hacia ellos, pero iba poniendo mis pies en el pasado, en el futuro, en otro tiempo algo más triste, pero más puro.

AYER, en la casa de mis padres, subí al desván buscando unos libros que recordaba haber metido, hace veinte años, en un baúl polvoriento. Naturalmente no encontré esos libros, pero sí otras muchas cosas, que no vienen a cuento aquí. Salvo una. Una que sacudió de pronto mi memoria. Yo no quiero ni sabría competir ni aprovecharme como un ventajista de la magdalena de Proust ni de aquella baldosa que cedió bajo su pie. No querría y no podría, porque lo que mis manos encontraron, sin buscarlo, fue un simple y viejo matamoscas.

Reconocí en él, de pronto, a X., un hombre que tuvo mi padre empleado en su tienda unos cuantos años. Aquel hombre, ya viejo, no necesitaba trabajar para comer. Incluso tenía sus buenos ahorros, de manera que venía todos los días a la tienda, en invierno y en verano, a trabajar, a hacer más corta la espera de la muerte, porque si no trabajaba, «me moriría». Era un viejo que tuteaba a mi padre, pero que a mi madre la llamó toda la vida «ama», sin necesidad, como aquellos viejos criados de principios de siglo. Por lo demás era de una austeridad sin concesiones: fumaba al día cuatro cigarrillos: uno a media mañana, otro después de comer, otro a media tarde y, por último, otro después de cenar. Se los liaba él mismo con una picadura que escogía con mimo, como si fueran lentejas. Estaba convencido de que el tabaco en exceso era perjudicial para la salud. En cambio mantenía que en las dosis en las que él se lo aplicaba, era beneficioso, lo que afirmaba con seguridad hemeopática. Por lo demás jamás bebía, salvo una copa de orujo los domingos, orujo que compraba siempre en la misma bodega. Iba a misa y comulgaba a diario, a pesar de lo cual era el

hombre más bondadoso que he conocido. Jamás perdió su sonrisa.

El matamoscas debía ser incluso anterior al tiempo en que lo recuerdo en sus manos, porque recuerdo, sobre todo, que X. se pasaba todo el santo día componiéndolo, zurciendo con finos alambres una malla que se rompía a menudo, no tanto a causa de las moscas, como de los palmetazos que le sacudíamos nosotros, los chicos.

El, en cambio, era un maestro de matar moscas con aquel artilugio tan elemental. Lo hacía con una pasmosa tranquilidad, casi filosóficamente, sin levantarse de aquella silla en la que se pasaba sentado las tardes de verano en las que la tienda vacía, a oscuras, conservaba un vago helor de bodega. Las mataba sin interrumpir siquiera su conversación. Alargaba el brazo, levantaba el matamoscas y lo dejaba caer sobre el mostrador con suavidad. En el aire quedaba el breve silbido de esa cimbra y sobre el mármol blanco del mostrador el cadáver despatarrado de una mosca, que X., con absoluta indiferencia, barría y tiraba al suelo. Con aquella batuta tenía a raya a aquel universo de moscas elocuentes.

Vi ayer todos esos zurcidos, esas componendas y costuras de alambre que él se esmeraba tanto en dejar perfectas, en las que gastó tantas horas como Miguel Ángel en su Moisés. Me han parecido todas inútiles, como el mismo matamoscas. Lo he tenido en mis manos y lo he vuelto a blandir en el aire por ver si seguía tan flexible como él lo quería… Y sí.

Recordé aquellas tardes tan largas, esas horas eternas de las siestas del verano, metidos en aquella vieja y modesta tienda de ultramarinos, cuando las tiendas eran de ultramarinos, es decir, cuando en ellas se vendía aceite a granel, zapatillas de esparto y grandes bacaladas blancas que colgaban como ropa tendida.

Recuerdo el olor de la tienda a café recién molido, a los sacos de yute, a las estanterías con botellas de quina. Me han venido tantos recuerdos juntos, zurcidos, remendados, cosidos unos detrás de otros que no he sabido qué hacer con ellos, como tampoco supe qué hacer con el matamoscas. Lo miré por última vez y lo dejé en el fondo del baúl como el que entierra a un ser querido. Lo puse allí con mis propios recuerdos muertos, con suavidad, para no hacerles ningún daño.

LA vida de un escritor grande es una vida llena de libros (propios

y ajenos) y unos libros llenos de vida. Desconfía de los escritores que presumen de una vida llena de vida (literaria, social, profesional, nocturna, amorosa), porque lo normal es que toda esa vida te la quieran meter en unos libros llenos de literatura, es decir: ilegibles.

Si tienes por costumbre mirar los ojos de tu interlocutor cuando le hablas o te habla, habrás comprobado que uno de sus dos ojos miente siempre.

UN día de tantos, te asomas a la bóveda del cielo y, estrellada, con su parábola perfecta, sientes que cabe en tu pequeño corazón. Eso ocurrió ya una vez, a orillas del mar, mientras un ángel metía en un hoyo hecho en la playa todo un mar. Ahora la luna inmensa, blanca, magnífica y unas pocas estrellas te llenan el pecho con toda su corte de abismos y negruras, igual que cabe todo el cielo en el agua de un estrecho pozo. Y tú dices entonces una palabra de amor, y eso cae en ti y te alegra, como alegra el agua de ese pozo un guijarro que tiras, un guijarro que suena, que levanta unas ondas, un guijarro que da vida a la luna y todo lo más negro.

VIDA literaria: o es vida o es literaria.

No hay nada que no haya sucedido cien veces. No hay libro que no se haya ya escrito. No hay vida que no se haya vivido.

El escritor que no admita esto se puede ir olvidando. Sólo es capaz de escribir algo nuevo el que admite que todo ha sido dicho ya una vez. En la vida hay pocas maneras de pronunciar unas palabras de amor. Querer ser original en ese terreno es de una soberbia estúpida.

HASTA los veinticinco años he tenido ideas erráticas en todo. He pedido, de joven, la dictadura del proletariado a gritos por la calle, ante unos pocos transeúntes boquiabiertos, y me parecía que había que dinamitar el orden social, político y artístico.

Mis padres y parientes cercanos, todos de una grey muy clerical, estaban asustados y me advertían:

—Eso es ahora. La vida te va a dar muchos golpes. Escarmentarás y cambiarás.

Se les veía por la sonrisa con que me lo decían, que hubieran pagado por estar presentes en el momento del batacazo.

El tiempo les ha dado la razón, porque he cambiado.

Hay tardes que quemaría toda la Tierra, si tuviera una lata de

gasolina lo bastante grande. Con proletarios y obispos dentro, socialistas y banqueros, comunistas y caudillistas, señoritos y jornaleros. Todos en un bonito fuego.

Se me dirá:

—¿Qué te ha hecho la Humanidad?

—Nada. Por eso.

LEO en Baroja: «Una de las cosas de estudiantes que me ha faltado ha sido tener una biblioteca pequeña. Si la hubiese tenido creo que me hubiera detenido más en las cosas y en los libros, pero no la tuve». Y termina: «He pasado por los libros como un viajero por las fondas, sin detenerme mucho ni en ésta ni en la otra. Ahora lo siento, pero ya no hay remedio». Tres páginas más adelante, Baroja, con la boca pequeña del clérigo de palacio, enumera todo lo que ha leído. Son juicios tajantes, de persona que ha pasado muchas horas de su vida entre libros. Cita a Polibio, a Diógenes Laercio, Fichte, Luciano, Chamfort o al abate Mably como quien habla de unos parientes próximos. Suetonio, Brantome, Montesquieu o Voltaire, de los que dice cosas casi siempre atinadas, los tiene siempre en la punta de la lengua, sin contar a Nietzsche, Schopenhauer, Dickens, Ibsen o Dostoiewsky, que sabe de memoria.

Baroja en eso se porta como los catetos de pueblo, que esconden los duros en un calcetín o debajo de una baldosa. Podía tener un fondo insobornable, pero se le ve ladino, haciendo que la gente se confíe. Entonces es cuando él le sacude a uno con una buena cita de Casiodoro de Eritrea o de Von Platen.

ME he comprado esta mañana en el Rastro un metrónomo antiguo, un genuino Maëlzel hecho en París hace cien años en una caoba noble, mallarmeana, todo él con ese tono de los cuadros de Vuillard. He llegado a casa y le he buscado inmediatamente un lugar donde ponerlo, un sitio desde donde pueda verlo siempre, igual que buscaría un rincón para unas flores. Ese rincón a que toda flor se sabe con derecho.

Qué maravilla la forma de un metrónomo, cuánta armonía, cuánta correspondencia entre su función y su naturaleza.

He visto al momento de dejarlo en una repisa que todo cuanto tenía él alrededor se armonizaba, se componía solo y lo dejaba listo, como un tema de naturaleza muerta que va a ser pintado de inmediato. En cierto modo es una levadura, sólo que de belleza, de

orden, de clasicismo.

No me canso de mirarlo. Como objeto lo veo entre el reloj y la tumba, entre el paso del tiempo y su negación, y su negociación. Su tictac es de reloj, su silencio de cripta, de pirámide, de obelisco. Un metrónomo parado no es sino una negación de tiempo, una ausencia de él, ese vasto silencio que inspiró a los románticos. Por eso encima de todos los pianos hay siempre un metrónomo, no tanto porque su uso sea imprescindible. No. Pocas veces he visto hacer uso de un metrónomo. El músico lleva la medida en el cuerpo, el pulso de sus venas nació con ritmo de gavota, de rondó, de larghetto, de andante maestoso. No, un músico no hace uso de un metrónomo, como tampoco un poeta necesita otra música que la callada. ¿Por qué, pues, los músicos lo tienen siempre cerca de sí, a la vista? ¿Por qué razón, si no es ese tictac el que persiguen? Sin duda, porque necesitan no su voz, sino su silencio. No su canción, sino su sueño.

Estoy contento con la compra. Quizá porque sé con certeza que ese metrónomo será uno de esos objetos de los que nunca habré de separarme. Le veo en ese mismo sitio dentro de diez, de veinte años, de cuarenta años, igual, inmóvil, sordo como el viejo Beethoven, parada su varilla en una melodía que acude de un corazón a otro sin esfuerzo.

Miro ahora cómo el sol arranca de su caoba unos compases rojos, voluptuosos y femeninos. Quizás sea la música la más voluptuosa de las artes. Sin duda, la más sensual. Por eso la música no admite a su lado otra cosa que música, como si sólo pudiera estar con ella misma.

Hoy es temprano. Pero un día llegaré a escuchar, sólo con verle, todo cuanto no tuvo necesidad de medir, de marcar, de regir. Esa música que evoca siempre un momento de amor, una tarde de melancólica ausencia, un instante absoluto de alegría y de fe en este mundo que nunca habrá de tener fin.

EN el buzón hay tres cartas del banco, dos catálogos horrendos de pintura, el recibo del teléfono y una hoja ciclostilada anunciando reparaciones de televisión. Estoy encantado.

CUANDO se habla con un bizco o un tuerto se tiene siempre la sensación de hablarle mirándole al ojo malo, el estrábico, el ojo de cristal, la prótesis por donde no ve.

ANOTO esta expresión popular, referida al momento en que estalla la primavera: el golpe de las flores. Si el pueblo hablara y sintiera así las cosas siempre, no harían falta libros de versos.

QUE la lectura sea un arte no me cabe la menor duda. Que deba serlo al menos. Aunque está en manos de artesanos, en el mejor de los casos, y de irresponsables, casi siempre.

ME han pedido un artículo sobre Gerardo Diego para un periódico. He dicho que sí, pero no sé muy bien por qué. Tal vez para que no se piense que yo no soy capaz de tener una idea sobre Diego.

¿La tengo? Antes la tenía, porque le leía a menudo. Fue de los primeros poetas que leí en el bachillerato. Allí había un fraile gran entusiasta del soneto de Silos. Luego me gustaron mucho los poemas de *Soria, Versos humanos* y *Alondra de verdad*. Lo vanguardista de él lo encontraba atropellado y brillante, como las luces de una gran lucerna.

Lo que he escrito lo he tenido que escribir en dos horas. He pensado sobre él, pero no he llegado a sentir su muerte.

De esos libros que he dicho, yo creo que quedarán unos pocos poemas para una antología. Todos los demás se los llevará la trampa, como todo lo que escribieron casi todos ellos, si exceptuamos a Lorca y a Cernuda.

No quiero que se entienda esto como una contribución a la iconoclastia. Tampoco persigo convencer a nadie ni hacer prosélitos. A menudo me encuentro con personas partidarias de Guillén o de Salinas. Antes, hace unos años, yo porfiaba. Hoy no. Yo creo que la poesía de toda esa generación es uno de los malentendidos mejor tramados de la literatura. Tramado por unos cuantos poetas de la generación que eran al mismo tiempo críticos, como Dámaso o Salinas o el propio Guillén. Según ésos la tarta poética estaba repartida, de manera que gente como Bergamín se ha quedado fuera definitivamente porque las poesías que hizo las escribió de viejo, cuando todos los papeles estaban repartidos; o Villalón, que, aunque las escribió en su tiempo, ya entonces era un hombre maduro y encima tuvo la mala pata de morirse pronto.

A cualquier lector europeo de poesía, Diego o Dámaso, le tienen que sonar a chino. Acostumbrados a Montale o a Saba, a Pessoa o a Rilke, todos esos juegos de señoritos metidos a filólogos les tienen

que parecer una pérdida de tiempo. De modo que cuando digo que de toda la generación nadie podrá leer dentro de unos años más que unos pocos poemas, no es aventurar nada nuevo.

Esto hoy se verá una ilusión mía. Pues no. En cuanto los institutos que llevan el nombre de todos esos poetas les suenen a los bachilleres igual que el Instituto Salmerón o Joaquín Costa, entonces sus libros se pueden ir pudriendo definitivamente.

A mí Diego me caía bien. Se decía que era de derechas de una manera exagerada, y muy católico. Que la gente sea de derechas o que rece el rosario es cosa absurda, pero no me parece menos absurdo que la gente vaya a un concierto de Serrat a encender una cerillita, para ver el efecto de muchas cerillitas encendidas juntas.

Yo le veía a Diego pasar delante de mi casa muchas tardes y cruzar la plaza de las Salesas, camino de la calle Covarrubias. Iba despacio y arrastraba los pies. Andaba a pasitos muy cortos, como las geisas viejas. Las mangas de la gabardina que llevaba siempre, de un corte antiguo, le colgaban a uno y otro lado como dos tubos rígidos de chimenea. Al andar levantaba la cabeza no se sabía adónde, como buscando aire en un estrato superior que no alcanzaba apenas. Respiraba siempre por la boca. Eso le daba aspecto de salmonete fuera del agua, en las últimas boqueadas.

Iba siempre muy sonrosado y tenía una nariz muy fina y afilada, terminada en punta. Algunos meses le veía hasta tres o cuatro veces. Nunca le saludé. ¿Para qué? De haberle dicho algo se habría roto el cristal de la campana donde iba metido.

En lo que he escrito para el periódico me gustaría haber sido justo. Justo con él y conmigo, y recordar, junto a todo ese desbarajuste generacional, del que sin duda es responsable, algunos poemas llenos de emoción y sentimiento. Silenciosos como una sonata. Sonámbulos, como en algunos tramos, cerca de Aranda, puede ser el Duero.

ALGUNAS mañanas, sin saber la razón, no puedo trabajar, por más que fuerzo la voluntad. Estoy una o dos horas sobre la mesa. Cuando compruebo que no puedo escribir, trato de leer alguno de esos libros que le envían a uno y que se quedan sin leer para siempre, hiriendo quién sabe a quién por no leerlo.

Cuando veo que ni la lectura, la más pasiva de las artes, logra atar corto mi imaginación, me echo a la calle.

Bajo por Almirante, cruzo Recoletos, cruzo la Plaza de la Independencia y me meto en el Retiro.

A esas horas de la mañana uno no ve más que gente que va a trabajar y la calle huele bien, a pan recién hecho o a café.

Yo he paseado por el Retiro mañanas de todas clases y en todas las estaciones. Llego hasta el estanque y me adentro por la floresta que baja hasta Moyano. Quiero pensar en algo, en algo concreto, pero tampoco me es posible.

A veces me siento en algún banco, si no corro el peligro de quedarme frío y cogerme una cistitis. De vez en cuando pasan frente a mí hombres desdibujados, de todas las edades. Le miran a uno de una manera rara, como si trajeran en la cabeza un negocio que no saben si exponerte en ese mismo momento. Muchos te miran como si fueras un exhibicionista o el sátiro de los parques públicos. Parecen siempre decididos a preguntarte algo, o a sentarse junto a ti, pero luego pasan de largo.

Mujeres, en cambio, se ven pocas. Alguna loca que pasea a su perro, un animal por lo general con el mismo aspecto demente que su dueña y el esqueleto deformado por la grasa y la falta de ejercicio.

También pasa alguna de esas chicas de instituto que oprimen contra el pecho unos libros forrados con fotos de Miguel Bosé. Aunque sean las once de la mañana atraviesan el Retiro con miedo, con el temor de que alguien podría violarlas detrás de un seto. Caminan deprisa, mirando al suelo y por el medio de las anchas avenidas de plátanos y castaños. Yo acecho por si descubro entre ellas alguna que sea guapa, para mirarla pasar. Que yo recuerde no he visto nunca en el Retiro ninguna mujer acorde con esa vegetación espesa, atravesada del canto del mirlo, roja en otoño y azulada en invierno. Una de esas mujeres de mirada perdida y aspecto misterioso. Pues no.

A las feministas les molesta que los hombres sólo miren a las mujeres por su belleza y no por su inteligencia. Yo creo que tienen razón. A mí cuando estoy con dos mujeres no me mira nunca la guapa, sino la que va con ella, esa de la que se dice siempre que es muy buena persona, o muy simpática o que tiene unos ojos muy bonitos.

Yo siempre he visto que las mujeres guapas se iban con los

hombres más jóvenes y fuertes o con más carreras o con más dinero, que siempre resultaban más divertidos porque tenían más carreras, más dinero o porque nadaban mejor. En cambio no he visto nunca a una mujer guapa mirando por gusto a un mecánico sólo porque ha descubierto en él la expresión de que se pasa las noches estudiando a Leibniz o recitando a Bécquer.

Seguramente durante las muchas mañanas que yo he pasado en el Retiro lo han cruzado cientos de mujeres inteligentes, pero yo sólo me he ido a fijar si eran o no guapas, y de éstas, como digo, no creo recordar a ninguna.

Es casi mejor. Ante la falta de estímulos exteriores y mecido por el frufrú de las hojas, el espíritu se va esponjando y haciéndose receptivo. Escucha uno la vida, mira, observa, interpreta, fabula. Es el momento en que uno deja de tomarse como objeto interesante de estudio. Fue ese egotismo el que nos llevó a la esterilidad hace un momento sobre la mesa de trabajo.

Nos ponemos en marcha y bajamos despacio hacia la cuesta de Moyano. Las casetas llevan abiertas una hora y media y los libros están colocados en sus tableros, y los libreros sentados en sus sillas como budas inactivos.

Nos demoramos, buscamos, libamos aquí y allá y nos llevamos, debajo del brazo, algún libro barato, la flor de un día.

Volvemos a casa por el Paseo del Prado, naturalmente andando. Nada de autobuses. Nada de taxis. Lo importante es cansar los músculos, alcanzar de nuevo la mesa de trabajo con el cuerpo rendido, ganar la silla como un trono difícil.

ESTÁ haciendo uno de los veranos más agradables que recuerdo. Llueve todas las tardes. El cielo se queda después de las tormentas dorado a trozos, negro, plateado y morado.

Bajar a la Plaza de París a leer un rato los periódicos es uno de esos placeres impagables.

Se ven algunos perros correteando y poniéndolo todo perdido. Sus dueños hablan en corrillos o esperan distraídos con las correas en la mano. Mi preferido es un mastín viejo. Apenas puede sostener su cabeza, que es grande como un tonel, y su pellejo, polvoriento y grisáceo, le cuelga por todas partes, lo que le da aspecto de una cama mal hecha, con las mantas mal remetidas.

No tiene dientes ya y deja tras de sí una estela de babas. Mira

con misericordia el mundo y con grandeza. De vez en cuando ladra. Un solo ladrido suficiente para hacerse respetar por el universo perro. Luego vaga errante por la plaza. A veces se le acerca algún niño que juega con él como jugaría con un *poney*. El mastín se deja y le mira con los ojos llenos de lágrimas, enrojecidos por la muerte y las risas del niño.

Yo tengo la impresión de que los músicos de *jazz*, como los malos toreros, están siempre en un aprieto porque no encuentran nunca la manera de rematar la faena.

ME he quedado toda la tarde en el Carmen de la Victoria, en Granada, frente a la Alhambra. En el jardín, medio abandonado, con hojarasca en las veredas, se respiraba el perfume del arrayán y el olor de la tierra recién regada y el de unos jazmines que trepaban en un rincón se desliaba con humildad.

Yo creo que si tuviera todo el día frente a mí tanta belleza, no escribiría o escribiría otras cosas.

El jardín tiene todo para ser perfecto. Es grande, está escalonado y lleno de rincones y parece tener quinientos años. Está en una ciudad y es cerrado, si es que se puede decir cerrado a un jardín que despliega frente a sí la Alhambra, como el que muestra un corte de tela.

En el Carmen no había nadie, porque los cuatro o cinco profesores extranjeros que se alojan en él no hacen ruido ninguno, y los ruidos que hacen (cerrar una puerta, decir buenos días, atravesar el jardín) son menos ruidos, porque están hechos en alemán.

Yo me instalé en un banquito y di en pensar versos de altura y cosas de amor. Era el momento. La tarde se retiraba de una alberca musgosa y se asomó la luna al poco rato. Era de día todavía, un día muy azul y una luna recién salida del homo, aunque no llena, empezó a trepar por Sierra Nevada.

No sé quién pagó para que ocurriera así, pero juro que sonó la campanita de un convento. Las campanas de los conventos tienen todas la misma inconstancia, urgidas quién sabe si por la santidad o por las duras tentaciones. Suenan un rato y se callan. Ésta era una esquila que se precipitó desde el Albaicín hasta el Darro con unos

pasos cortos, de monja que llega tarde al coro. Luego se calló y todo volvió a aquel silencio maravilloso. No se oía nada. Es decir, en aquel jardín no se oía nada que no hubiera estado allí desde hace trescientos años: los pájaros, el aire, las hojas, las moras maduras al caer a un suelo hecho de chinas de río. Hasta uno mismo, escuchándose los mudos pensamientos, parece más viejo y sabio, algo más poeta sin duda.

Era el momento en que se habían callado las golondrinas y todavía no cantaba el ruiseñor, pero había algo en el ambiente que recordaba los chillidos de las golondrinas y que anunciaba los trinos del ruiseñor. Seguramente en Granada hay ruiseñores, porque hay un río y es una ciudad llena de jardines y veletas.

Me pareció el Paraíso. A veces noto que hablo de lugares, de cosas, pero no de personas. Y es porque las ciudades, las calles, los jardines, a veces me parecen personas con las que me siento a gusto y a las que me cuesta menos conocer y entregarme, porque nunca te traicionan, tal vez porque se dejan amar.

Al poco rato, casi de noche, oí un ruido en la cancela y pasos de gente que se adentraban en el jardín. Unos tomaban por una senda. Otros, por otra. Eran los filósofos alemanes que venían de su congreso. Hablaban en voz muy baja, como si siguieran en el jardín de la Academia o del Gimnasio.

Al pasar frente a mí dos hombres y una mujer blonda me sonrieron como sólo se sonríe cuando no se habla una lengua.

Si no hubiera sido por esta tarde, el viaje a Granada habría resultado un verdadero fracaso: conferenciar de uno mismo en uno de esos soporíferos cursos de verano que sólo interesan a gente con problemas, gente que tendría que leer menos y hacer una vida más sana, paseando y viajando.

Yo no entiendo que nadie prefiera meterse una mañana de verano a escucharme a mí mejor que pasear por el Generalife. Pero eso me ocurre a mí. Otros en cambio encuentran que lo razonable es ir a escucharles a ellos, aunque la Alhambra se hunda. Son maneras de ver las cosas. Yo jamás iría a un curso de verano donde hablara yo, ni a ninguna conferencia donde yo dijera las cosas que pienso de la literatura. Tampoco voy a las de otros, como no sea que son amigos y tengo algún compromiso. No por soberbia. No. Por modestia.

(Releo este párrafo. Lo encuentro escrito en vizcaíno. Seguramente podría mejorarlo, pero no me apetece gran cosa. ¿Se entiende? Pues eso. Ya habrá tiempo para el estilo).

VEO que se está poniendo de moda entre algunos hablar de Beyle en vez de Stendhal. Dicen Beyle como una contraseña. Como si las puertas de Stendhal sólo las abriera ese tal Beyle. Lo encuentro de mucha pedantería y absurdidad. Es un guiño, y como a mí me gustan poco los guiños, me he hecho el juramento de no citar nunca a Stendhal como no sea por este nombre. Beyle era un tipo servil, adulador, seguramente llorón con las mujeres. Un lacayejo de la carrera diplomática. En cambio Stendhal era todo un cínico, un gran tipo que es capaz de escribir lo que jamás se atrevería a decir en público y, sobre todo, un gran sentimental, un hombre bueno.

DESPUÉS de una semana en Las Viñas empieza uno a acoplarse a este transcurrir. Hasta la misma eternidad tiene otro cuerpo. Hemos estado cogiendo higos. Los abríamos con los dedos y aparecía dentro toda esa gusanera dulce que cosquillea el paladar. Estaban fríos y cubiertos de rocío. Luego he ido al jardín y me he puesto a leer. En la página blanca se dibujaban trozos de sol y sombras de nubes que pasaban.

Consignar todo esto en este cuaderno considero que es una pérdida de tiempo y que no conduce a ninguna parte. Así no se va a cambiar la literatura ni a concebir otro Fausto, pero al hacerlo tengo la sensación de estar trabajando. Es un ardid, pero está bien.

Doy por concluida la biografía de Dickens de Una Pope Hennessy, confusa y prolija, para preparar el prólogo del *Oliver Twist*. La traducción, de principio a fin, es tan criminal, que a menudo he sentido que me vertían plomo fundido en las orejas. Cuando parecía que iba a salir con vida de la experiencia, leo, en la última página, este párrafo a propósito del entierro de Dickens: «Doce personas se apearon de los coches, penetraron en la Abadía y permanecieron junto a la tumba en el Rincón de los Poetas mientras se rezaban los servicios fúnebres. No había coristas, pero cuando terminó el breve servicio…», etc.

A duras penas, ensangrentado y arrastrándome, he logrado salir de esa página que dejé en el lamentable estado de las ruinas.

EN el campo hay mañanas que además son mañanitas.

OÍMOS los gallos de madrugada, los rebaños por la tarde, el

reloj a la hora de la siesta. Sentimos el perfume del rocío y el del trébol por la mañana, el olor del orégano seco al mediodía, y el de lana y establo próximos a la noche. El amor de los nuestros está junto a nosotros todo el día. ¿Cómo no tener presente a Dios siquiera un segundo antes de dormir y darle gracias?

TODO esto, el jardín, el olivar, la casa, es algo que la vida te ha dado de más.

ESCUCHO aterrado un ejército de carcomas en las vigas del Corazón (como se ve, escribir siendo fiel a la realidad resulta más surrealista que todos los manifiestos). Me planto al acecho, inmóvil, en la mitad del salón para oír mejor la broca implacable de esas miserables criaturas del Señor.

Trato de descubrir su madriguera, pero las vigas están escopeteadas por mil sitios, de manera que recurro al único método que tengo para combatirlas: la música. La música no las aplaca. Me amansa a mí.

Los primeros compases logran acallarlas, pero a los cinco minutos, por debajo, como acompañamiento de percusión, oigo su indestructible cric crac.

Tengo la sensación de que no sólo se ríen de mí, sino que llevan el *tempo* de la «Appassionata», de Beethoven, con la exactitud de un siniestro y sordo metrónomo.

QUÉ maravillosas son las siestas del verano extremeño. Fuera atronaban las cigarras con su chatarra destemplada. Dentro alguna piadosa carcoma nos recuerda la fragilidad del tiempo y de la vida. En algún rincón sombrío la araña común teje en su idioma la vida retirada. No se oye a los niños. Los demás dormitan en los sofás, en los dormitorios con las puertas entornadas. Reina un silencio de infancia.

Es el momento de la inapetencia y la molicie, de acudir a la biblioteca en busca de ciertos pastos frescos, olvidados o reservados para estas sequías del estiaje.

Así es como rescatamos ese vasto montón de números de *La Nouvelle Revue Française*, comprados en Lisboa hace doce años y no tocados jamás.

Por lo que leemos podían haber esperado otros doce y sin embargo, qué agradecidos le estamos a Gide, a Claudel, a Giraudoux, a Reverdy por estas horas que ellos han llenado. Hablan

de cosas tan lejanas como las sirenas de Ulises. Algo que no entendemos que pudiera tentar a nadie, pero que volvió locos a muchos.

Al poco rato viene a hacernos compañía el único que faltaba: un moscardón. Se oye primero su zumbido furioso. Se ve bien que es un moscardón joven: no se sabe contra qué zumba.

Nos habíamos quedado casi dormidos gracias a Fargue, a Paulhan, a Claudel. Con pereza africana, acordamos levantarnos, localizar el moscón y exterminarle de la faz de la tierra. Al fin damos con él. Es un zángano de un azul metálico. Una tela de araña nos ha ahorrado el viaje. Muy nerviosos, la araña y el moscardón discuten la situación, como el grabado de un pliego de aleluyas. Decidimos no intervenir y volver a nuestro sofá.

Tal vez nos hemos quedado dormidos y estamos soñando que hemos leído un número de la NRF. Se nos ha deslizado de las manos hasta caer al suelo. Puede que lo de la mosca y la araña, que suena demasiado a fábula moral, no haya ocurrido nunca más que en el sueño de una siesta de verano. Los sueños de las siestas son siempre moralizantes. Por eso la gente se despierta de tan mal humor de ellas: es el momento en que la conciencia está más activa en las cavernas del sueño.

Qué delicioso mecer de la carcoma. Cuánta melodía no comprendida en las arias de las chicharras. Qué lejanía tan grande adormilarse un poco en esta calma chicha de un azacán.

HEMOS ido a pasar el día a Portugal.

Ahora Portugal es un país pobre. Eso le da una grandeza que no tienen nunca las naciones ricas. La pobreza preserva y conserva. Los pueblos portugueses están la mayoría intactos, como los pueblos españoles de hace treinta años. Los parques públicos tienen todavía las farolas de hace ochenta años en hierro fundido, los mismos templetes de música, y los palacios han alcanzado ese punto de decadencia que sólo conocen las familias de mucha alcurnia.

Portugal lo ha perdido todo. No sólo las colonias. Ha perdido sobre todo el color. En Portugal uno encuentra los colores más hermosos, porque son colores derrotados, vencidos, que ya no están allí. Es el país de los colores muertos, de los colores idos. Los rosas son rosas a pesar de la lluvia que los ha lavado, a pesar del tiempo contra el que luchan. Algo parecido pasa con los tonos plateados.

Los cielos portugueses tienen ese brillo de las cuberterías buenas que no han sido usadas en muchos años y que al salir a la luz aparecen veladas por un pavón azul o una pátina gris.

Cuando llegamos a Vila Viçosa hacía todavía mucho calor. Era casi la hora de la siesta. Los que enseñaban el palacio estaban de tertulia, de pie, como los taxistas en la parada. Esperaban la hora para irse, pero pudimos ver todavía el jardín a nuestras anchas.

Es un jardín con unos setos de boj altos como personas y una fuente de piedra donde flotan y se pudren unas naranjas agrias. Todo él era muy sombrío, casi negro. Por eso en esa espesura verdeoscura las naranjas flotando en el agua le daban una sensualidad admirable.

Nos hemos cruzado con un pavo real que se asustó. Voló hasta la rama de uno de los viejos naranjos. Con el peso, tiró al suelo varias naranjas que sonaron a hueco. De la rama voló a uno de los balcones de piedra y de allí, con la cola colgándole, lo miró todo como un príncipe loco.

Nosotros presenciamos la escena en silencio. Intervenir cuando pasan estas cosas es peligroso, porque a poco que uno contribuya, se estropean con toda seguridad. El silencio es el mejor aliado de la belleza.

Junto a nosotros había unos albañiles que no prestaron la menor atención a la escena. Había dos muy jóvenes, ese tipo de chicos con un cuerpo muy bien hecho que clavan sus ojos negros con igual descaro en hombres que en mujeres. Nos miraron levantando sus caras manchadas de yeso. Se veía que estaban orgullosos de lo único que poseían: los ojos y unos músculos bronceados por el sol de los pobres. Luego se desentendieron de los turistas y siguieron ocupados en dar cuenta de unas sardinas en escabeche, que sacaban con los dedos de una lata en forma de pandereta.

Esto lo consigno aquí no para contrarrestar la belleza del pavo real, el lugar y el momento. No. Lo hago porque me pareció que una realidad así, en ese vecindaje, era superior a cualquier antología de realidad. La belleza era más belleza y la escena de los albañiles más real todavía, contagiándose una de la otra: el pavo real con la verdad del escabeche y los albañiles con la involuntaria belleza de aquel sitio y aquella hora.

CUANDO me tropiezo con un director de teatro que hace salir a

los actores al patio de butacas como ayer en *Il viaggio a Reims*, de Rossini, me digo: ahí tienes a un imbécil.

«LA gloria sin fama, la grandeza sin brillo, la dignidad sin sueldo», leemos en Benjamin. Y el recuerdo de su muerte nos conmueve porque fue capaz de cumplir en su vida lo que proclamó en sus libros.

LA poesía o es grande o no es nada. Es decir, la poesía que encontramos en los versos. Pero también la poesía de la novela, la poesía de la música, de la pintura, del cine, de la arquitectura. Porque la poesía es la sal de la vida. No tanto porque dé sabor a todo, como por impedir que el arte, lo creado, se corrompa y se pudra.

HAY algo admirable siempre en el ojo popular para ver las cosas y para nombrarlas. Por ejemplo: la cresta de la ola.

PARA un futuro diccionario de lugares comunes: «En la madrileña Puerta del Sol»; «En la ya célebre antología de Gerardo Diego»; «La madre patria».

OCTAVIO Paz parece un seudónimo, lo mismo que Rubén Darío. Silverio Lanza un apócrifo. Don José Ortega, un ganadero.

TODO el fin de semana, que llovió, lo pasamos en casa, viendo llover sobre el jardín. Hizo unos días de turbión. Durante un claro dimos un gran paseo por dos o tres lagares. Desde un altozano contemplamos la sierra, las tierras de pan y al fondo la rabadilla de Gredos, y el paisaje, tantas veces contemplado, no nos pareció nuevo entre las nubes y el viento, sino el mismo, el nuestro, como un hijo que empieza a dar problemas.

Olía todo a nuevo, y el campo, seco de todo el verano, agostado y de oro, se tostó con sienas oscuros y el aire se perfumó con esta melancólica certeza: ha empezado el otoño. Dentro de dos días volvemos a Madrid.

«ENTRE las nubes y el viento»: un título para algo.

RESULTA difícil expresar lo que se siente la víspera de abandonar Las Viñas, aunque esta melancolía se explicaría mejor expresada de este modo: los abandonados somos nosotros.

ESTÁ avanzando septiembre y en Madrid encuentra uno ya a todo el mundo como en el homo de una pastelería: liados,

trajineros, inapetentes.

AL toparme de nuevo con Miguel, el loco, dando voces en la puerta de la panadería, le veo con veinte años más y el globo de un ojo bañado en sangre, a causa de un derrame. Lleva en la mano una botella verde mediada de vino y sobre la cabeza unos guiñapos. Da miedo mirarle, quedarse junto a él. Gritaba desgarradoramente. No sólo por disgusto o enfado. No. Era un grito más agudo y profundo, como si la vida le hubiera despachado de un bajonazo.

HA vuelto el otoño. Sorprendo en las caras de muchas mujeres jóvenes que me cruzo en la calle algo nuevo, esa capacidad para el placer que sólo proporciona el verano.

HE pensado una cosa: voy a hacer la novela con Miguel el loco. He hablado con él por primera vez hoy en la panadería. Le escuchaba con atención, con ese respeto que nos produce la locura de verdad, no la extravagancia o la originalidad. El panadero, que despotrica mucho de él, se mostraba, sin embargo, orgulloso de poder enseñármelo en un día de calma chicha. En cierto modo es como su obra de caridad permanente. Lo que decía Miguel eran cosas llenas de una gran ternura todas: «Hace un rato he visto una paloma muerta en la Plaza de las Salesas». «Ayer la policía me llevó a la comisaría. Se portaron todos muy bien conmigo y el cabo Perales me llevó un café con leche». «Un día voy a ir a ver el mar». «Ahora tengo un amigo mío muy bueno que es de la parte de Guadalajara…».

Cuando se despidió, le dijo al panadero: «Ahora me voy».

—¿Adónde? —pregunté yo.

—No sé. Si lo supiera, ya no iría.

Y soltó una carcajada, una carcajada de niño feliz y vi una boca en la que faltaban muchos dientes.

ALGUNOS días no se me ocurre nada que escribir en este cuaderno, pero hay algo que me empuja hacia él. Los borrachos parece que sienten una atracción parecida por las tabernas. Si pudieran evitarlas, no irían. Lo mismo me pasa a mí.

Si pudiera andar en este momento por ahí, dándome una vuelta, estaría encantado.

Es difícil saber cuándo está perdiéndose uno la vida y cuándo está uno dejando de hacer la obra, eso que un escritor llama «su obra», con más o menos humildad.

En este momento creo que no tengo nada interesante que vivir. Si tuviera algo interesante que escribir tampoco estaría escribiendo estas páginas. ¿Qué son, pues, unas páginas de diario? Una taberna donde hay siempre un tabernero comprensivo con nuestras debilidades. Que nos escucha si le hablamos, que sabe guardar silencio si queremos estar callados. Esa clase de hombres que sabe decir incluso comprensivamente esa frase terrible: «Tenemos que cerrar».

En *La Ilíada* y en *Moby Dick* hay dos famosos catálogos, el de las naves y el de las ballenas. Se ha discutido mucho si sirven en el contexto general de esas obras y sobre su utilidad narrativa. Lo cierto es que yo me los salto siempre que llego a esa parte, pero estoy convencido de que fueron un desahogo de sus autores, porque entonces no había costumbre aún de llevar diarios. Esos catálogos fueron escritos en días de gran necesidad de escribir, pero que no sabían qué. Hay otro catálogo, más corto, en las primeras páginas de *La montaña mágica*; es un catálogo escogido, como abrir la tapa a una de las cajas de Cornell.

A menudo me he dicho que yo tendría que hacer un inventario de cosas, personas y nombres que me gustaran mucho y que me recordara, en los momentos difíciles, con sólo leerlo, la razón de mi vida. En muchos casos, se trata, como en el protagonista de *Ciudadano Kane,* de un modesto cachivache ligado a la niñez; en otros casos son objetos que no he poseído nunca y que, aun pudiendo, no tendría jamás, como por ejemplo una pajarera. Nunca tendría una pajarera, porque los pájaros encerrados me deprimen. Pero oír ese nombre sólo, pajarera, basta para que me represente un tipo de vida que, en cambio, sí me hubiera gustado llevar, en una vieja casa, grande, junto a un gran bosque y llena de habitaciones.

Decía el *Gatopardo* que una casa de la que se conozcan todas sus habitaciones, no es una buena casa. Tampoco lo es si no tiene al lado un buen bosque de castaños o de tilos a donde poder ir a pasear, y en medio una gran pajarera con faisanes vivos dentro, gallinas de Guinea, papagayos, perdices, cuervos, jilgueros, pardales y toda clase de pájaros.

Por lo general son muchas y de muy diverso carácter las cosas que me gustan.

Me gustaría tener una moneda antigua de oro. Una vez le vi una

a Z., que era sinólogo. Se trataba de un státeros de Alejandro III, Alejandro El Magno, con la efigie de Apolo. Lo llevaba en las grandes ocasiones, en un bolsillo del chaleco del chaqué porque el oro da suerte, según los chinos. Los gitanos piensan lo mismo.

Una barra de labios, una botella de anís del Mono, un piolet, una teja árabe, un tomo de la Pleiade, un calasmikot, un *steamer*, un alambique, una colmena, un cuentahilos. Una *cestapunta*, una carraca, una barra de tinta china, un pliego de papel de lija, una aguja, un arpón, una leika, un cimbel, un barquillo, una regla de cálculo. Una esfera armilar, una cinta métrica, un cine de verano, un globo del mundo, una botella de anís con puntas de cristal, unos guantes de boxeo. Un metrónomo, un astrolabio, un viejo compás de hierro, una flauta de madera, un farolillo chino, un juego de pistolas de chispa, una caja de música, unas espuelas, un catalejo, un arpa, una pitillera *decó*, un botón de ancla, un barómetro, una bola de cristal en la que nieva dentro, una nasa, un mundinovi, una garlopa, una pluma de pavo real, unas tijeras, una licorera de viaje, un autómata, unas botas de montar, una maqueta de barco. Un Ronson, una bobina de cobre, una campanilla, una escafandra de buzo, unas pinzas de madera para tender la ropa, una caja de colores, una zampoña, un narguile, una baraja española, una esfera, una silla de campaña, un reloj de pulsera, un sacacorchos, un retel, la espada de Prim, un tarro de botica. Una hebilla de plata, una concertina, un aristón, dos reales antiguos, una copa de Gaya, una silla de montar, una mecedora, un trillo, un disco compacto, un puente de piedra, una letra de cambio, un daguerrotipo, un buick, una violeta seca, una vieira de peregrino, un metro de carpintero, una máquina de cocacola, un tipómetro, un silbato, una flauta de pico, una jaula de perdiz, un Cornell, una gramola, una postal, un termómetro, un candil de carburo, un dardo, un catalejo, una caja de puros, una damajuana, un cuerno de caza, un palillero, un candil de carburo, un silbato, una bandera carlista, una canana, una terracota romántica, una peonza, un molinillo de café, una cremallera, una minerva de aspas, unos dados, un dedal, una gaseosa, una escudilla, un secante, un carrusel, una máquina de afilar lapiceros, unos imanes, un kinescopio, un colt, una caja de acuarelas, un sombrero, un bastón irlandés de fresno, un ábaco, una ratonera, una esmeralda, una polea, una sombrerera, un abanico,

unas colleras, una cuchara de pastor, un caleidoscopio, un dólar, una vieja kodak, un ovillo de bramante, un fuelle, una bicicleta, un *screemshaw*, un sacacorchos, un anzuelo, una horqueta, un pincel japonés, un cedazo, una cadena de oro, la cuchilla dorada de una góndola, un camafeo, una hoz, un dominó de marfil, un candil y una lamparilla de aceite, una romana, una barra de lacre, un alfiler de corbata, una bujía de escritorio, una brújula, una caja de caudales, un gran plano de París, una llave de hierro, un cascabel, una Mont Blanc, una maquinilla de liar cigarrillos, un jaguar cromado, un reloj de sol, una bola de billar, una navaja, un matraz, una bujía, una navaja, un samovar, un bastón, una figurita de belén, un tintero, un billete antiguo de tren (por ejemplo, aquellos cartoncillos color teja de la línea León-Bilbao del tren de La Hullera), una celosía, un imán, una manzana, una bombilla, un trozo de hielo, un cartucho, una tuba, un pincel, una prensa, un chivalete, unas gafas de sol. La horquilla de un zahori, una cinta del pelo, un pañuelo de hierbas, una canica de cristal, una silla de tijera, unas tenazas, una pipa, un lapicero, un balón de *rugby*, una bola de golf, una ocarina, un crucero, un ventilador, el bombín de una bicicleta, un candado, una harmónica Honner, una pelota de *ping-pong*, un microscopio, una salvadera, una tinaja, un carnet de baile, una carlanca de mastín…

No quiere decir que yo haya poseído, posea o quiera poseer estas cosas, porque no creo tener inclinaciones de coleccionista. En muchas veo una cristalización, para usar del término stenhaliano, de sueños y trabajos que proporcionan a la vida del hombre un sentido. Pero aunque no fuera así, me gustaría nombrar todas estas cosas por ellas mismas, por la belleza de sus nombres y por la belleza de sus funciones. Saber que existen le vuelve a uno menos intolerante.

HE vuelto de N. de ser jurado de un premio de poesía. Es la primera vez. Allí no descubrimos ningún gran libro de poemas. Ni grande ni mediano. Sin embargo hemos tenido que conceder el premio eligiendo el menos malo de los que se presentaban. «No lo vamos a dejar desierto», dijeron todos. Yo, como era nuevo en el oficio, me avine a lo que parecía una costumbre.

Luego me han explicado que lo que me ocurrió a mí, ocurre en el noventa y ocho por ciento de los concursos.

¿Por qué se presentará la gente a un premio de poesía? A uno de novela lo entiendo, porque existe la posibilidad de alcanzar un gran número de lectores. En poesía es absurdo, porque los lectores no van a pasar nunca de los quinientos.

Por otra parte juzgar no tiene ningún interés. Ese es un juego en el que se pierde siempre. Léanse las críticas de Clarín. ¿De qué nos sirven hoy? Podía habérselas ahorrado todas.

Yo supongo que cuando uno acude a un jurado va con la convicción de haber juzgado bien y el propósito de defender su juicio. Pero para juzgar es siempre demasiado pronto. Pessoa, que presentó su libro *Mensaje* a un concurso patriótico, quedó en segundo lugar después de un cura. Gide, se ha repetido siempre, se equivocó con Proust, Goethe con Hólderlin y así. Para Unamuno, un hombre inteligente, culto y sensible, grandes poetas eran Wordsworth y Leopardi, pero también le gustaban Carducci y Vicente Medina, por no hablar de Gabriel y Galán. Unamuno, además, era muy partidario de los torneos poéticos y acudía siempre que le invitaban a esa clase de justas.

Yo he pasado tres días muy agradables en N., he visto a viejos amigos y he descansado algo. No se puede pedir más. Aunque me temo que hemos sido injustos dando falsas esperanzas a un hombre que al salir a recoger un cheque de trescientas mil pesetas, sonreía feliz, pensando, quizá, que su vida iba a cambiar en algo. Trescientas mil pesetas por ese espejismo es muy poco dinero.

POCO a poco el otoño va entrándose más en sí mismo. Es imposible no ir pensando en que las cosas llegan a su fin. Cada tarde se hace de noche un poco antes, cada día es un poco más triste.

¿Melancolía? Odio esa palabra, como el que odia lo peor de sí mismo.

LEYENDO estos días la poesía de Trakl me encuentro una vez más con el misterio. Ese misterio al que no llegamos jamás, porque para seguir siendo misterio se nos oculta siempre. Es el viento que gime, el azul que se cierra, el bosque que comprende unos lejanos pasos.

Los escritores que me gustan son como los palacios: grandes, viejos y en decadencia.

HE recordado hoy, reescribiendo un poema sobre el Doncel de Sigüenza, aquella serenidad suya tan sin contorno. Es una escultura sin dibujo, sin líneas, como le ocurre al sueño. Hay algo alrededor de ella, aire o aura, que la emborrona un poco, que la encaja en el tiempo y las sombras de aquella capilla donde la tienen metida. ¿Duerme o lee ese joven con cara de hombre y cuerpo de muchacha? ¿Leer no es más que un sueño?

Me ha venido a la memoria la visión de Sigüenza, aquel montón de casas viejas, apretadas contra la catedral, que parece, tan roja, tan grande, una gallina clueca. Y los canónigos, vestidos de paisano, acudiendo a las cinco de la tarde para cantar las vísperas, aburridos, de mal humor por la digestión interrumpida, bajo un lento goteo de campanas y el chillar de las cornejas, cruzan de prisa dejando tras de sí un olor de tabaco y de coñac. Y luego, de nuevo, aquel silencio levítico de las calles desiertas. Y por contraste, más abajo, aquel temblor de álamos verdes junto al río, que sonaban, que eran como un romance.

LA cena de esta noche en Las Viñas no ha sido en absoluto especial, sólo que de postre trajo T. en una fuente blanca un trozo de carne de membrillo recién hecha.

No es ni siquiera ninguno de mis postres preferidos. Tampoco puede decirse que sea exquisito ni refinado, como a veces lo son ciertos guisos, ciertos estofados caseros y modestos, o como llega a serlo alguno de esos postres hechos por mano de monja. No. Es sólo la estación, el otoño tan antiguo que hay en un trozo de carne de membrillo.

Sin duda el genio popular de la lengua está en esas expresiones, en esta manera de atinar con un nombre, ese don que sólo lo han tenido los más grandes, como Homero, como Cervantes, como Galdós…

Y carne de membrillo es, en efecto: tan dorada, tostada se diría, con la piel ligeramente erizada, melocotonosa, de vello adolescente. Una carne que pide ser saboreada, mordida, disfrutada, para ser carne. Y si no fuera sacrilego, nos acordaríamos de aquella otra carne santa, que pedía la boca de los doce discípulos, para ser contemplada y comprendida en aquella soledad terrible de la antemuerte.

La de membrillo está llena, es una carne dura y llena, de buena

moza. El traje de esta carne está hecho de un perfumado olor a hojas secas y a hierba nueva, como esas ropas que preparaban las jóvenes en el poema de Leopardi, y que llevaban guardadas en un arca todo un año. Huele toda la casa a la cocción que duró tantas horas y lentas. Huele a arca, huele a hojarasca, y a leña; huele como esas noches de sábado en la aldea.

Casi es dulce su carne, como los sueños. Como la realidad, casi agria.

Y carne es todo ese confundir el gusto, por mezclarlo, como mezclada está la vida.

He partido un trozo de carne de membrillo con el tenedor y un trozo de queso. Los he llevado juntos a la boca. Ese sabor un tanto elemental, un poco áspero, me ha hecho recordar no sé qué días, no sé qué infancias, pues muchas son las infancias de un niño.

Los higos, que hemos estado comiendo hasta hace unos días, forman parte de esa naturaleza que cantaría un poeta griego, como las uvas, como el olivo. En cambio el membrillo, no menos primitivo, con su forma brutal, no ha tenido todavía su poema. Ha tenido pintores, pero no poetas.

Quizá nada exprese mejor lo que es la huida del tiempo, el ciclo de las estancias que tan bien describió Pla. Un trozo de carne de membrillo, suculenta, un poco aldeana. Unos frutos de temporada, unos viejos recuerdos y una casa en el campo.

Si yo escribiera aquí «las tres cuartas partes de la locura no son más que tonterías», ¿qué ocurriría? Uno de cada 100 de los que lean esta página sabrían que es de Chamfort. Los 99 restantes habrían pensado que no es más que una ocurrencia mía. Pero ahora, al saber que es de Chamfort, hay 98 que no me perdonarán haberles enseñado algo y tal vez uno al que la frase haya hecho sonreír un poco. Sólo para ése escribo yo estas páginas.

DESDE entonces, han pasado los meses. De aquel que yo fui, quedan esos pocos versos y estas líneas. ¿Cómo podemos pensar que la belleza lo es todo? Hay algo en ella, una larva que la ataca cuando está más en su sazón.

MISERICORDIA: tal vez sea ésta la palabra más hermosa de toda la lengua castellana, de toda la literatura. La única que nos vuelve grandes.

«ENTRE la admiración general serpeaba la envidia abrazada a la

lujuria: las tenias del alma». La frase, de Clarín, ejemplifica bien lo que decíamos sobre Ramón y la grandeza de éste para hacer que veamos greguerías donde antes no había sino simples frases. Como la grandeza del cubismo es habernos enseñado a verlo no en Picasso o Gris, sino en el Giotto o en los primitivos… o en un tricornio de la guardia civil.

¿UN par de gemelos son dos o cuatro?

DÍAS de lluvia y primeros días de frío. Mañana iremos, por fin, a Venecia.

LA entrada en Venecia, de noche, bajo una helada crudísima, ha sido magnífica. Es imposible entrar en Venecia sin sentir en el alma cierta grandeza.

El conductor del *motoscafo*, con su gorro de lana metido hasta las orejas y el tapabocas de lana azul parecía un grabado de boj a medio terminar. El aire helado de la laguna le arrancaba lágrimas involuntarias. Y recordamos entonces las palabras de Mann cuando decía que «llegar por tierra a Venecia, bajando en la estación, era como entrar en un palacio por la escalera de servicio» y «que no debía llegarse sino embarcado a la más inverosímil de las ciudades».

Y ese rito de llegar a un hotel: dejar la maleta sobre la cama, llegarse a la ventana, abrirla y reconocer dónde estamos: es imposible no enmudecer. Frente a nosotros, al otro lado del canal, la Salute, algo espectral, parece saludamos con un ligero desvanecimiento. No es nada especial. Notamos pronto que lo debe hacer con todos.

No me importa que haya tantos malos poemas escritos sobre esta ciudad ni tantas páginas inútiles. Esta es una ciudad acostumbrada a escucharlo todo como esa mujer que sigue siendo hermosa, pero que es ya lo bastante mayor para no asustarse de nada.

Casi todos los que llegan a esta ciudad, se hacen la ilusión de que su comportamiento no es en absoluto parecido al del resto de los turistas.

Creen pasear todos por otros barrios, comer en lugares a los que nadie va y ver cosas que nadie ha visto. Algunos, incluso, llegan a decirte: «He estado en una Venecia en la que no hay nadie. Una Venecia desconocida para los turistas». Otros aseguran: «Es una iglesia que no conocen ni los venecianos: había allí un Bellini

extraordinario…».

Uno, ante esas declaraciones, sonríe… misericordioso.

Nosotros en cambio hemos hecho lo que hacen casi todos los turistas. Andar, ver, cansarse. Perderse, encontrarse, volver al mismo sitio por un camino diferente.

Querer ser original en Venecia es el principal pecado de casi todos.

ÉSTE es el cuarto día de Venecia. Hemos visto los maravillosos Tizianos de Santa María dei Frari, los Carpaccio de la Scuola degli Schiavoni… Tintorettos, la milagrosa *Tempestad* del Giorgione. Hemos pasado horas en la judería y merodeado por Santa María del Orto, pero nada de todo esto tendría valor ni sería real, si no lo compartiéramos con esa visión de una señora que volvía cargada de berenjenas moradas o de ese taller que olía tanto a cola de carpintero o la contemplación de esas esquelas que clavan en las puertas de las iglesias, esas esquelas con foto incluida que le dan a la muerte aquí un aire oriental, porque son muertos que tienen en las fotografías el aspecto de sirios o iraníes.

Quizás sea porque es invierno y el turismo tiene una vida de letargo y aparece más la rutina de una ciudad pequeña, que además es Venecia.

Hemos estado aquí tan cerca de la belleza, que hablar de ella es una profanación.

Y sin embargo, nos ha sucedido algo hoy que nos ha acercado la vida a la belleza.

Hoy es San Martín. En todas las pastelerías de Venecia hay unos muñecos del santo montado a caballo, adornado con hilos de merengue de colores muy vivos, y la ciudad se ha llenado de escolares, con las carteras a la espalda, que hacen sonar cacerolas y latas.

Entraban en los bares, en las farmacias, irrumpían en los comercios en grupos de cinco o de seis, y pedían aguinaldos mientras cantaban un romancillo. Los venecianos les echaban en unos botes una cuantas monedas, se reían todos y los niños salían corriendo dejando en la gente mayor, por unos segundos, una sonrisa melancólica y silenciosa.

Para nosotros este día ha sido una fiesta que Dios ha querido rematar cuando unos niños, tomándonos por venecianos, nos han

rodeado ruidosos, haciendo sonar las monedas en sus tanques de latón y gritándonos la canción de San Martín.

HEMOS dado un largo paseo por el barrio de San Trovaso, y después hemos salido frente a la Giudecca. Todos estos días hace mucho frío, pero tenemos un sol radiante. Luego a media tarde, cuando se quita el sol, notamos por minutos cómo bajan los grados de uno en uno, al mismo tiempo que la marea descubre uno tras otro los escalones de piedra.

Llevamos ya seis días, de modo que podemos «perder» el tiempo mirando un gato o el reflejo que hace el agua en una góndola amarrada o paramos a ver descargar canastas con fruta de un lanchón.

Son cosas tan valiosas como un Bellini, porque lo explican, porque lo hacen más grande todavía.

HA cambiado el tiempo y se ha tirado toda la tarde lloviendo. Yo he estado solo en un Florian vacío. Había más camareros que parroquianos, aburridos todos deliciosamente. Me ha gustado ver la plaza sin palomas, sin nadie, de un color ceniza. Pero no vacía, sino como la caja de una viola, llena de aquella música que le arrancaba el agua.

A media tarde ocupó la mesa de al lado un matrimonio de viejecitos. Ella era idéntica al maravilloso retrato de una «contesina» que hizo Gaya en este mismo café y que me regaló hace años. Al mirarla, me dio la impresión de encontrarme en el salón de mi casa, donde está colgado.

Los camareros les saludaron como a clientes habituales. Al poco rato vino otro matrimonio, más o menos de la misma quinta. Ellos vestían muy a la austríaca. En cambio ellas seguían teniendo algo de esa coquetería italiana que no se resigna nunca a claudicar. Se les notaba en los zapatos que llevaban. Eran zapatos a los que sólo faltaba hablar, de manera que aquellos parroquianos tuvieron mucho cuidado, cuando metieron las piernas debajo de los veladores, de que no se rozaran con nada, para evitar oír sus quejas.

Los hombres, de cabezas plateadas, se pusieron a hablar entre ellos. Lo mismo hicieron las mujeres.

A los pocos minutos yo ya no tenía otro cometido en la vida que

seguir la conversación de aquellos dos venerables ancianos, más próximos a mí que ellas. Uno de ellos sacó de la chaqueta, magnífica chaqueta de *tweed* color avellana, una pequeña agenda y principió a leerle por lo bajo una lista de nombres. A medida que leía, la discreción dio paso a cierta indignación. Tardé un poco en comprender que aquel arrebato de ira lo producía el hecho de que algunos de aquellos nombres habían recibido antes que el propietario de la agenda no sé qué medalla de oro al mérito militar. Hasta que llegó a un nombre, se paró en seco y exclamó casi en voz alta:

—¿Éste es general? ¡También yo!

El amigo le consolaba como podía. Siguieron leyendo la lista. De vez en cuando uno decía: «Ése ha muerto». «¿Ha muerto?», preguntaba el otro. «Sí».

Era el momento en que el recién enterado se dirigía a su mujer para comunicarle la pérdida. «¿Sabes que ha muerto Lamori?». Las mujeres interrumpían momentáneamente su cháchara y la interpelada decía: «¿De veras? Vaya». Y luego seguía hablando con su amiga como si tal cosa, y los hombres seguían repasando una y otra vez la lista y calibrando las posibilidades que tenía el general de que se acordara de él el Ministro del Ejército.

Cuando terminaron su café se fueron y quedó de nuevo aquel rincón a merced de una lluvia que se veía desde dentro como algo sin fuerza, sin trascendencia, incluso sin belleza.

POR influencia del ramonismo no he podido evitar que esos grandes troncos clavados en la laguna, agrupados en haces, los *pali*, me parezcan manojos de espárragos, puestos de pie.

HE pasado tres semanas pensando todos los días en Venecia. Ni siquiera he guardado el plano de la ciudad, uno de esos planos que compra uno en cualquier quiosco por tres mil liras. Me estorba encima de mi mesa, pero no me atrevo a meterlo en un cajón. Conociéndome sé que puede seguir así un año. Y luego ¿cómo me atreveré a quitarlo de aquí, a desplazarlo a otro lugar? Puede suceder igual que cuando dejamos en la cartera un billete de un museo, un recorte o cualquier otra cosa insignificante que el tiempo carga de fetichismo, de manera que algo que no tenía en un principio valor ninguno, llega a parecernos tan precioso, que su pérdida accidental o su rotura involuntaria, puede convertirse en

una auténtica desgracia, en una tragedia que nos encoge el corazón, por que leemos en eso, como el augur en las vísceras de un animal sacrificado, un mal presagio.

No sé por qué está admitido que un pintor debe alimentarse, sobre todo, de la pintura. A un pintor se le puede exigir que vaya a Italia a ver obras de arte. En cambio de un escritor se espera sólo que viva la vida, lo que por otra parte no se sabe qué es. Si un pintor se pasa toda la vida en los museos, la gente piensa: es natural. Sin embargo, si un escritor se encierra a leer libros, la gente dice: está acabado, le falta vida. Yo creo que es imposible vivir, en el sentido que entiende la gente vivir, y escribir la obra de Balzac o de Dickens o de Galdós. Vivir y escribir mil páginas al año no parece nada compatible. O vives o escribes. O escribes o lees. Hay que escoger. De modo que la vida de un escritor sucede siempre entre cuatro paredes. Lo demás son restos envenenados del romanticismo.

ALGUNAS noches todavía suena en mis sueños el agua de Venecia. Ese agua hueca contra las góndolas amarradas, contra las gradas de mármol, en la plataforma del hotel, en las plataformas flotantes mientras se espera el *vaporetto*. Ese oleaje que tiene más de reloj que de mar, nos recuerda que el tiempo no sólo pasa, sino que va cayendo dentro de nosotros, para vaciarnos.

HE paseado toda la mañana por la Cava Baja, viniendo del Rastro. Era una mañana muy conforme de invierno, con sol y nubes de algodón. Pasé frente a una mercería y después delante de un comercio de telas que debió vestir a doña Lupe *la de los Pavos*, y me quedé extasiado ante otro, vacío como un panteón: «Tripas y pimentones».

Luego me he detenido un buen cuarto de hora admirando el escaparate de una de esas tiendas donde se fabrican cedazos, herradas, fuelles y esa clase de cosas que ya no debe usar nadie.

No he podido resistir y he entrado por el solo placer de empujar la puerta.

Había un viejo trabajando sentado en un taburete bajo con una herramienta en la mano arrancada de los tiempos bíblicos, y olía todo a virutas de roble. Aunque no me hacía falta ninguna, le compré un fuelle y salí con él debajo del brazo.

Llevo días sin ver a nadie, sin hablar con nadie. El teléfono no

suena.

Me ha parecido suficiente este amar la calle sin más. No sé hasta qué punto soy yo protagonista de la vida, o un mero figurante, como lo son todas estas gentes con las que me cruzo esta mañana. Gentes como no se ven en parte ninguna de Madrid, que vienen hasta aquí a comprar un carrete de hilo o un galón raro. Que buscan bragueros o una talla especial. Que se encargan un uniforme o un hábito o un sagrario completo. Gentes que al ir por la calle se encuentran con conocidos, con amigos, con gentes de su mismo pueblo, cosa que sólo ocurre en estos metros cuadrados de ciudad, y se paran a hablar entre los coches.

Voy despacio leyendo los rótulos de las tiendas, esos nombres tan primitivos como Primitivo o cándidos como Cándido. O me detengo, como antes, frente a una cerería, o frente a esa botería o ahora, frente a una cacharrería, que tiene las únicas cosas útiles que puede haber en la vida, como un tazón, una cuchara o una jarra de agua.

Sé que al volver a casa, me digo, me parecerán vacías mis manos, a diferencia de las del viejo que manejaba con destreza una gubia afilada.

He llegado a amar esta ciudad tanto, que no podría apartarme de ella unos pasos, sin sentir esa punzada que nos produce todo lo que es hermoso, pero imperfecto, mal acabado.

LLEVABA un mes sin escribir en este cuaderno. Un mes. ¿A quién puede importarle?

ESTÁ el campo anochecido, abarcable y silente. Lo veo desde la ventana, como un Bonnard que hubiera perdido todo su color.

Nos han invitado a pasar la Noche Vieja unos amigos. Lo han hecho con muy buena voluntad, pero he dicho que no de una manera bastante brusca. Me deprime esa fiesta en la que unas cuantas personas engullen doce uvas con caras de síncope.

Luego hemos ido a hacer una compra grande a Trujillo, hemos vuelto, se han ido todos no sé adónde y yo aprovecho este momento en que no hay nadie en la casa para escribir estas líneas.

Está anocheciendo muy deprisa. Sobre el laurel brilla el último argén del día. Hay niebla azul en el jardín y en el camino. Hay niebla azul y fría, y una lluvia muy fina, como ese fino barniz que se pulveriza sobre un dibujo.

Estoy al brasero, cansado de haber acarreado la leña. La luz de la lámpara, amarilla, tiene esa resignación de un interior de Chardin, aunque seguramente es más modesta la cosa.

¿Un año? ¿Dos? ¿Treinta y cuatro? ¡Quién sabe! Oigo el crepitar del fuego y miro las chispas embrujadas de la lumbre subir como trasgos por la chimenea.

Todo esto es muy hermoso. No tengo tema ninguno para escribir. Recuerdo que ése mismo es el argumento de los diarios de Pepys, y sonrío. ¿Cuántas veces habré yo mismo repetido estas líneas aquí? Está uno, Pepys, para pocas fantasías.

Oigo abajo a los niños que llegan. Oigo a M. que pregunta en voz alta por mí para saber si estoy en casa. Tardo en contestar, como robándoles aún unos minutos más de silencio.

Leo la primera página de este cuaderno y miro el manuscrito de mi novela. Parece que he sido capaz. No recuerda en nada a *La noche de San Silvestre* ni a ninguna otra de las novelas que se me ocurrían de hoy para mañana. No aparece en ella el loco Miguel ni ningún otro loco ni ninfómanas ni asesinos ni *cabarets*. No hay nada de *jazz*. Estoy en ese punto en que me enorgullecen más sus doscientas doce páginas que su contenido. Casi me da igual que sean buenas o malas. Lo importante ha sido llegar al folio número doscientos doce y escribir la palabra FIN. Es un libro del que ya no quiero saber nada. Somos injustos con nuestras obras: nos lo dan todo, sobre todo una razón de vivir. A cambio sólo podemos pagarlas con el olvido.

Oigo que suben los niños y sus risas me parecen ese paquete que abrimos con cierta ansiedad, sin respetar el papel escogido que lo envuelve ni los lazos de seda.

Me han descubierto. Uno me pide que juegue al ajedrez. El otro quiere que le desate un nudo. Y oigo mi nombre de nuevo, gritando desde abajo, y digo sí.

Las Viñas-Madrid, 1987

ESTA SEGUNDA EDICIÓN DE
EL GATO ENCERRADO
DE ANDRÉS TRAPIELLO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 30 DE ENERO DE 1998

ANDRÉS TRAPIELLO (Manzaneda de Torío, León, 1953). Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Valladolid y se estableció en Madrid en 1975.

Especialmente reconocido como poeta (Premio de la Crítica 1993), es también novelista (Premio Nadal 2003), ensayista e historiador. Trabajó en diversas publicaciones y programas culturales de televisión hasta 1979. Desde entonces se dedica en exclusiva a la escritura.

Es autor de 8 novelas, la primera de ellas, *La tinta simpática*, 1988. En 1992 recibió el Premio Internacional de novela
Plaza & Janés
por *El buque fantasma*. En 2003 su novela *Los amigos del crimen perfecto* obtuvo el Premio Nadal, y en 2005 *Al morir don Quijote* el Premio Fundación Juan Manuel Lara a la mejor novela de ese año editada en español.

Colabora semanalmente en el Magazine de *La Vanguardia* y en otros periódicos y revistas.